

ISSN: 1852-0723



# Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología

de Cuba y el Caribe

Año III, núm. 1, enero-junio, 2010  
[www.cubaarqueologica.org](http://www.cubaarqueologica.org)

# Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología de Cuba y el Caribe

**Año III, núm. 1, enero-junio, 2010**

## **Coordinador**

Odlanyer Hernández de Lara  
Cuba Arqueológica

## **Corrección de textos**

MSc. Natalia Calvo Torel  
Lic. Alina Iglesias Regueyra

## **Comité Editorial**

MSc. Silvia T. Hernández Godoy  
Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de  
Cultura de Matanzas

MSc. Daniel Torres Etayo  
Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología

Lic. Iosvany Hernández Mora  
Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey

MSc. Jorge F. Garcell Domínguez  
Centro Provincial de Patrimonio Cultural La Habana

## **Consejo Asesor**

Dr. Roberto Rodríguez Suárez  
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Carlos Arredondo Antúnez  
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Jaime Pagán Jiménez  
EK, Consultores en Arqueología, Puerto Rico

MSc. Divaldo Gutiérrez Calvache  
Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre

MSc. Alfredo Rankin Santander

MSc. Jorge Ulloa Hung  
Museo del Hombre Dominicano

## **Diseño**

Odlanyer Hernández de Lara

## **Traducción**

Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes  
MA. Alfredo E. Figueredo

## **Colaboradores**

Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes  
Lic. Santiago F. Silva García

## **Contacto**

Av. Córdoba 2404. 1ro B. Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires, Argentina.  
Calle 135 No. 29808 e/ 298 y 300. Pueblo  
Nuevo, Matanzas, Cuba.  
revista@cubaarqueologica.org  
www.cubaarqueologica.org

## **Portada**

Cantera de extracción de materias primas en  
el cerro Santa Ana, Estado Falcón, Venezue-  
la. Foto: Camilo Morón.

-----  
Los artículos publicados expresan únicamen-  
te la opinión de sus autores.  
-----

*Cuba Arqueológica. Revista digital de  
Arqueología de Cuba y el Caribe* es una  
publicación de frecuencia bianual, surgida  
en el año 2008. Su objetivo primordial es la  
divulgación científica de la arqueología, la  
antropología y el patrimonio.

<b>Editorial</b>	<b>4</b>
------------------	----------

## ARQUEOLOGÍA

<b>Mark R. Harrington y el problema de las fuentes primarias en los estudios de reconstrucción etnohistórica en Cuba.</b> / Ulises M. González Herrera.	<b>5</b>
<b>Fundamentos teóricos y metodológicos para el mapa del arte rupestre cubano. Comentarios generales.</b> / Divaldo A. Gutiérrez Calvache, Efrén J. Jaimez Salgado y José B. González Tendero.	<b>14</b>
<b>Reporte de objetos superestructurales cubanos confeccionados a partir de huesos de aves.</b> / Iriel Hernández Cobreiro, Pedro Pablo Godo Torres y Osvaldo Jiménez Vázquez.	<b>30</b>
<b>Nota ilustrada sobre los ganchos de tiradera en la arqueología de Cuba.</b> / Alfredo E. Figueredo.	<b>36</b>
<b>Enseñanza de la música aborigen en el Instituto Superior de Arte. De la investigación al aula.</b> / Giselda Hernández Ramírez y Gerardo Izquierdo Díaz.	<b>44</b>

## DESENTERRANDO el pasado

<b>Las culturas indias tempranas de Cuba.</b> / Herbert W. Krieger.	<b>53</b>
---	-----------

## NOVEDADES arqueológicas

<b>Una nota sobre la presencia prehistórica de pueblos hablantes de lenguas proto-warao en Cuba.</b> / Julian Granberry.	<b>56</b>
<b>Excavación en la Cueva del Muerto. Reporte de un hallazgo peculiar.</b> / Gerardo Izquierdo Díaz, Alfredo Pérez Carratalá y Ulises M. González Herrera.	<b>58</b>
<b>El aro lítico de Cayo Cupey, Cárdenas, Cuba.</b> / Odlanyer Hernández de Lara y Silvia T. Hernández Godoy.	<b>61</b>
<b>Misaray: informe de una cantera y un taller de industria lítica de tipología paleoindia en el nor-occidente de Venezuela.</b> / Camilo Morón.	<b>65</b>
<b>El sitio arqueológico de Vuelta de Obligado, San Pedro, Argentina.</b> / Mariano Ramos, Fabián Bognanni, Matilde Lanza, Verónica Helfer, Odlanyer Hernández de Lara y Romina Senesi	<b>69</b>
<b>Cuba Arqueológica en el Encuentro de Revistas Caribeñas de la Casa de las Américas.</b> / Silvia T. Hernández Godoy.	<b>73</b>

## RESEÑA de libros

<b>Reseña del libro <i>El complejo Palo-Liso Las Glorias. Un sistema ceremonial aborigen.</i></b> / Alfredo E. Figueredo.	<b>74</b>
---	-----------

<b>DE LOS autores</b>	<b>76</b>
-----------------------	-----------

<b>NORMAS editoriales</b>	<b>77</b>
---------------------------	-----------

# Editorial

El segundo aniversario de *Cuba Arqueológica* viene acompañado de esta cuarta entrega ordinaria y del primer número monográfico de la revista digital homónima, publicación que va situándose lenta, pero enérgicamente, como otro espacio de conocimiento del pasado de las Antillas y la región circundante. Estos dos años de trabajo nos han permitido, con la importante colaboración de muchos colegas, ir creando un sitio que no solamente represente los intereses de la arqueología cubana, sino también de la antillana, lo que pensamos continuar profundizando con la implementación de nuevas estrategias de trabajo y posibilidades comunicativas que intensifiquen el intercambio de información y experiencias.

Una de estas estrategias de comunicación lo constituye la Lista de Cuba Arqueológica, medio por el cual se difunden diversas noticias acerca de la arqueología antillana y temas afines que en ocasiones aparecen en la prensa o son enviadas directamente por sus protagonistas. En el caso de la prensa, está de más aclarar que es información parcialmente confiable, pues usualmente los artículos están plagados de errores, omisiones y enriquecimientos literarios que son ajenos a los investigadores implicados. No obstante, en otras ocasiones aparecen problemáticas de gran interés, como algunas que se han difundido recientemente sobre el patrimonio arqueológico.

El apoyo mutuo de las naciones caribeñas y de toda América Latina es una alternativa para la protección de los recursos patrimoniales que constantemente están siendo asechados por políticas que van en contra de la memoria histórica de nuestros pueblos. Y estas no son suposiciones apócrifas, están basadas en los conflictos recientes acontecidos en Puerto Rico, donde se continúa intentando desmembrar la legislación que en alguna manera protege el patrimonio histórico-arqueológico de ese país, o en las problemáticas que acontecen en República Dominicana, consecuencia del impacto producido en el patrimonio arqueológico por corporaciones transnacionales que aplican la minería a cielo abierto, dejando un entorno empobrecido y altamente contaminante.

Estas son cuestiones para no pasar por alto. La participación activa de los arqueólogos en pos de la defensa del patrimonio es un paso que no se debe dudar. Está en juego el futuro de nuestros pueblos.

En números anteriores se han tratado algunos temas relacionados con el patrimonio arqueológico Latinoamericano. En éste se aborda la arqueología precolombina desde diversas perspectivas, especialmente de Cuba, pero además con la presencia de Venezuela, con aportes al conocimiento del arte rupestre cubano, con análisis de las fuentes primarias en la reconstrucción etnohistórica de las sociedades precolombinas de la mayor de las Antillas, nuevas observaciones sobre objetos arqueológicos y consideraciones sobre la enseñanza de la música aborigen. Además, se dan a conocer algunas notas lingüísticas del occidente cubano y la presencia de objetos y sitios de interés en Cuba y Venezuela, respectivamente. La arqueología histórica está presente en una noticia sobre un contexto de Argentina, a la vez que se comunica la participación de *Cuba Arqueológica* en el Encuentro Internacional de Revistas Caribeñas que organizó la Casa de las Américas en La Habana. Vaya nuestro más cordial agradecimiento a los autores.

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA  
Coordinador

# Mark R. Harrington y el problema de las fuentes primarias en los estudios de reconstrucción etnohistórica en Cuba

Ulises M. GONZÁLEZ HERRERA.  
Instituto Cubano de Antropología (Cuba).

*El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación, nuestra idea del pasado.*

Edwar Hallet Carr, 1969.

## Resumen

El trabajo analiza las consecuencias que ha traído para la Arqueología de Cuba el empleo de fuentes primarias sin un imprescindible análisis crítico de las mismas, así como los problemas vinculados con los esquemas de periodización, que se originaron a partir de la propuesta cultural del arqueólogo estadounidense Mark R. Harrington. A modo de conclusiones se presentan consideraciones sobre el panorama étnico descrito por los exploradores y cronistas hispanos para Cuba, durante los siglos XV y XVI d.n.e.

**Palabras clave:** Cronistas, culturas, aborígenes, arqueología.

## Abstract

This work studies the consequences brought to the archaeology of Cuba by the use of primary sources without a necessary critical analysis of the same, as well as the problems associated with the period schemes arising from the cultural proposal of the North American archaeologist Mark R. Harrington. As a sort of conclusion, we submit considerations on the ethnic panorama described by the Hispanic explorers and chroniclers for Cuba, during the XV and XVI centuries of our era.

**Key words:** Chroniclers, cultures, aborigines, archaeology.

## Introducción

Las crónicas generales de Indias constituyen una valiosa fuente de información para conocer una estimable parte de la realidad social sobre las comunidades aborígenes del área antillana de finales del siglo XV e inicios del XVI d.n.e. Sin embargo, las escasas crónicas referidas a la isla de Cuba y conocidas hasta la fecha, fueron escritas —en ocasiones— fuera del escenario antillano; y suelen ser imprecisas y contradictorias.

Este artículo tiene como objetivo fundamental analizar las consecuencias que ha traído para la Arqueología de Cuba, el empleo de fuentes primarias sin un impres-

cindible análisis crítico de las mismas. También se exponen problemas vinculados con los esquemas de periodización que parten de la temprana propuesta cultural del arqueólogo estadounidense Mark R. Harrington; y se presentan consideraciones sobre el panorama étnico en nuestro archipiélago, descrito por los exploradores y cronistas hispanos durante los siglos mencionados con anterioridad.

He seleccionado como centro de análisis, la obra *Cuba antes de Colón*, de Mark Raymond Harrington; ya que contiene en síntesis los elementos interpretativos que, de manera general, heredaron los estudios arqueológicos en nuestro país. El texto en cuestión, puede ser considerado

como un intento de organizar nuestro pasado aborígen; tomando como referente el registro arqueológico, las crónicas generales de Indias y la etnografía comparada. En el modo en que el autor integra estas fuentes de estudio para arribar a sus conclusiones preliminares, se destaca su desempeño indagatorio; entre otros esfuerzos por conocer nuestro pasado aborígen.

Hoy, a más de ochenta años de haberse publicado el volumen, numerosos investigadores continúan sosteniendo algunos de los supuestos planteados en su obra; lo cual ha afectado negativamente los intentos de diseñar un esquema de periodización coherente con los resultados de las recientes investigaciones de reconstrucción social en el área antillana.

Las conclusiones parciales de la obra trascienden el plano descriptivo, para intentar dar una explicación lógica al origen, distribución y características “culturales” de las comunidades aborígenes que habitaron nuestro archipiélago en los momentos de la colonización hispana. El esquema de desarrollo propuesto, en su contexto histórico, cambió las concepciones que se sostenían en Cuba sobre las sociedades aborígenes, y planteó nuevos retos a la investigación social. Es importante destacar aquí, que la nomenclatura empleada por Harrington está fundamentada con base en criterios culturales de muy dudosa elucidación. Estas denominaciones entrañan la interpretación del registro arqueológico en supuesta correspondencia con las fuentes primarias consultadas por el autor.

### **Harrington y el cotejo de las crónicas generales de Indias**

El capítulo XX de la obra de Harrington —“Identificación de dos culturas”— está dedicado a exponer los resultados de sus exploraciones y excavaciones en Cuba. En breves páginas reduce el autor la complejidad social reflejada en las fuentes primarias a dos simples *culturas*, que son caracterizadas esencialmente desde el registro arqueológico, sin un análisis exhaustivo de lo expuesto

por los Cronistas de Indias; en ocasiones, únicos testigos presenciales de nuestro pasado aborígen.

La “cultura” ciboney-guanahatabey.

La “cultura” más temprana es catalogada por Harrington de “primitiva”, dado que sus vestigios siempre se descubren “debajo de todos los otros depósitos humanos” (Harrington 1935:6) y el ajuar asociado está compuesto por artefactos de lítica y concha, siendo muy escasos y sencillos los adornos corporales. Los restos humanos asociados no evidencian prácticas de deformación craneal artificial. Estas comunidades estuvieron diseminadas por toda nuestra isla, habitando en áreas despejadas y cuevas; fueron clasificadas por el autor bajo la denominación de ciboney-guanahatabey<sup>1</sup>.

### *Fundamentos de las valoraciones de Harrington para su clasificación cultural*

Harrington se basa exclusivamente en dos textos de Bartolomé De Las Casas —*Historia de Las Indias y Memorial Sobre Remedios de Indias*— y en uno de Diego Velázquez —*Carta de relación de 1514*—. La información que recogen estas fuentes, en esencia, es la siguiente: Los habitantes “naturales” de la isla de Cuba se denominaban ciboneyes. Estos tenían similitud con los lucayos<sup>2</sup> y habitaban las cayerías al norte y sur de nuestro archipiélago. La orientación económica de estas comunidades se centraba en actividades pesqueras, sin empleo de cultivos. El arribo posterior de inmigrantes provenientes de Haití, trajo como consecuencia que dichos ciboneyes se sometieran a determinadas relaciones de subordinación socio-económica, con los pobladores —o parte de ellos— de la vecina isla (Las Casas 1971:55-56).

En la carta de relación de 1514, dirigida por Velázquez a la corona hispana, se refiere la siguiente información: en el extremo occidental de Cuba habitaban los guanahatabeyes o guanahatabibes, con una economía basada exclu-

sivamente en la caza y la pesca. Estos aborígenes vivían en cuevas, “a manera de salvajes”, pues no disponían de casas, ni asentamientos, ni poblados, y se mantenían fuera del contacto con los demás representantes socioculturales de la isla (Velázquez 1971:71).

El documento citado también refiere la búsqueda de tres sobrevivientes hispanos, que habían naufragado en la región suroccidental de la isla. Finalmente se rescataron dos mujeres y un hombre, este último se llamaba García Mexía, y había sido localizado por los marinos enviados por Velásquez, en la aldea de *Guanyma* (región de La Habana).

Es notorio que, aun conociendo Harrington lo consignado por Las Casas en cuanto a la similitud planteada entre ciboneyes y lucayos, persista en hacer corresponder a estos grupos con las evidencias arqueológicas más antiguas halladas en los contextos arqueológicos. Esta arbitraria<sup>3</sup> asociación no guarda relación con la realidad histórico-social reflejada en las fuentes primarias, ya que los aborígenes de Las Bahamas poseían un nivel de desarrollo socioeconómico similar al del resto de las poblaciones que habitaban las Antillas Mayores. El estudio de las crónicas nos permite inferir además, que el tipo físico de los lucayos se correspondía, de manera general, con el de gran parte de los habitantes de Puerto Rico, Haití, Jamaica y Cuba.

El testimonio de Colón (1958:31), primer colonizador que tuvo contacto con los pobladores que habitaban Las Bahamas, nos refiere: “y todos de buena estatura, gente muy hermosa: los cabellos no crespos, salvo corredizos y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto”.

Es necesario destacar que el señalamiento del Almirante sobre frentes y cabezas más anchas que otras observadas por él con anterioridad, está relacionado con la práctica cultural de la deformación fronto-occipital-tabular-oblicua; propia de los aborígenes del arco antillano en tiempos de la colonización hispana. Sin embargo, a pesar

de las similitudes expuestas, Harrington define la ausencia de deformación craneal como una de las características de la cultura ciboney.

En cuanto a la información suministrada por Velázquez, debo señalar que la carta de relación citada contiene valiosos datos etnográficos; los cuales, al parecer, no fueron tomados en cuenta por Harrington, y que no deben de ser pasados por alto en los estudios de reconstrucción social. García Mexía, uno de los sobrevivientes del naufragio, narró que al zozobrar la nave pudieron llegar a *Guaniguanico* (región occidental de la isla), adquiriendo alimentos de un cacique, y transitando posteriormente a través de varias poblaciones, hasta llegar a la aldea de los caciques Yaguacayex y Habaguanex, donde se convirtieron en prisioneros de estos; situación en la que se encontraban dichos hispanos, al arribar los hombres enviados por el Teniente Gobernador (Velázquez 1971:72).

De los datos suministrados en la carta de relación podemos deducir lo siguiente: los exploradores enviados por Velázquez no se percataron de diferencias físicas e idiomáticas, en los aborígenes que avistaron en la región occidental de la isla. Las referencias que hacen de estos pobladores son muy vagas, y pueden corresponderse con grupos tribales de pescadores, dedicados exclusivamente a la explotación de recursos marinos; por lo que el supuesto modo de vida apropiador adjudicado a estos hombres, no se demuestra en los reportes que entregan los marineros a Velázquez. Además de ello, no se menciona la presencia de mujeres ni niños, lo cual puede fundamentar el criterio de haber sido grupos dedicados a determinadas labores subsistenciales, que se encontraban a cierta distancia del verdadero enclave comunitario. Esto pudiera explicar la inusitada ausencia de viviendas, descrita en la crónica.

Los habitantes de los sitios visitados por Mexía, desde Guaniguanico a La Habana, pudiesen corresponderse con grupos de organización tribal; ya que en el documento se menciona la presencia de un cacique en Guaniguanico y de dos pueblos visitados por el hispano en la mis-

ma región. Es muy significativo que en esta última fuente no se hayan señalado diferencias culturales en relación a los aborígenes contactados.

He analizado brevemente las fuentes narrativas primarias que fueron empleadas por Harrington, con el objetivo de demostrar que la ambigüedad de las mismas no permite un adecuado empleo en la caracterización de la supuesta “cultura ciboney”. La asociación planteada entre un supuesto etnónimo —dado a conocer a través de documentos del siglo XVI n.e.— y el registro arqueológico —exponente de contextos donde se evidencia una marcada precariedad económica y vinculable a una formación social de gran antigüedad en el área—, no justifica fundamentadamente los criterios emitidos por el autor. Esta concepción ha conllevado a erróneos supuestos de que los denominados ciboneyes poseían una organización social primigenia, caracterizada por un bajo nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas.

Es importante señalar que no debemos pasar por alto la referencia de Las Casas a la existencia de un grupo cultural independiente denominado guanahatabey; aspecto no tomado en consideración por Harrington al incluir a estos representantes dentro de la misma “cultura” ciboney. El autor señala que los guanahatabibes poseían una lengua diferente a la (s) del resto de los aborígenes de nuestra isla (Harrington 1935:8), sin embargo, ninguna de las fuentes consultadas hace referencia a este tópico; por lo que nunca llegaremos a conocer cuál era la lengua utilizada por estos habitantes, a pesar de que la toponimia de la región occidental de nuestro archipiélago apunta hacia un origen aruaco (Bernal 2003).

Otra conclusión a la que arriba Harrington (1935:290) está vinculada con la supuesta evidencia registrada en las fuentes primarias, acerca de la supervivencia de comunidades aborígenes con un modelo de desarrollo económico apropiador (ciboneyes, según el autor) en Haití, a comienzos del siglo XVI. Al respecto expuso en su obra: “existen pruebas históricas de un pueblo que habitaba en las cuevas, poseyendo una similar sencilla cultura, en la

provincia de Guacayarina, extremo occidental de la isla de Haití”.

Las pruebas históricas a las que hace alusión Harrington, omitiendo las fuentes en que se basa, forman parte de los datos registrados por Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General*, y de Anglería en las *Décadas del Nuevo Mundo*. Es muy señalado el hecho de que aun conociendo Harrington la obra de Las Casas, *Historia de las Indias*, pase por alto la aguda crítica que realizó el fraile a los criterios expuestos por Oviedo, cuando este último se refiere a las características de los aborígenes de la región de Guacayarina. En resumen, el clérigo niega rotundamente las aseveraciones de este cronista, al exponer lo siguiente:

“Dice también Oviedo que los indios de aquella provincia de Hanyguanaba, que guerreó Diego Velázquez, eran salvajes y vivían en cuevas; mal supo lo que dijo, porque no vivían sino en pueblos y tenían sus señores que los regían, (...).La Guacayarina, que dice ser otra distinta provincia (lo que no es), porque tiene la punta della, junto a la mar, ciertas entradas o peñas, que llaman Xagueyes los indios, como en la provincia del Higuey, que los había tan grandes que podían vivir en ellos muchos vecinos, pero no vivían sino en sus grandes pueblos; allí se escondían cuando la calamidad de los españoles los perseguía, y porque huyendo dellos algunos allí escondidos hallarían, quien a Oviedo se lo dijo (si no lo puso, quizá, de su casa, como suele, añadiendo a su historia, como dije, ripio), por aquello lo diría” (Las Casas 1995:241).

El testimonio de Las Casas, figura de gran experiencia en la colonización antillana desde épocas tempranas —a diferencia de Oviedo y Anglería—, permite cuestionarnos seriamente las supuestas pruebas expuestas por Harrington; al menos en lo referente a la existencia de poblaciones aborígenes en Haití, a comienzos del siglo XVI, con un modelo de desarrollo económico a semejante escala de precariedad.



Por último, debo destacar que las fuentes primarias nos revelan un mosaico étnico de vasta complejidad en el área antillana, siendo señalados para Cuba —al menos— tres grupos étnicos: ciboneyes, guanahatabeyes e “indios” provenientes de Haití (Las Casas 1995). No parece tomar en cuenta el autor las referencias del resto de los cronistas, que denotan que bajo la denominación de “indios” se encontraban varios grupos de posibles diferencias culturales, y de que una buena parte de estos se traslada hacia nuestro archipiélago, antes y después de iniciado el proceso de conquista en la vecina isla.

### La “cultura taína” de Cuba

La “cultura” más tardía es catalogada por Harrington como de *avanzada*, descubriéndose siempre sus vestigios sobre evidencias más antiguas. El ajuar descrito consistía esencialmente en artefactos líticos, de concha, hueso, cerámica y algunas evidencias de trabajos en madera —cualitativamente superiores en elaboración a los hallados en sitios ciboneyes—. Es característica de estos contextos la aparición de hachas petaloides pulimentadas y amplia profusión de adornos corporales. Los restos humanos asociados presentan invariablemente evidencias de deformación craneal artificial. Los asentamientos se localizan fundamentalmente en la región oriental de la isla. Esta “cultura” fue denominada “taína”.

Aquí, como en el caso anterior, hace gala Harrington de un criterio reduccionista, al interpretar los contextos arqueológicos bajo una denominación de dudosa interpretación. Según el autor, las fuentes primarias en las que se basó para emplear esta clasificación son: *Las Décadas del Nuevo Mundo* de Anglería y la *Historia de las Indias*, de Las Casas. Además de estas fuentes cita el empleo del término taíno<sup>4</sup>, con connotación cultural, basándose en trabajos arqueológicos anteriores de Fewkes, Joyce, y La Torre (1935:10). Analizaré de inmediato los supuestos indicadores en que sustenta el autor sus valoraciones.

El texto de Anglería (1989:123) donde se registra el adjetivo de *taynos*, se localiza en el libro segundo de sus *Décadas* y expone: “salióles al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado por cien individuos, todos ellos armados con arcos”, flechas y “lanzas muy agudas, y en actitud amenazadora, gritando que eran *taynos*, es decir nobles y no caníbales”.

El fragmento citado se corresponde con el primer contacto que sostiene Colón con algunos pobladores de Haití, al regresar a esta isla en su segundo viaje de exploración. Sin lugar a dudas, el vocablo *taynos* fue empleado por los aborígenes en actitud defensiva, haciendo referencia a la calidad de sus personas; en un intento por dejar claro la no pertenencia del grupo con individuos de filiación caribe. Es importante señalar que el término no se corresponde con una autodefinición étnica, y que Anglería nunca lo expuso con esta connotación en su obra. A ello debemos sumar el hecho de que el cronista nunca pisó tierras americanas, y de que no señala la fuente consultada para redactar el pasaje mencionado.

Es importante destacar que existe otra referencia al término en cuestión, señalada por Diego Álvarez Chanca y que no fue analizada por Harrington en su obra, a pesar de ser esta fuente mucho más fidedigna; ya que Chanca fue partícipe del segundo viaje exploratorio comandado por Colón. La información que nos brinda el médico de a bordo es muy similar a la suministrada por Anglería, aunque no coincide en el espacio geográfico, ya que se refiere a la isla de Guadalupe (Antillas Menores).

Chanca (1977:66) consignó lo siguiente: “Este día primero que allí descendimos andaban por la playa junto con el agua muchos hombres é mugeres mirando la flota, é maravillándose de cosa tan nueva, é llegándose alguna barca á tierra á hablar con ellos, diciéndolos *tayno*, *tayno*, que quiere decir bueno”.

Aquí, como en la narración de Anglería, encontramos que el término es utilizado con el mismo propósito, y se refiere a la calidad por la que se autodefinen los aborígenes, “cautivos” de los caribes, que encuentran los hispanos

al desembarcar en Guadalupe. Estas son las únicas referencias que existen en las crónicas en relación al vocablo taíno; su existencia como etnónimo no está registrada por ninguno de los cronistas de Indias, y su empleo en este sentido se corresponde con interpretaciones contemporáneas realizadas por diversos autores.

Harrington (1935:10) sintetiza una vez más el gran mosaico cultural descrito por los cronistas para el área antillana, con el simple denominador de taínos; al respecto nos dice: “Habiendo concedido el nombre de taíno a la cultura predominante de Haití, lo consideramos aplicable a la avanzada cultura por nosotros encontrada en la parte oriental de Cuba, pues los artefactos dejados por ambas son prácticamente idénticos”.

Es decir, que Harrington entiende que la “cultura predominante” de Haití debe de ser denominada taína, a partir de los datos consignados por Anglería en sus *Décadas*. Esta “cultura”, según el registro arqueológico y la información que brinda Las Casas en su obra *Historia de Las Indias*<sup>5</sup>, se corresponde con la hallada en la parte oriental de la isla de Cuba.

Evidentemente la interpretación expuesta por Harrington en su obra no se corresponde con un adecuado análisis de las fuentes primarias, las cuales fueron escasamente empleadas en función de la reconstrucción etnohistórica. De más de diez fuentes narrativas primarias publicadas en 1922, solo fueron utilizadas por el autor dos; lo que conspiró negativamente en las conclusiones de su trabajo investigativo, ya que el estudio de los documentos no contempló un imprescindible contraste entre diferentes textos.

Desafortunadamente en la obra no se toman en cuenta, con un procedimiento rigurosamente comparativo, los datos etnográficos referidos a las poblaciones de macorijes, ciguayos, lucayos, o simplemente “indios”; comunidades que aunque evidenciaban niveles de desarrollo socioeconómico similares, poseían determinadas diferencias étnicas en el ámbito antillano. Esta diversidad étnica no es tomada en cuenta por Harrington en su análisis de componentes culturales, omitiendo incluso la observa-

ción de Colón, expuesta en su diario de navegación del primer viaje; cuando, al referirse a las diferencias constatadas entre Cuba y Haití, apuntó: “yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; más hay tanta diferencia de ellos y de ella a ésta en todo como el día a la noche” (Colón 1958:109).

Debo añadir que no poseía Harrington suficiente fundamento empírico, para aseverar que la “cultura predominante” de Haití era precisamente la representada por algunos grupos aborígenes que se autodefinían como taínos, o sea “buenos” o “nobles”. Estos aguerridos pobladores que se enfrentan a los colonizadores con arcos y lanzas en mano, no exponen el comportamiento usual de la gran mayoría de los habitantes de Haití; al menos en los primeros tiempos de exploración. Esta manera de conducirse era característica de comunidades de extracción caribe, o de ciguayos del noreste de la vecina isla.

El esquema de periodización propuesto por Harrington fue asumido por la Arqueología antillana, aunque con la adición posterior de un nuevo grupo cultural denominado *subtaínos*; tras los trabajos arqueológicos de Irving Rouse en 1942. Hasta la fecha, se han propuesto en Cuba numerosas periodizaciones, que aunque superaron las nomenclaturas culturales de dudosa comprobación científica, y se fundamentaron sobre análisis de aspectos económicos, continúan presentando incoherencias debido a problemas de orden teórico. La adopción de una posición teórica, sustentada en el materialismo histórico, coadyuvó definitivamente en el estudio e interpretación de la realidad social en cuestión; sin embargo, las nociones esenciales que emanan de las teorías interpretativas de Harrington subyacen aún en nuestro quehacer investigativo.

Como resultado de lo anteriormente apuntado, actualmente es aceptada por una gran parte de los investigadores, la permanencia en el siglo XVI n. e. de sociedades pretribales, (denominadas ciboneyes por Harrington), con modelos de desarrollo económico basados en la apropiación, y con un precario nivel de desarrollo de sus

fuerzas productivas. Estas comunidades, según estos supuestos, compartían el espacio geográfico de nuestro archipiélago; subordinadas por relaciones de tipo económico con la “etnia Taina”.

*Tainos, Ciboneyes y Guanahatabeyes en el mosaico étnico aborigen de Cuba*

A modo de resumen, puedo decir que no conocemos con certeza cuáles grupos étnicos provenientes de Haití habían arribado a nuestro archipiélago a finales del siglo XV n.e. Al parecer, el brutal proceso de colonización hispana trajo aparejada una diáspora de habitantes desde la vecina isla en toda el área antillana; sobre todo a partir de comienzos del siglo XVI. Las Casas registra en sus textos diferentes etnónimos para Cuba, e incluso señala diferencias socioeconómicas entre los aborígenes de nuestro archipiélago; datos que debemos tener en cuenta al analizar la posible composición cultural del movimiento migratorio.

Si bien el análisis del registro arqueológico realizado por Harrington constituye un indudable aporte a los intentos de reconstrucción social, no fue adecuadamente combinado con el estudio de las fuentes narrativas primarias; lo cual afectó las conclusiones a las que arriba en su obra. El esquema de desarrollo propuesto por el autor, nos brinda una imagen muy alejada de los datos etnográficos contenidos en las crónicas generales de Indias.

Es importante señalar, además, que los contextos arqueológicos que presentan evidencias coincidentes con las señaladas por Harrington como características de la “cultura” ciboney, no coinciden cronológicamente con la exploración y colonización hispana; al menos hasta el momento. La evidencia más tardía de estas sociedades en nuestro país, está documentada por cronología absoluta y se corresponde con el sitio Mogote de la Cueva, provincia de Pinar del Río. La datación convencional obtenida fue la siguiente: 1300 d.n.e,  $650 \pm 200$  AP (SI-424. Smithsonian, EUA) (Pino 1993:6).

Al parecer, las sociedades aborígenes apropiadoras no se encontraban habitando el archipiélago cubano ni las islas aledañas en los momentos de la colonización europea. Los datos etnográficos que podemos extraer de las fuentes primarias y del registro arqueológico, no nos ofrecen pruebas que indiquen la presencia de formaciones sociales diferentes a las encontradas en el resto de las Antillas Mayores, a finales del siglo XV y comienzos del XVI n.e.

Si bien es cierto que en algún momento histórico el archipiélago estuvo poblado por dos formaciones sociales bien diferenciadas, parece ser que las más antiguas, con el decursar de los siglos, fueron mezclándose biológica y culturalmente con los representantes agroalfareros tribales provenientes de Haití. En el registro arqueológico existen evidencias de complejos procesos de transculturación que así lo documentan. Quizás esta sea una de las respuestas al hecho de que, en la mayoría de los datos aportados por las crónicas, los aborígenes solo son denominados como “indios flecheros”, “caribes”, ó simplemente “indios”, desapareciendo ante la vista de los hispanos las particularidades étnicas de las diversas regiones geográficas del área antillana.

Los criterios expuestos en este artículo<sup>6</sup> no son conclusivos, solo los futuros trabajos arqueológicos podrán descifrar los problemas que presenta el complejo estudio de las comunidades apropiadoras pretribales en nuestro archipiélago. La publicación de nuevas dataciones por cronología absoluta, podrían cambiar las ideas expuestas con relación a la permanencia de éstas en el periodo abordado. Sin embargo, sí sostengo el criterio de que los denominados Guanahatabeyes y Ciboneyes eran representantes tribales, que antecedieron las inmigraciones aruacas de finales del siglo XV n. e. Sirvan estos apuntes para abrir nuevas aristas de análisis en la reconstrucción de nuestra historia más antigua.

## Notas

1. Los aborígenes, denominados como *ciboneyes* en el es-

quema de Harrington, han recibido con posterioridad en nuestro país, otras denominaciones: guanahatabeyes, auanabeyes, ciboney (aspecto Guayabo Blanco, y Cayo Redondo), preagroalfareros, arcaicos, complejo I y II, comunidades con tradiciones mesolíticas, pescadores-recolectores-cazadores y formación social de apropiadores pretribales.

2. Las fuentes citadas no precisan con claridad los aspectos que describen la similitud entre ciboneyes y lucayos. Las Casas, en su obra *Historia de las Indias*, registró los siguientes apuntes, al referirse a los pobladores de Cuba: “Las gentes que primero la poblaron eran las mismas que tenían las islas de los Yucayos pobladas, gentes simplísimas, pacíficas, benignas, desnudas, sin cuidado de hacer mal a nadie” (Las Casas 1995:514).
3. Este problema de interpretación llevó a Harrington a redactar la siguiente nota aclaratoria en su texto:

“La afirmación de Las Casas de que los ciboneyes eran iguales a los lucayos, o pobladores de las Bahamas, ha sido el único punto difícil de explicar al desenvolver nuestra hipótesis de que el nombre Ciboney pertenece realmente a la raza primitiva de Cuba y no a ninguna raza taina; pues muchos de los objetos conocidos procedentes de aquellas islas son claramente taínos, y la deducción es que sus habitantes eran taínos. (...) futuras investigaciones demostrarán que los primitivos habitantes de aquellas islas fueran un pueblo rudo y atrasado cual los primitivos indios de Cuba, (...). Aquellos indios pudieron estar todavía en mayoría al tiempo del descubrimiento y sin duda fueron ellos con quienes Las Casas comparó a los ciboneyes de Cuba” (Harrington 1935:6-7).

4. Antonio Bachiller y Morales fue el primer autor cubano en darle cierta connotación étnica al término *taíno*, al exponer en su obra *Cuba Primitiva* lo siguiente: “debía buscar por el mediodía la procedencia de los indios del tipo caribe de raza pacífica ó noble; como ellos mismos se apellidaban: los tainos.”

“Cuarenta y un años después de escritas mis presunciones y conjeturas, negadas por los contemporáneos, en 1882 he leído en la apreciable obra del sabio alemán Peschel (*The Races of Man*, 1876) la siguiente confirmación: Las pequeñas y las grandes Antillas como Las Bahamas, fueron habitadas antes de 1492 por una raza en extremo pacífica, que Von Martins ha llamado Taini” (Bachiller 1883:115-116).

5. “Después pasaron desta isla Española alguna gente, mayormente después que los españoles comenzaron a fatigar y a oprimir los vecinos naturales desta, y llegados en aquella, o por grado o por fuerza en ella habitaron, y sojuzgaron por ventura los naturales della, que como dije arriba, llamábanse ciboneyes, la penúltima luenga, y según entonces creímos, no había cincuenta años que los desta hobiesen pasado a aquella isla” (Las Casas 1995:514).
6. Los criterios expuestos en este artículo forman parte del capítulo III de mi tesis para optar por el título de Máster en Antropología, trabajo aún inédito, y que lleva por título: *Las crónicas generales de Indias. Sus limitaciones en la reconstrucción etnohistórica de las sociedades aborígenes de Cuba*.

## Referencias citadas

- BACHILLER Y MORALES, A. (1883), *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e Historia*. 2da ed. Librería de Miguel de Villa, La Habana.
- COLÓN, C. (1958), *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*. 3ra ed. Espasa Calpe-Argentina, S. A.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1851), *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Tomo I. Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid.
- HALLET CARR, E. (1969), *¿Qué es la Historia? Conferencias “George Macaulay Trevelyan”, dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961*. Editorial de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro, La Habana.

- HARRINGTON, M. R. (1935), *Cuba antes de Colón*. Tomo II. 2da ed. Cultural, S. A., La Habana.
- LAS CASAS, B. (1971), *Memorial sobre remedios de las Indias. Documentos para la Historia de Cuba*. Tomo I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- LAS CASAS, B. (1995), *Historia de las Indias*. Tomo II. 2da ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. (1989), *Décadas del Nuevo Mundo*. Tomo I. Sociedad Dominicana de bibliófilos INC. Editora Corripio. Santo Domingo.
- PINO, M. (1995), *Actualización de fechados radiocarbónicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. Editorial Academia, La Habana.
- PORTUONDO, F. (1977), *El segundo viaje de descubrimiento*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- VALDÉS BERNAL, S. (2003), “Visión lingüística del Caribe insular precolombino”. *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, Año 5/No.8: 159-177. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.
- VELÁZQUEZ, D. (1971[1514]), “Relación o extracto de una carta que escribió Diego Velázquez, Teniente de Gobernador de la Isla Fernandina (Cuba). A.S.A. sobre el gobierno de ella. Año de 1514”. *Documentos para la Historia de Cuba*. Tomo I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Recibido: 29 de enero de 2010.

Aprobado: 18 de mayo de 2010.

# Fundamentos teóricos y metodológicos para el mapa del arte rupestre cubano. Comentarios generales

Divaldo A. GUTIÉRREZ CALVACHE\*, Efrén J. JAIMEZ SALGADO\*\* y José B. GONZÁLEZ TENDERO\*.

\*GCIAR. Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre, Instituto Cubano de Antropología. \*\* Instituto de Geofísica y Astronomía (Cuba).

## Resumen

Se revisa y adopta un concepto propio para la elaboración del Mapa del Arte Rupestre Cubano, entendido como instrumento para el conocimiento de este patrimonio arqueológico, y de los datos comprobados en nuestro archipiélago. Se realiza una introducción histórica sobre el nacimiento y evolución de los criterios cartográficos para el arte rupestre cubano y se describen modelos que ejemplifican las diferentes experiencias obtenidas en la construcción de las fases operativas, bases de datos y tipos de mapas realizados para la obtención definitiva de dicha herramienta cartográfica.

**Palabras clave:** arte rupestre, cartografía, mapa, geoarqueología.

## Abstract

It revises and adopts a specific concept for Cuba's Rock Art Map, understood as a tool for knowledge of the archaeological heritage of the data recorded in our island. It performs a historical introduction about the birth and evolution of mapping criteria for the Cuban rock art and it describes some models who exemplify the different experiences in the construction and operation phases, databases and types of maps made for obtaining final Cuban rock art map.

**Key words:** rock art, cartography, map, geoarchaeology

## Introducción

Las Ciencias Sociales se fundamentan en los conocimientos y avances de numerosas ramas del saber, con el objetivo de llegar a una comprensión de la evolución de la sociedad y una gestión integral del desarrollo. De ahí que en la actualidad disciplinas como la Antropología, la Arqueología y el sistema de ciencias geográficas hayan coincidido en un espacio muy discutido en el marco académico: el de la *Geografía como ciencia social*. Esta definición se sustenta en aceptar a la Geografía como el intento de describir y comprender la sociedad a través del espacio que ella crea y organiza, o sea, como el estudio del territorio organizado por el hom-

bre; en el que se incluyen las continuas y variadas relaciones entre hombre y medio natural, entre grupos humanos y condiciones naturales. El territorio es, por tanto, bajo este criterio, el espacio en el que un sujeto —*la sociedad*—, actúa sobre un objeto —*la naturaleza*— (Alberdi 2002:3). Este enfoque, aplicado a las sociedades del pasado, generó la adecuación e introducción de algunos conceptos dentro de las estrategias científicas de la investigación arqueológica, entre los que podemos incluir la *Geoarqueología*, en la cual se intenta describir las relaciones entre los grupos humanos del pasado y las condiciones del medio natural, tanto en su reconstrucción paleogeográfica, como en su morfología actual, estableciéndose, en este último caso, patrones que —entre otros

elementos— nos llevan a la aceptación del concepto de habitabilidad (Ortega y Ayala 1998, 2004), como modelo predictivo de indudable objetividad científica (Marshall 2002:13; Hernández, *et al.* 2004:5), con importantes resultados en nuestro país.

De toda esta problemática no escapa el arte rupestre, como evidencia material del desarrollo ideológico y psicológico de las sociedades del pasado. De ahí que las relaciones de este con el medio natural, y su organización desde los fundamentos de la Geoarqueología, sea un problema de primer orden en el desarrollo de la Rupestrología cubana y sus programas de investigación; los cuales, sin lugar a dudas, comenzaron con la aparición en el ámbito arqueológico de la obra *Cuba: Dibujos Rupestres* (Núñez 1975); que marcó el inicio de las primeras propuestas para enfocar la distribución del arte rupestre cubano desde una proyección geográfica a nivel nacional. Y es que, hasta ese momento, los escasos trabajos que habían intentado acercarse a esta cuestión tenían un carácter espacial muy reducido. La base formativa que el autor de la citada obra poseía como geógrafo, lo convirtió, al menos para Cuba, en el pionero de los enfoques que abordaron el arte rupestre desde el punto de vista de su tipología y su distribución en el medio geográfico, aunque su propuesta presentó limitaciones típicas de la época y del desarrollo de los enfoques geo-sistemáticos en nuestro país. A pesar de que el autor actualizó esta propuesta pionera en varias oportunidades, dichas actualizaciones solo enfrentaban el problema desde una óptica cuantitativa, sin que en todos estos años se presentara una visión de los fundamentos, conceptos teóricos y criterios metodológicos, utilizados para mirar desde la Geoarqueología al arte rupestre en nuestro archipiélago.

Ante esta realidad, y con la evolución del conocimiento de la rupestrología en Cuba, se decidió —hace solo unos años— elaborar un detallado archivo del registro y documentación de este patrimonio en nuestro país, generándose así la necesidad y la oportunidad de diseñar una metodología de análisis para esta problemática, la cual en

sus inicios se expresó como una base de datos y que, en consecuencia, y con la evolución del proceso investigativo, se convirtió en soporte y base para la elaboración de un grupo importante de cartografías temáticas, sintéticas e interpretativas, que nos permitieron llegar de una forma organizada a la confección del mapa del arte rupestre cubano.

## Antecedentes

Como vimos en la introducción, se puede dejar establecido que, a pesar del desarrollo alcanzado en los estudios del arte rupestre nacional, hasta hace muy poco no se podía hablar de la cartografía detallada de la información rupestrológica cubana; elemento imprescindible en el conocimiento pleno de nuestra realidad, e indispensable para el diseño de modelos de protección, conservación e investigación, más eficientes y eficaces.

Lo anterior no debe parecer significativo si aceptamos que en nuestro país tampoco ha sido desarrollado ni llevado a un feliz término un proyecto nacional de cartografía arqueológica: a pesar de todo el trabajo realizado con vistas al *Atlas Arqueológico de Cuba*, este no logró concluirse; y la información derivada del mismo jamás logró publicarse. En este sentido, otro intento que podría haber concretado resultados importantes fue la creación, en el antiguo Centro de Antropología, de una base de datos (en el programa WinIgis) con gran parte de la información arqueológica disponible en esa institución, la cual fue denominada *SiAr*. Sin embargo, no pocos especialistas han objetado el diseño poco eficiente de esta base a los fines de la investigación, a lo que habría que sumar que nunca fue llevada a compatibilidad para convertirla en una lectura de trabajo para un Sistema de Información Geográfica (SIG). Sin lugar a dudas, el más alentador y abarcador de los intentos por tener un verdadero resultado geoarqueológico en el campo de la cartografía y los SIGs, comenzó a estructurarse a partir del año 2004, con la propuesta de *ARQUEOSIG, un SIG para la Arqueología*

*aborigen de Cuba* (Hernández, *et al.* 2004). Sin embargo, problemas burocráticos, administrativos y la falta total de gestión de los que dirigen institucionalmente la Arqueología en Cuba, provocaron una vez más la desarticulación del proyecto y, con ello, la pérdida irremediable del último intento serio de dotar a la Arqueología cubana de una importante herramienta de trabajo. No obstante, no todos los esfuerzos han sido abandonados, y algunos proyectos de tipo regional han sido notables y han logrado salir adelante, gracias al empuje de algunos investigadores, tal es el caso del recién concluido *Sistema de Información Geográfica para la Arqueología de la provincia de Matanzas* (Silvia Hernández Godoy, comunicación personal, 2010). En este sentido y con algo de vergüenza hay que reconocer el reciente esfuerzo realizado por el investigador inglés Jago Cooper quien, a partir de numerosa información dispersa en publicaciones y algunos censos mas o menos accesibles, ha logrado un primer intento de SIG para la arqueología cubana (Cooper 2007:132). Sus limitaciones están dadas sobre todo por la información a que tuvo acceso, la cual dista mucho de la realidad actual. Aun así, que este resultado sea puesto en nuestras manos por un investigador extranjero debe llamarnos definitivamente a un análisis de nuestra gestión en esta dirección.

Volviendo al arte rupestre, debemos tener en cuenta que, tanto el primer intento cartográfico de 1975, como

todos los demás desarrollados por Núñez Jiménez en los siguientes 20 años, tuvieron un enfoque regionalizador, o sea, lo que se intentaba llevar al mapa era la “región geográfica”, donde se agrupaban un número determinado de estaciones del arte rupestre, pero nunca se presentó una distribución exacta de las estaciones según sus características fundamentales, ni se caracterizaron dichas regiones en función de la acción social que, para el caso que nos ocupa, es el arte rupestre.

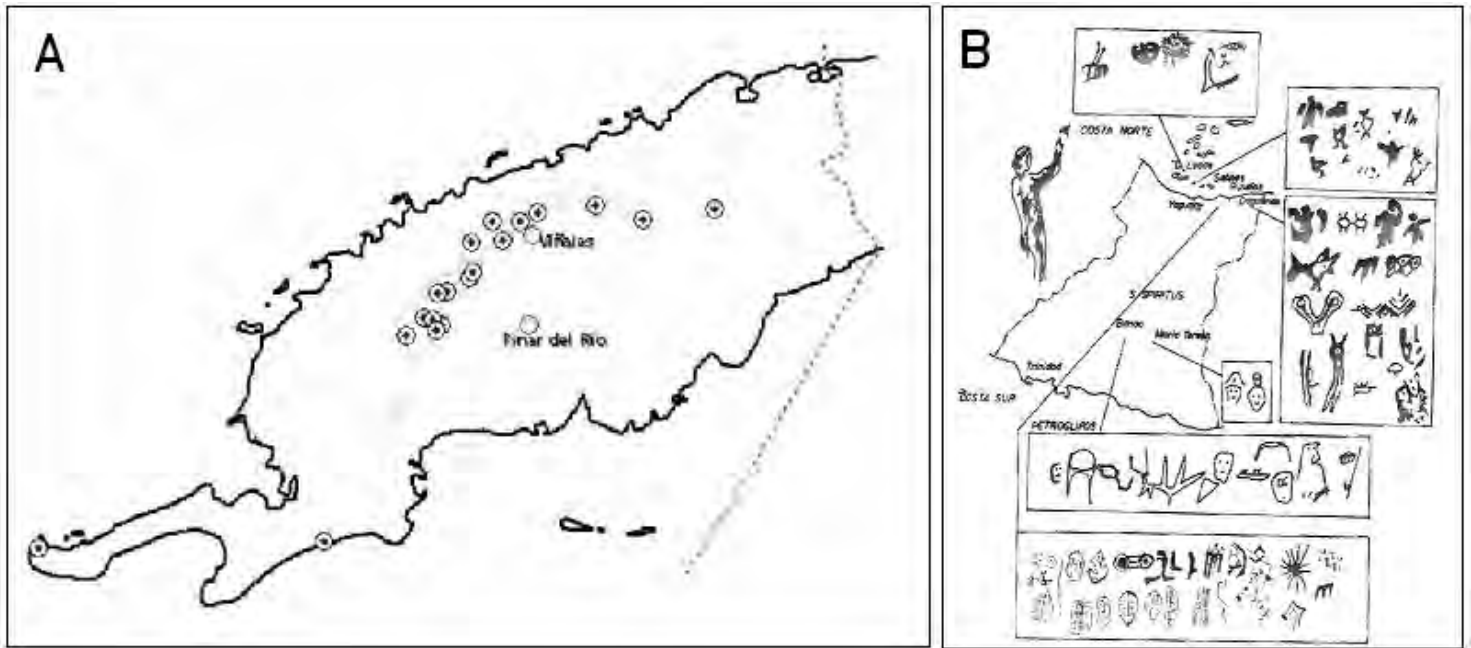
En los años siguientes a 1975, Núñez Jiménez actualizó sistemáticamente su propuesta, publicando en 1985 un nuevo mapa (Núñez 1985:2-3), en el cual agrega cuatro regiones no consideradas antes. Aunque su labor continúa en conferencias y ponencias que presentó posteriormente en diferentes eventos, nunca fue publicada una actualización completa después de 1985. En el año 1995 es dada a conocer la última de sus ponencias referidas a este tema titulada *Nuevas Investigaciones en el arte rupestre de Cuba*, que fuera presentada en el Congreso Internacional LV Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba (Núñez 1995:73).

Aun bajo toda esta insigne y pionera labor, es preciso observar que los criterios propuestos en estos primeros trabajos eran poco abarcadores en sus bases teóricas, conceptuales y metodológicas. Así, nunca hubo una propuesta donde se asumieran unidades físico-geográficas o cate-



**FIG. 1.** La última versión publicada por Antonio Niñez Jiménez de su mapa del arte rupestre cubano. Fuente: Núñez Jiménez 1985: 81





**FIG. 2.** Mapas del arte rupestre de diferentes provincias cubanas. (A) Provincia de Pinar del Río, presentado en el 2do. Taller Internacional de Arte Rupestre de La Habana por Enrique Alonso y colaboradores (2004) y (B) Provincia de Sancti Spíritus, publicado por Alejandro Romero Emperador en la Revista Espelunca (1997: 84)

gorías geográficas debidamente identificadas; tampoco hubo una cartografía resultante donde se precisaran límites geográficos y/o unidades naturales. En definitiva, aparecen criterios como, por ejemplo, “Región pictográfica de Guara”, topónimo sin ningún valor asignado desde el punto de vista geosistémico, o se utilizó como método cartográfico la macro-señalización ilustrativa, sin manejo de cartodiagramas ni simbología fuera de escala (fig. 1).

Otros intentos, de carácter regional, también fueron llevados a cabo por diferentes investigadores. Tal es el caso, por ejemplo, de los mapas presentados por Alejandro Romero Emperador, para el arte rupestre de Sancti Spíritus (Romero 1997:84), o el presentado para el arte rupestre de Pinar del Río (Alonso, *et al.* 2004); pero ninguno de ellos recibió el tratamiento detallado y metodológico necesario para una documentación verdaderamente científica (fig. 2).

Por todo lo antes comentado queda claro que, nunca, en la historia de la Rupestrología cubana, había sido representado cartográficamente el conocimiento específico sobre todos y cada uno de los sitios rupestres del país, o sea, nuestra nación no contaba con un mapa rupestrológico, requerimiento que cada día se hacía más importante

si, por ejemplo, se pretendía lograr que los procesos de conservación y protección fueran asumidos profesionalmente dentro de los sistemas territoriales de patrimonio cultural y áreas protegidas, lo cual permitiría que el arte rupestre y la necesidad de su protección fueran tenidos en cuenta dentro del ordenamiento territorial y ambiental, como parte de los programas de desarrollo.

### Fundamentos teóricos

El arte rupestre es la evidencia ideológica y psicológica más repetida en todo el desarrollo de la humanidad desde sus albores hasta los comienzos de la escritura, constituyendo en sí mismo una importantísima fuente arqueológica para la comprensión de las formas primitivas del pensamiento del hombre. En este sentido, el criterio contemporáneo de la mayoría de los investigadores establece que todos los avances y medios disponibles para el estudio del arte rupestre deben asegurar, ante todo, su registro y documentación detallada, como vía para emprender la evaluación y valoración rigurosa y científica de los distintos tipos de situaciones (amenazas) que agreden al arte rupestre, sus efectos y vías de protección o conservación.

Concepto de mapa del arte rupestre

Para planificar y realizar adecuadamente los procesos de protección y conservación antes comentados, es necesario conocer las características de la distribución geográfica de este patrimonio. No se protege lo que no se conoce, por lo tanto es necesario contar con un sistema de información que permita conocer en detalles el objeto a conservar, sus características y aquellas amenazas a que se expone y que lo afectan. Para esto es imprescindible la definición de conceptos teóricos que permitan articular las estrategias principales de investigación.

Entonces el concepto *Mapa del Arte Rupestre* engloba para nosotros cualquier instrumento informativo que,

mediante el uso de la cartografía y la información geográfica, aporte datos descriptivos que permitan el análisis de las características que rodean la orientación, ubicación y distribución del arte rupestre en una determinada zona. Su lectura debe permitir elevar el conocimiento general que sobre este patrimonio se posee y, a su vez, asegurar los elementos necesarios para la programación de planes de conservación y protección. Entonces, la definición más simple de mapa del arte rupestre es: todo instrumento informativo elaborado mediante la cartografía que refleje las características de la orientación, ubicación y distribución del arte rupestre en un territorio.

FASE	OBJETIVO	ELEMENTOS DE OPERATIVIDAD
Fase Cognitiva	Conocimiento detallado de las diferentes formas en que se presenta el arte rupestre en el ámbito y espacio geográfico seleccionado.	Bibliografía rupestrológica, Fuentes vivas, Trabajos de campo.
Fase Analítica	Análisis de los conocimientos adquiridos en la fase cognitiva y determinación de los fundamentos metodológicos de construcción.	Notas de campo y gabinete, Estudio y definición de conceptos y Reuniones de trabajo.
Fase de Captura	Inclusión en el sistema de todos los datos obtenidos en las fases cognitiva y analítica	Datos de la fase analítica y cognitiva y procesadores computarizados.
Fase de Procesamiento	Procesamiento de los datos capturados, creación de bases de datos georeferenciadas y de las capas temáticas resultantes.	Procesadores computarizados (hardware) y Programas escogidos (uso de herramientas SIG)
Fase de Representación	Ejecución de los mapas y cartogramas de trabajo, obtención del primer borrador del mapa del arte rupestre.	Bases cartográficas, SIG, Base de datos, Censos arqueológicos, etc.
Fase de Evaluación	Verificación de los resultados y objetivos programados.	Comprobación de campo y evaluación crítica de especialistas temáticos.
Fase de Culminación	Realización del mapa del arte rupestre	Datos y elementos obtenidos de la fase de evaluación, editor cartográfico.

**TABLA 1.** Fases de realización del mapa del arte rupestre cubano

Por otro lado, es necesario dejar establecido que el conocimiento sobre el arte rupestre de una región, zona o nación, que se “descarga” sobre una base cartográfica para la elaboración de un mapa del arte rupestre, no es solo un fin en sí mismo, sino también una herramienta de trabajo que posibilita un tratamiento adecuado y eficaz de la información disponible para el estudio y protección del arte rupestre.

Ciertamente, el mapa del arte rupestre no es solamente un instrumento de consulta científico-técnico, es además un instrumento de gestión y para la participación en la gestión.

## Fases de realización del mapa del arte rupestre

Si se pretende un proceso de realización consecuente con un resultado riguroso y científico, la primera fase necesaria es el conocimiento detallado de las diferentes formas en que se presenta el arte rupestre en el ámbito y espacio que se considere: zona, región, provincia, etc. ¿Cómo está representado, qué tecnología se utilizó, a qué peligros se enfrenta y dónde? Solo respondiendo a estas y otras preguntas es posible planear, programar y definir prioridades para la realización de los pasos (tabla 1) que completan las fases de realización y desarrollo de un mapa del arte rupestre.

A nivel teórico la fase cognitiva es, sin lugar a dudas, la más importante del sistema: es la fase del conocimiento real del arte rupestre. En la práctica, podemos diferenciar dos niveles en este conocimiento: el primero, determinado por la información que se obtiene de forma institucional y documental, y el segundo, cuando la información procede de documentos, recuerdos y comunicaciones de tipo personal; ambos implican una primera aproximación a la información sobre los datos fundamentales de nuestro objeto de estudio, que constituye la base de datos necesaria para la fase analítica. El proceso en el primer y segundo nivel se puede definir por las variantes de obtención de datos e información que se presentan a continuación:

Primer nivel (institucional y documental).

- a) Datos proporcionados por las entidades estatales de investigación vinculadas a la arqueología en particular y las ciencias sociales en general, entiéndase Instituto Cubano de Antropología (ICAN), Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, Departamento Centro Oriental de Arqueología, Instituto de Historia, Direcciones Provinciales de Patrimonio, Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM), Universidades provinciales y otros.
- b) Datos proporcionados por instituciones privadas u

organizaciones no gubernamentales como, por ejemplo, la Sociedad Espeleológica de Cuba, la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre, la Fundación Fernando Ortiz, la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, etc.

Segundo nivel (personal y oral).

- a) Información de los archivos privados y la memoria viva de los profesionales dedicados a la investigación arqueológica y rupestrológica en Cuba.
- b) Información procedente de los archivos y de la memoria de personas que participaron o participan en el Movimiento Nacional de Aficionados a la Ciencia y sus organizaciones.
- c) Información procedente de datos históricos y memoria vivas de fuentes ajenas a la investigación pero parte de los entornos territoriales y regionales donde se encuentra el arte rupestre.

Los mapas de arte rupestre pueden ser muchos y tener muy diversas configuraciones, pero deben perseguir el cumplimiento de un objetivo común: la divulgación, mediante el uso de la cartografía y la información geográfica, del conocimiento geoarqueológico que del arte rupestre se tiene, en el ámbito de estudio seleccionado; permitiendo así la planificación de acciones de carácter intensivo y extensivo para la protección, conservación y —cuando sea indispensable— la restauración de este patrimonio.

Un último aspecto a considerar es la estrecha relación existente entre el arte rupestre y la distribución geográfica de aquellos factores o elementos naturales que lo agreden o pueden agredirlo. En efecto, si pretendemos que nuestra labor geoarqueológica promueva un resultado conservacionista, la longevidad del arte rupestre estará ampliamente condicionada por las características ambientales. Este fundamento teórico es imprescindible para la construcción metodológica de los mapas de arte rupestre, en los que adquieren una gran importancia las unidades paisajísticas, regionales y geotipológicas.

VARIABLES	OPERACIONALIZACIÓN	Fundamentos metodológicos
Tipo de Estación	A cielo abierto	<p>La metodología empleada en general, parte de la selección de las variables más comunes en el análisis del arte rupestre desde un enfoque sistémico (tabla 2), con la representación de estas, a partir de su salida en las fichas de registro o matrices, de forma clara y sencilla, para poder ser interpretadas y utilizadas por no especialistas, así como para facilitar la interacción y utilización de las capas temáticas en un SIG. En general, se siguieron criterios ya utilizados y propuestos por otros autores, como Villota, <i>et al.</i> (2002) y Sanz, <i>et al.</i> (2003). Todos los trabajos se realizaron a una escala de 1: 250000, que es la base del Mapa Topográfico Digital de la República de Cuba.</p> <p>El análisis cartográfico de los diferentes elementos que conforman el arte rupestre, en sentido amplio, incluyó tanto las unidades regionales y geotipológicas —entiéndase tipo y categoría de estación, sustrato de realización y asignación de espacio—, como las unidades de modo y forma. En las primeras se consideraron tipología, técnica de ejecución y colores de ejecución; en las segundas, la categoría y la morfología de los diseños. Para la definición estructural de este proceso se partió, en un inicio, de la propuesta de Gutiérrez y Fernán-</p>
	Solapa	
	Cueva	
Categoría de Estación	Pictográfica	
	Petroglífica	
	Combinada o Mixta	
Asignación de Espacios	Umbral	
	Sub Umbral	
	Penumbra	
	Oscuridad	
Sustrato de Realización	Pared	
	Techo	
	Suelo	
	Formación Secundaria Cenital	
	Formación Secundaria Parietal	
	Formación Secundaria Pavimentaria	
Tipología	Petroglifo	
	Petroglifo Escultural	
	Pictografía	
	Petro-Pictografía	
	Picto-Petroglifo	
Técnicas de Ejecución	Percusión	
	Abrasión	
	Rayado	
	Pintura digital	
	Pintura mediante pincel	
	Pintura por aplicación directa del colorante	
Colores de Ejecución	Negro	
	Rojo	
	Sepia	
	Blanco	
	Gris	
Categoría de diseños	Dibujos aislados	
	Conjuntos	
	Murales o cenefas	
	Categorías anteriores.	

**TABLA. 2.** Composición y operatividad de las variables utilizadas para las fichas de registro o matrices

Morfología de diseños	Dibujos abstractos
	Dibujos geométricos
	Dibujos figurativos
	Dibujos zoomorfos esquematizados
	Dibujos ideogramas zoomorfos estilizados
	Dibujos antropomorfos esquematizados
	Dibujos antropomorfos estilizados
Amenazas a la Conservación	Naturales
	Industriales
	Antrópicas
Protección Legal	Monumento local
	Monumento nacional
	Categoría de patrimonio de la humanidad
	Categoría de manejo del sistema nacional de áreas protegidas
	Área de recursos manejados
	Sitios RAMSAR
	Reserva de la biosfera
	En áreas aprobadas por el CECM
Sin protección	
Regionalización	En regiones del arte rupestre
	Estaciones aisladas

TABLA 2. Continuación

dez (2005:96), a la que se agregaron otras unidades, como la unidad cultural (formaciones, estructuras o rasgos económico-sociales de las comunidades que le dieron origen al arte rupestre), unidades paisajísticas regionales (geología, suelos, geomorfología, clima, vegetación) y unidades de conservación (amenazas naturales, industriales y antrópicas), así como la protección legal (monumentos locales y nacionales, y sistema nacional de áreas protegidas). Todas estas unidades, expresadas en un inventario cartográfico de forma independiente, permitieron proceder a la realización de superposiciones cartográficas que generaron varios tipos de mapas, indispensables para el conocimiento del arte rupestre cubano.

En este sentido, primero se obtuvieron aquellos que dan información temática (mapas de datos elementales), o sea, las cartografías iniciales. Con posterioridad, se eje-

cutaron cartografías obtenidas a partir de la evaluación de varios datos elementales, que generaron información múltiple (mapas de datos múltiples) y, finalmente, aquellas cartografías que se derivaron de la selección de determinadas cualidades (mapas de datos interpretativos).

El conjunto de estas cartografías, y su uso, nos revela un importante volumen de información sobre las características generales y cualidades específicas más significativas del arte rupestre, en su interacción con el medio natural. Así, de esta forma, nos permite, entre otras reconstrucciones, el abordaje de propuestas estilísticas, sobre la base de determinadas características rupestrológicas, aisladas en unidades geográficas bien

delimitadas y caracterizadas por condiciones específicas (Gutiérrez, *et al.* 2005: 107 y Fernández, *et al.* 2009).

En la figura 3 se ilustra de forma esquemática el procedimiento metodológico para la obtención de los mapas de datos elementales, múltiples e interpretativos, que permitieron la conformación definitiva del mapa del arte rupestre cubano; datos que en su mayoría han sido trasladados a un SIG, para asegurar así su almacenaje, análisis, actualización sistemática interactiva y georreferencia.

#### Mapas de datos elementales

El diseño estructural y metodológico de este tipo de cartografía se basó en el inventario inicial de los elementos simples ya citados (los que conforman las unidades)

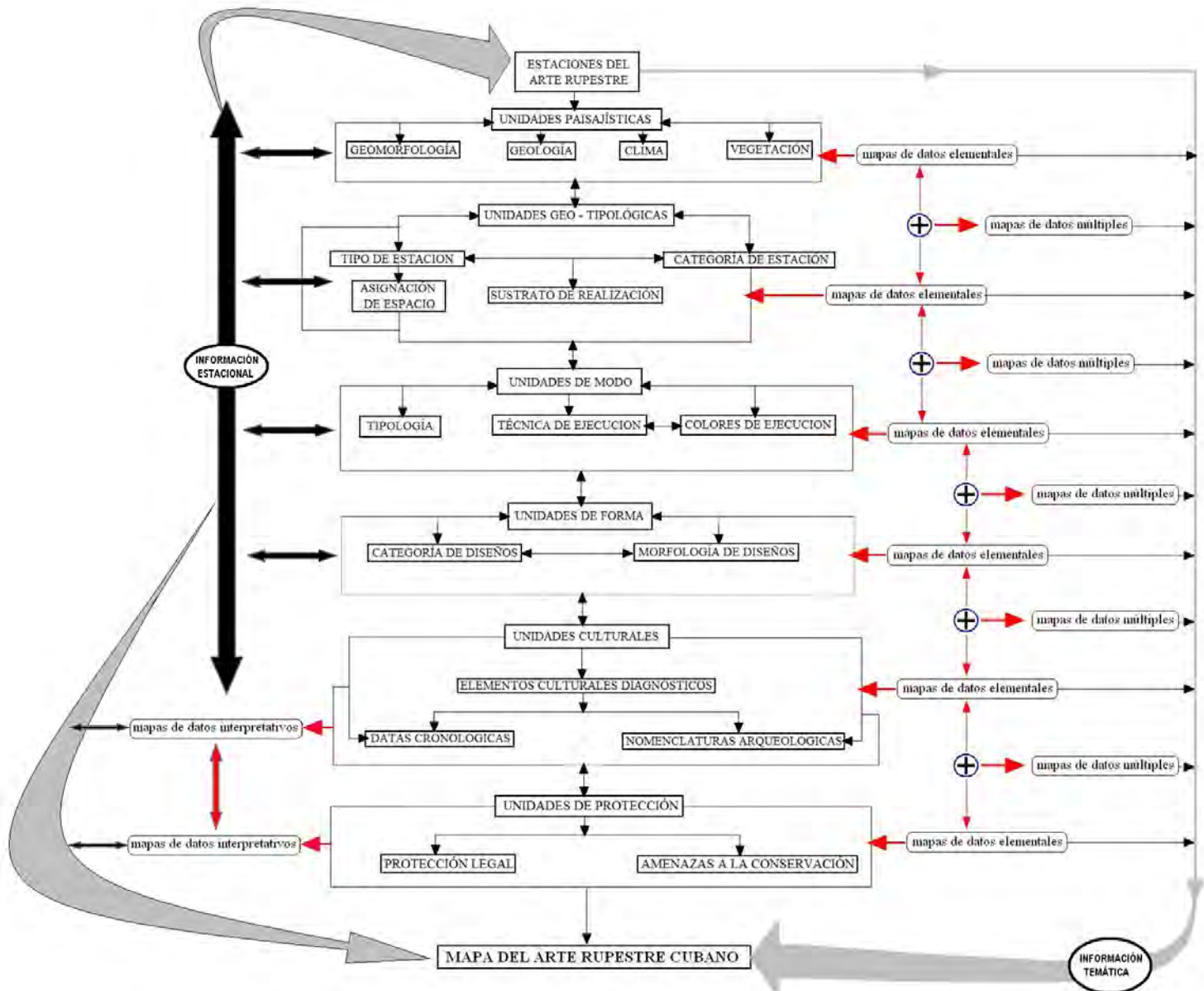


FIG. 3. Esquema del procedimiento metodológico para el mapa del arte rupestre cubano. Fuente: Elaboración propia

en una base de datos, de la que se partió para la ejecución de mapas descriptivos monotemáticos, en los cuales las variables analizadas raras veces superaron la cantidad de datos y nunca sobrepasaron las cuatro variables individuales. Los datos básicos utilizados partieron de la revisión detallada del 100% de la literatura rupestrológica y arqueológica referente al arte rupestre cubano<sup>1</sup>, las notas de campo de los autores, y la información personal aportada por más de treinta investigadores cubanos. Un ejemplo de este tipo de mapa se ilustra en el esquema que se presenta en la figura 4, donde aparece una de las variables utilizadas para la formación del criterio de “Asignación de espacio”, nos referimos a las estaciones a cielo abierto.

Para elaborar este mapa se han englobado otros elementos o variables. Al respecto, no se tuvieron en cuenta características específicas (similares o diferentes); entiéndase, por ejemplo: no se consideró si el arte rupestre estaba ejecutado sobre grandes rocas, acumulación de estas o paredones rocosos; esto permitió separar, en un primer paso, dos grandes grupos: estaciones a cielo abierto y estaciones subterráneas.

Otro elemento que se incluye en este tipo de cartografías es la Geomorfología, cuya importancia radica en su influencia sobre el resto de las unidades utilizadas en la conformación de los criterios de regionalización y la estructuración del concepto “Tipo de región”. Así, vemos

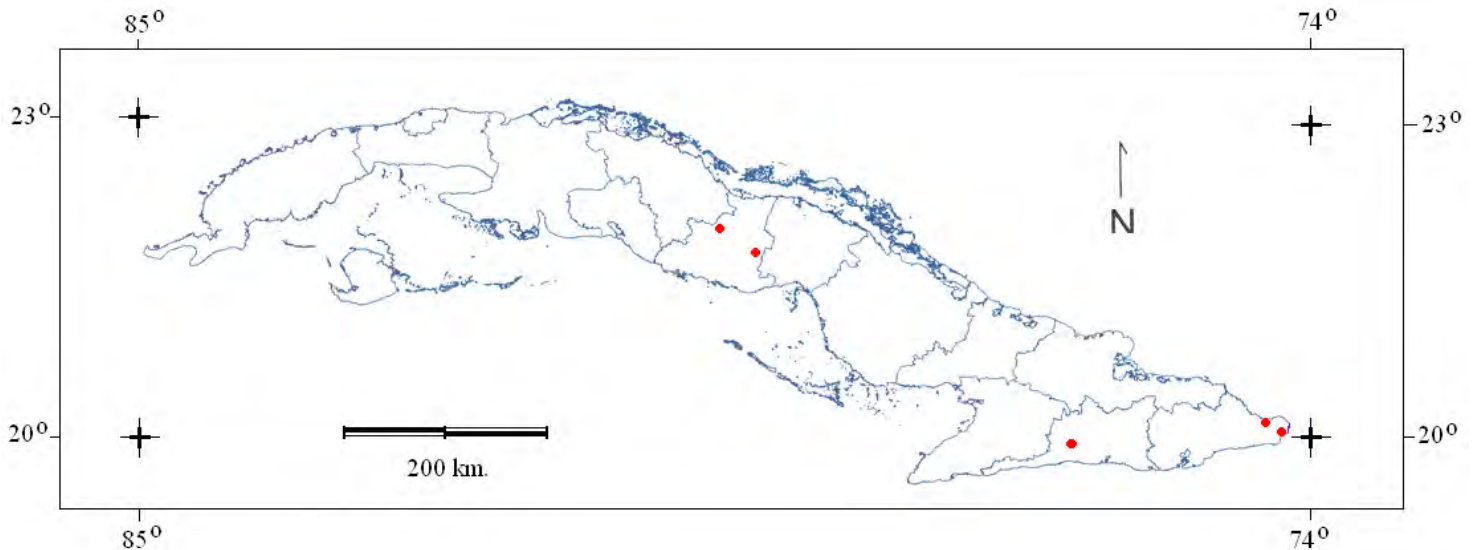


FIG. 4. Distribución de las estaciones del arte rupestre cubano realizadas a cielo abierto. Fuente: Gutiérrez, *et al.* (2009a)

que el desarrollo de esta cartografía permitió establecer, entre otros datos, que del total de estaciones rupestres del país más del 50% se encuentran ubicadas en las llanuras costeras, y más del 30% en alturas y montañas (fig. 5).

Por último, es importante dejar establecido que el análisis de estos elementos y su cartografía se ha realizado bajo el criterio de síntesis y generalización cartográfica, con el objetivo específico de generar dominios abarcadores, a partir de las diferentes clases de variables, ya que estas son, en esencia, la expresión real de los caracteres dominantes del arte rupestre cubano, como actividad antrópica realizada sobre y en el medio geográfico.

#### Mapas de datos múltiples

Para enfrentar no pocos problemas teóricos en la organización de nuestro trabajo fue necesario acudir a la superposición de dos o más capas temáticas (mapas) de datos elementales. Los resultados de estas superposiciones, llevados a modelos cartográficos sobre SIG, es lo que definimos como “Mapas de datos múltiples”.

Un ejemplo de la obtención de un mapa de datos múltiples es la sobreposición del mapa de colores en las pictografías y el mapa de técnicas de ejecución, lo cual generó una cartografía que permitió demostrar importantes relaciones entre técnicas y colores, por ejemplo: la rela-

ción absoluta —a nivel nacional— entre el color rojo y la técnica de pintura dactilar (directamente con el dedo). Pero, además, nos puso en condiciones de evaluar estas relaciones en otras perspectivas territoriales, por ejemplo: permitió analizar este aspecto en algunos territorios específicos de una alta densidad de estaciones del arte rupestre (Gutiérrez, *et al.* 2009b:48), lo que asegura un conocimiento importante para los planes de manejo de estas áreas y su impacto en el patrimonio arqueológico.

Este tratamiento de datos y manejo de las capas fue también extremadamente útil para llegar a obtener el mapa de la distribución geográfica de los diferentes tipos de arte rupestre bicromado (fig. 6).

En conclusión, el diseño de este tipo de cartografía se basó en la combinación a voluntad de numerosos datos obtenidos en el inventario inicial y su proyección cartográfica (mapa de datos elementales). En este sentido, dichas cartografías fueron consideradas “capas”, y se combinaron tantas de ellas como la conformación de un resultado complejo lo requería. Así, el mapa de regionalización definitivo resultó el más complejo de estos mapas de datos múltiples, pues requirió la superposición de 16 capas temáticas o elementales, comenzando con las obtenidas para las unidades de paisajes, y culminando con las capas de las unidades culturales, estas últimas obtenidas del Atlas Etnográfico de Cuba y de la base de datos inicial del proyecto *Arqueosig* (fig. 7).

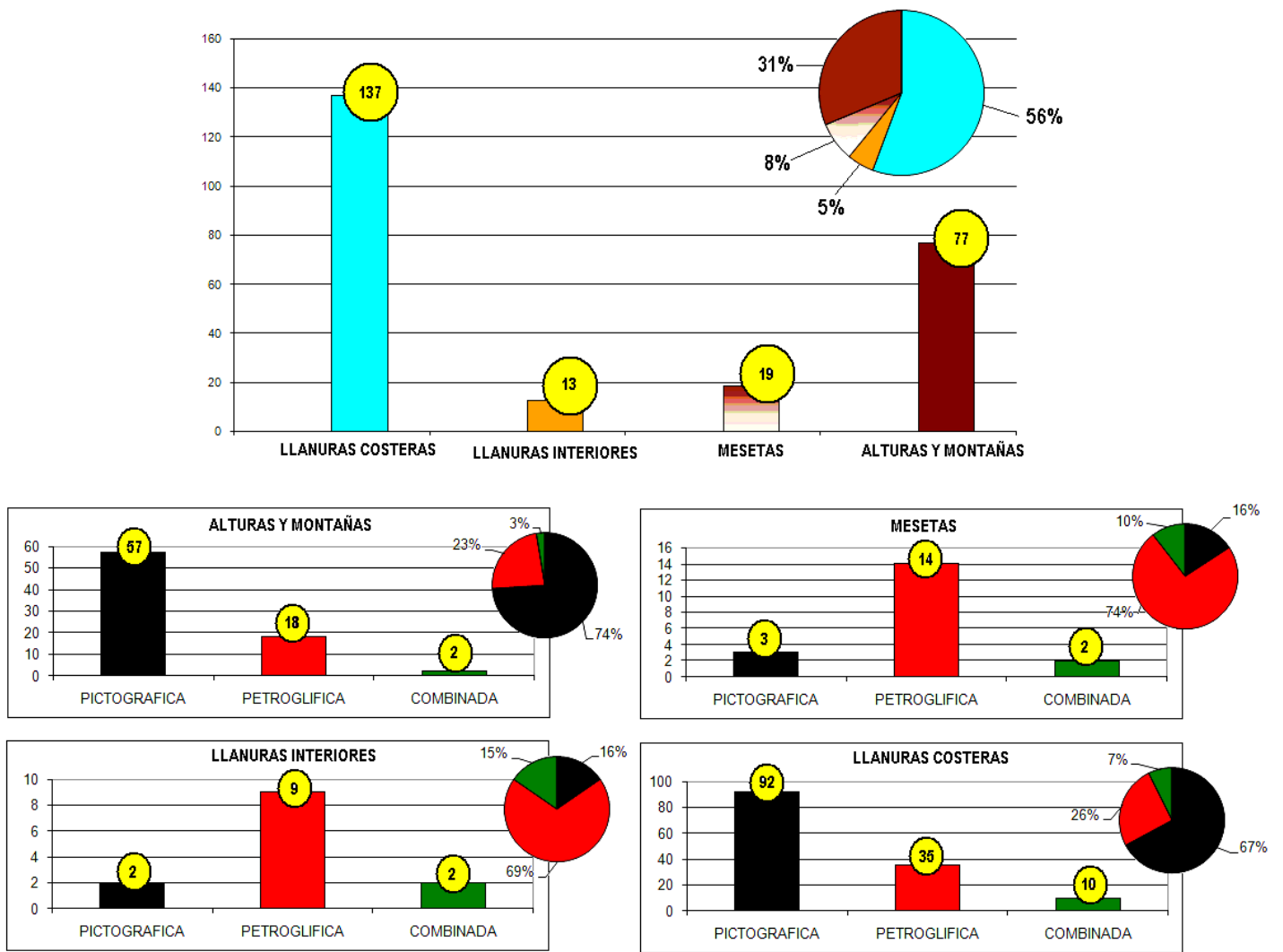


FIG. 5. Composición de las relaciones entre el arte rupestre y la geomorfología del archipiélago cubano

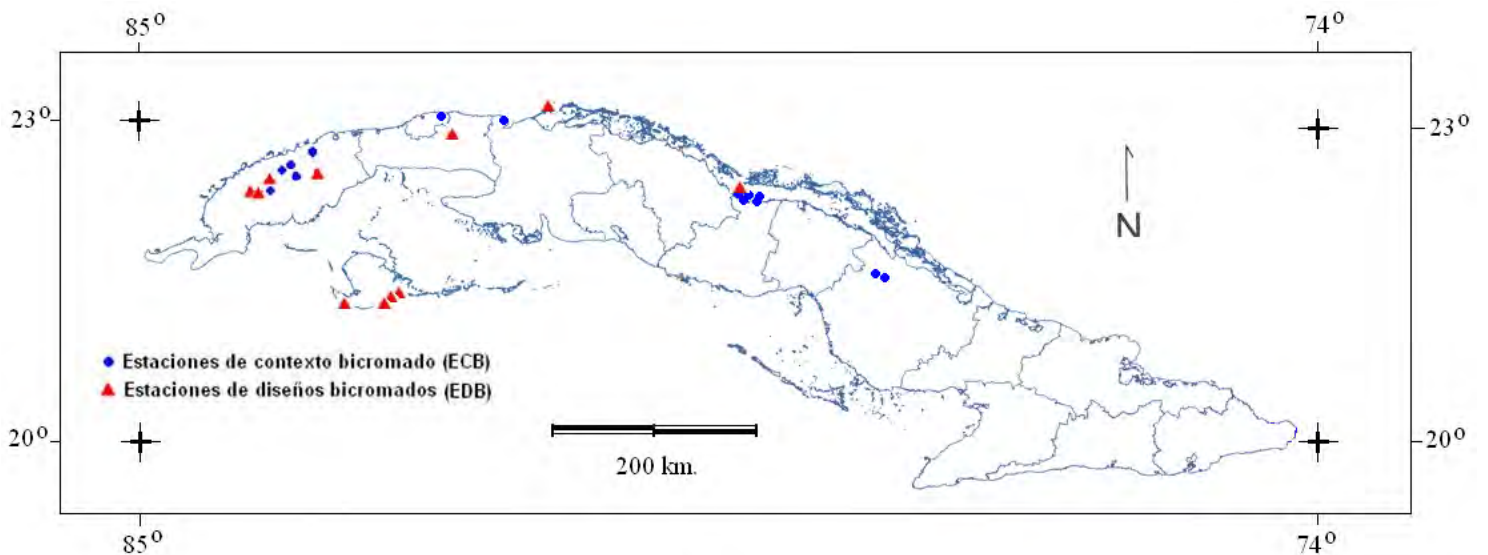
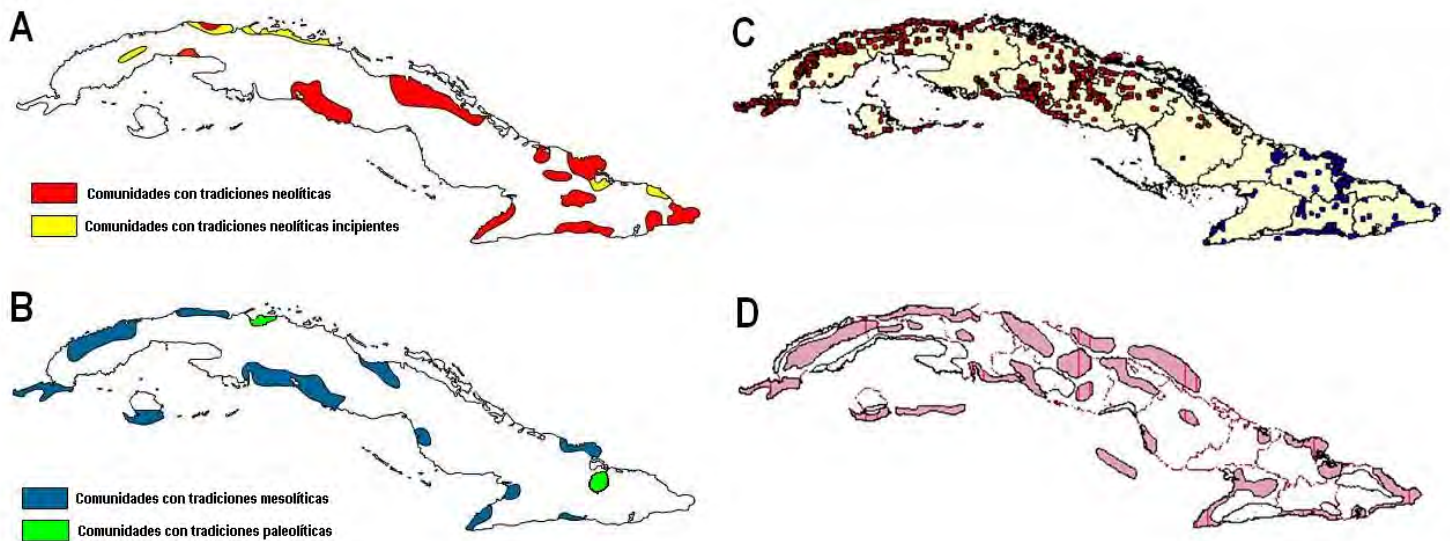


FIG. 6. Distribución geográfica de los diferentes tipos de arte rupestre bicromado en Cuba. Fuente: Gutiérrez, *et al.* (2010, inédito)





**FIG. 7.** Mapas de datos elementales pertenecientes a las unidades culturales. (A y B) Distribución de las áreas arqueológicas según las tradiciones culturales de las comunidades aborígenes de Cuba (Atlas Etnográfico de Cuba 2000); (C) Distribución de los sitios arqueológicos de Cuba controlados en el sistema nacional de Cartilla (Hernández, *et al.* 2004) y (D) Distribución de las áreas arqueológicas de Cuba (Hernández, *et al.* 2004)

### Mapas de datos interpretativos

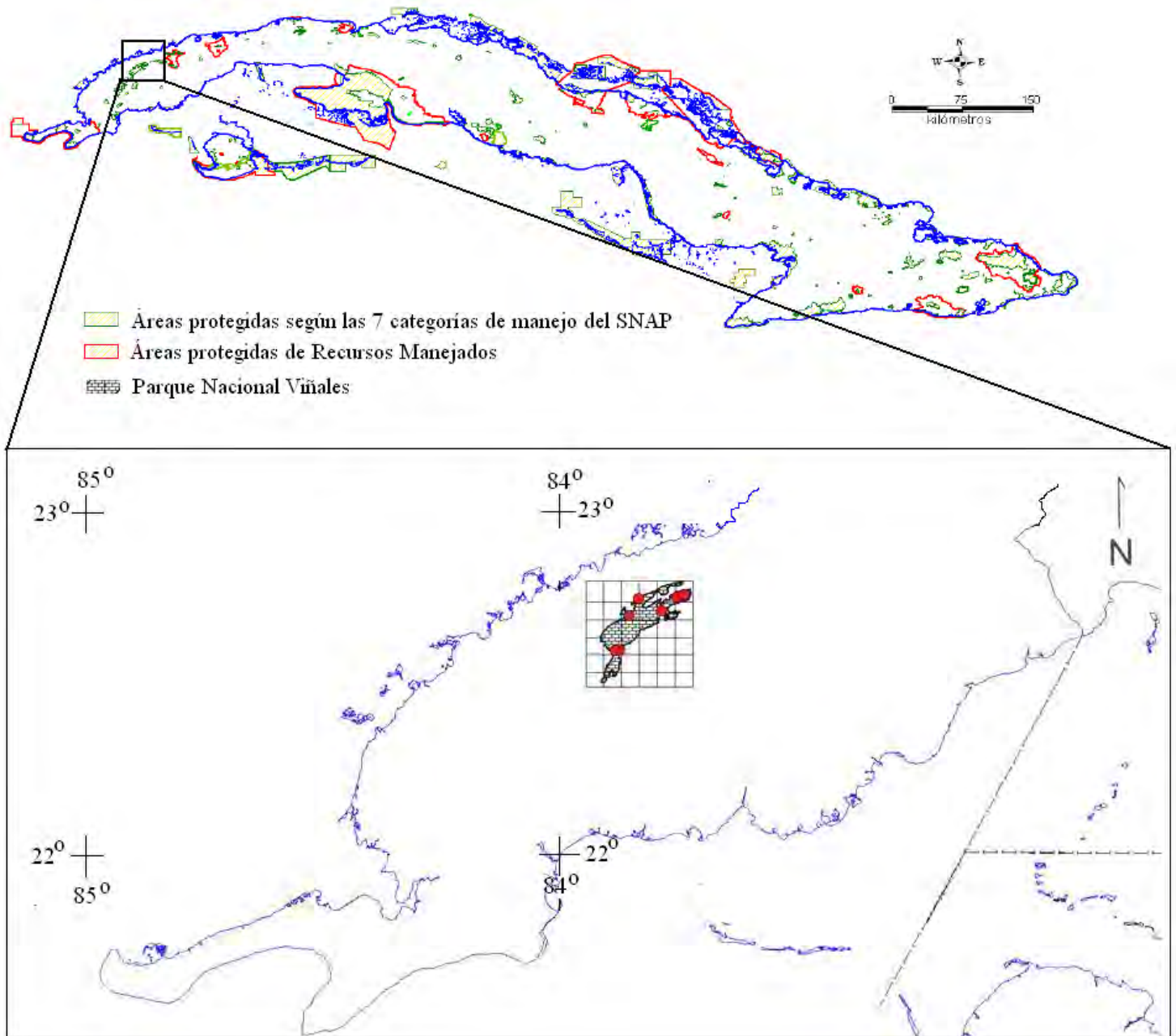
El diseño de este tipo de cartografía se basó en la utilización de los datos obtenidos en el inventario inicial de los elementos simples ya citados, sobrepuestos sobre capas importadas, que responden a diferentes problemas geoambientales, geopolíticos o culturales, y que son el resultado de los enfoques cartográficos de numerosos trabajos realizados por diferentes instituciones del sistema científico técnico nacional. Estas combinaciones y superposiciones realizadas permitieron la interpretación de numerosos problemas que, por su construcción, deben ser enfrentados por más de un actor institucional. Por ejemplo, es correcta la evaluación de los grados de conservación y protección del arte rupestre, pero cómo se comporta este elemento en el Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SNAP) es un problema específico en el cual las instituciones y administraciones del sistema tienen un peso importante (fig. 8).

Cuando se decidió la ejecución de mapas interpretativos, se concibieron sobre todo para enfrentar los problemas de conservación. Sin embargo, la revisión detallada de un alto por ciento de opciones paralelas demostró su utilidad en otros enfoques. Por ejemplo, la combinación

estaciones de arte rupestre - viales - pendientes, a partir de la base de datos del Mapa Topográfico Digital de Cuba (escala 1: 250 000), permitió importantes evaluaciones de accesibilidad. Otra cuestión trabajada bajo estos presupuestos fue la correlación de los mapas de zonas bajas, los pronósticos de elevación del nivel del mar —según las propuestas de IPCC (2007 a y b), UNESCO (2009), Centella *et al.* (2001), Bueno *et al.* (2008) y los datos de German Advisory Council on Global Change y el Delta Committee en el 2006 y 2009, según Rahmstorf (2007 y 2009)— y el mapa de distribución de las estaciones (fig. 9), que generó importantes datos geoarqueológicos, que nos ponen en condiciones de diseñar estrategias de conservación ante esta problemática e incluir estos criterios en el diseño de futuros programas ambientales nacionales enfocados al patrimonio.

### Conclusiones

A partir de todos los elementos anteriores se obtuvo una cartografía que no se limitó únicamente a un mapa de distribución, sino que generó un grupo complejo de mapas a partir de numerosas capas temáticas, así como un mapa de regionalización. Todos constituyen hoy, en su



**FIG. 8.** Ejemplo de la relación Mapa de distribución de las estaciones del arte rupestre y el Mapa del sistema nacional de áreas protegidas. Fuente: Gutiérrez, *et al.* (2009)

conjunto, el primer mapa complejo del arte rupestre cubano, del cual se han publicado algunos esquemas cartográficos de salida, en el Plegable Arte Rupestre Cubano, Mapa plegable rupestrológico. Escala 1: 2100000, publicado por Ediciones Geo y la Fundación Fernando Ortiz (Gutiérrez, *et al.* 2009a).

La metodología utilizada en su construcción tuvo un importante grado de improvisación empírica, sobre la base de los problemas que se nos presentaban, pero es inquestionable que los fundamentos teóricos y metodológi-

cos utilizados en su elaboración —y que hemos tratado de comentar en este trabajo—, mejoran sensiblemente el nivel del análisis geoarqueológico del arte rupestre cubano que poseíamos hasta hoy. Asimismo, en la construcción del mapa se logró eliminar aquellos elementos que no eran relevantes para el problema enfrentado, y que se habían enraizado en nuestra rupestrología debido a más de 100 años de enfoques descriptivos. Con todo, es necesario reconocer que los atributos de los datos temáticos de cada objeto geoarqueológico son el resultado de apli-

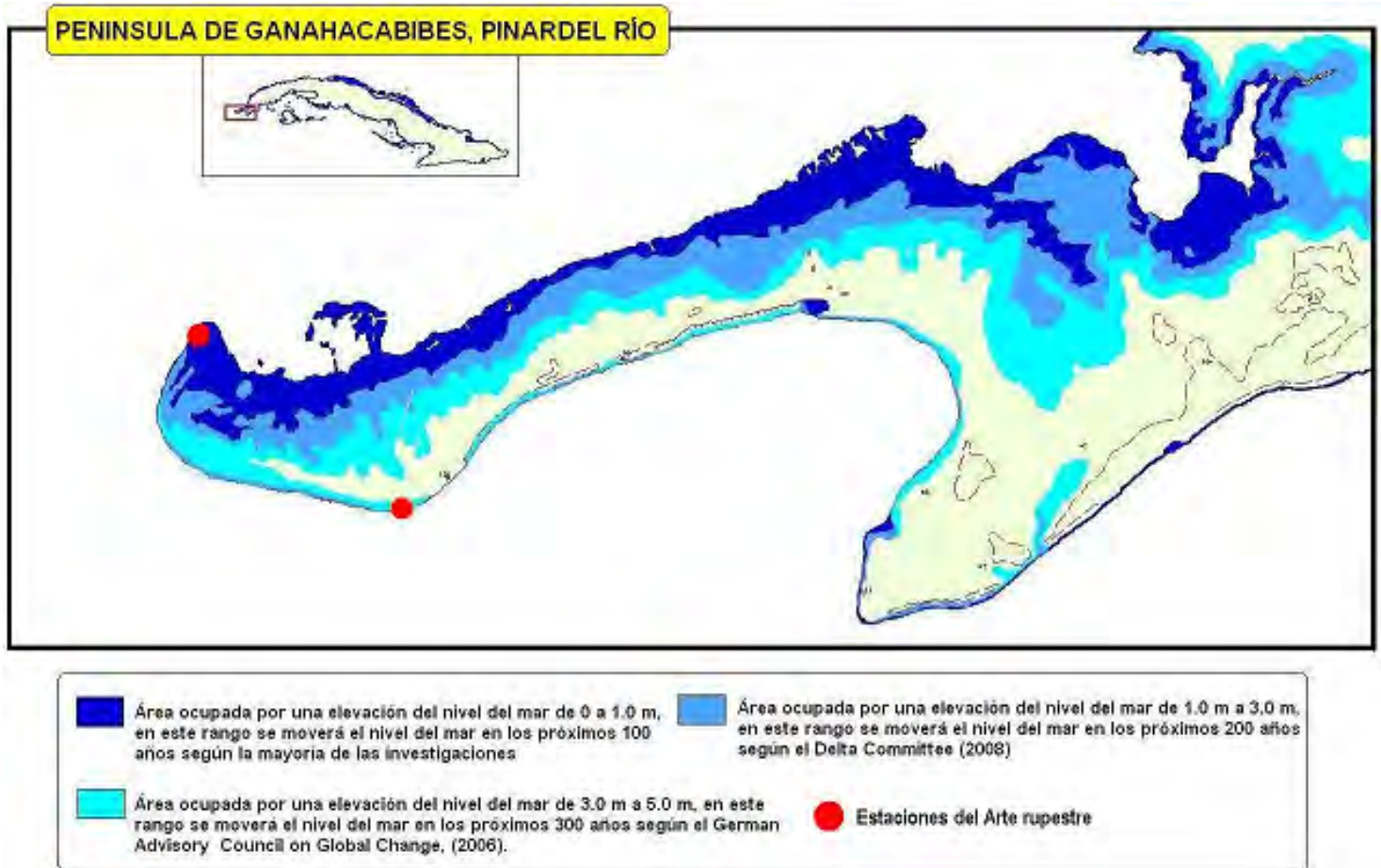


FIG. 9. Ejemplo de la relación Mapa de distribución de las estaciones del arte rupestre y mapas de riesgo de inundación por elevación del nivel del mar. Fuente: Gutiérrez, *et al.* (en preparación)

car los fundamentos aquí descritos, obedeciendo a determinadas necesidades de análisis, de ahí que estos funcionan según las relaciones del objeto de referencia con su entorno.

Finalmente, todo el proceso de elaboración del mapa fue sostenido por el SIG Mapinfo 8.0, mientras que la conversión de coordenadas se realizó por medio de la calculadora geodésica “Conversión de Coordenadas y Elipsoide V1.00”, tratándose todas en el sistema de coordenadas planas, sobre la proyección NAD 27 (norte y sur), aunque en algunos casos fue utilizada la proyección Lamber, común para nuestro país y que a partir del paquete Vertical Map permite su uso en algunas herramientas SIGs. Por su parte el tratamiento personalizado de la información generó un banco de datos debidamente georreferenciado y un inventario topográfico y cualitativo digitalizado, el cual se elaboró manteniendo un control permanente sobre su capacidad de ser soportado en los SIG más comunes

actualmente empleados en Cuba. La ventaja fundamental que ofrece esta estructura de bases de datos frente a las que teníamos con anterioridad es su “dinamicidad”, es decir, a partir de una serie de parámetros establecidos en el comportamiento del arte rupestre, podemos emprender la búsqueda de respuestas a un número importante de interrogantes hasta hoy desconocidas, además de ser un sistema interactivo que permite el manejo continuo de posibles áreas con nuevos descubrimientos.

## Referencias

- ALBERDI, J. C. (2002), “La región en el pensamiento geográfico actual”. *Lurralde Investigaciones Especiales* 25: 1039-1054.
- ALONSO, E., H. CARMENATE, C. DÍAZ, C.R. ROSA, M.E. GONZÁLEZ, E. BLANCO, J. L. RUIZ y D. RODRÍGUEZ (2004), “Pinar del Río. Arte Rupestre”. *CD-ROM Re-*

- súmenes del 2do. Taller Internacional de Arte Rupestre de La Habana*. La Habana.
- BUENO, R., C. HERZFELD, E. A. STANTON y F. ACEKERMAN (2008), *El Caribe y el cambio climático. Los costos de la inacción*. Stockholm Environment Institute - US Center Global Development and Environment Institute, Tufts University, 96 pp.
- CARDOSO DUARYE, D. [Coordinadora General] (2000), *Atlas Etnográfico de Cuba*, CD-ROM. Centro de Antropología, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Centro de Informática y Sistemas Aplicados a la Cultura, La Habana.
- CENTELLA, A., J. LLANES, L. PAZ, C. LOPEZ y M. LIMIA (2001), *Cuba: Primera Comunicación Nacional a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático*. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. La Habana, 166 pp.
- COOPER, J. (2007), “Registro nacional de arqueología aborigen de Cuba: Una discusión de métodos y prácticas”. *El Caribe Arqueológico*, 10: 132-141
- UNESCO (2009), *Estudio de caso. Cambio climático y patrimonio mundial*. Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Paris, 79 pp.
- FERNÁNDEZ R., D. GUTIÉRREZ y J. B. GONZÁLEZ (2009), “Por la ruta del agua en la Punta de Maisi, Guantánamo, Cuba. Un estudio de funcionalidad en el arte rupestre”. *Sociedades de paisajes áridos y semi-áridos*, Año I, Vol. I: 115-145 Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina.
- GUTIÉRREZ, D., R. FERNÁNDEZ y J. B. GONZÁLEZ (en prensa), “El arte rupestre cubano. Estadísticas fundamentales, características y distribución”. *Rupestreweb*. <http://www.rupestreweb.info>.
- GUTIÉRREZ, D., J. B. GONZÁLEZ y R. FERNÁNDEZ (2010), Más allá de Punta del Este. Una mirada al uso del bicromado en el arte rupestre cubano. Archivos del GCIAR. 23 pp. [Inédito].
- GUTIÉRREZ, D., R. FERNÁNDEZ y J. B. GONZÁLEZ (2009a), *Arte Rupestre Cubano. Mapa plegable rupestrológico*. Escala 1: 2 100 000. Serie Mapas plegables etnológicos de Cuba, Ed. GEO y Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- GUTIÉRREZ, D., R. FERNÁNDEZ, J. B. GONZÁLEZ, H. CARMENATE, Y. CHINIQUE y D. RODRÍGUEZ (2009b), “El arte rupestre del Parque Nacional Viñales, Pinar del Río, Cuba. Registro y documentación”. *Cuba Arqueológica*, Año II (2): 37-55. <http://www.cubaarqueologica.org/>.
- GUTIÉRREZ, D., E. JAIMEZ, J. B. GONZÁLEZ y R. FERNÁNDEZ (En preparación): *Impactos potenciales del cambio climático en el arte rupestre cubano. Teoría o realidad*.
- GUTIÉRREZ, D., R. FERNÁNDEZ y J. B. GONZÁLEZ (2003), “Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba”. *Catauro*, 5 (8): 91-111.
- HERNÁNDEZ, I., J. M. PAJÓN, M. PINO, J. MACLE, L. TORREZ y D. MORALES (2004), *ARQUEOSIG: Sistema de información geográfica de la arqueología aborigen de Cuba*. Archivos Instituto Cubano de Antropología. [Inédito].
- MARSHALL, A. (2002), *Archaeological Predictive Modeling of Site Location Through Time: An Example from the Tucson Basin, Arizona*. Thesis for the degree of Master of Science, University of Calgary, Canada. 67 pp.
- NÚÑEZ, A. (1975), *Cuba: Dibujos Rupestres*. Edición Conjunta Ciencias Sociales La Habana e Ind. Gráfica S.A., Lima. 503 pp.
- NÚÑEZ, A. (1985), *El arte rupestre cubano y su comparación con el de otras áreas de América*. Proyecto Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo, La Habana. 237 pp.
- NÚÑEZ, A. (1995), “Nuevas investigaciones en el arte rupestre de Cuba”. *Libro Resumen Congreso Internacional LV Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba*. [Inédito].
- ORTEGA, F. y S. AYALA (1998), “La habitabilidad del territorio cubano en el período pre y agroalfarero”.

- Trabajo presentado en el IV Taller Internacional Antropología'98.* [Inédito].
- ORTEGA, F. y S. AYALA (2004), *La habitabilidad: un concepto necesario en arqueología.* Archivos del Instituto Cubano de Antropología [Inédito].
- PANEL INTERGUBERNAMENTAL PARA EL CAMBIO CLIMÁTICO [IPCC]. (2007a), *Climate Change 2007: Summary for Policy Makers. Contribution of Working Group II to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change.* Cambridge, UK, Cambridge University Press. 289 pp.
- PANEL INTERGUBERNAMENTAL PARA EL CAMBIO CLIMÁTICO [IPCC] (2007b), *Climate Change 2007: The Physical Science Basis. Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change.* Cambridge, U.K., Cambridge University Press. 498 pp.
- RAHMSTORF, S. (2007) "A Semi-Empirical Approach to Projecting Future Sea-Level Rise". *Science*, 315: 368-370.
- RAHMSTORF, S. (2009), "Tenemos que deshacernos de esta inercia y mantener el aumento del nivel del mar bajo mínimos". *Globalízate*, 661 lecturas. Traducido por Mario Cuéllar para Globalízate. <http://www.guardian.co.uk>.
- ROMERO, A. (1997), "El arte parietal en la provincia de Sancti Spíritus, Cuba". *Espelunca* 3 (2): 73-101.

Recibido: 15 de marzo de 2010.

Aprobado: 28 de abril de 2010.

# Reporte de objetos superestructurales cubanos confeccionados a partir de huesos de aves

Iriel HERNÁNDEZ COBREIRO\*, Pedro Pablo GODO TORRES\* y Osvaldo JIMÉNEZ VÁZQUEZ\*\*.

\*Instituto Cubano de Antropología, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, \*\*Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana (Cuba).

## Resumen

En el presente trabajo se analizan las cuentas y colgantes de huesos de aves reportados hasta la actualidad y correspondientes a los sitios El Mango y Jutía, en la cuenca del río Cauto, provincia Granma y Solapa del Sílex, municipio Boyeros, Ciudad de La Habana. Estos objetos, por la fragilidad y el material en que están confeccionados, al ser una cavidad hueca, normalmente no llegan hasta nuestros días.

**Palabras clave:** objetos superestructurales, pendientes, huesos de aves.

## Abstract

In the present work, the bird bone pendants reported to date from the sites of El Mango and Jutía, in the drainage basin of the river Cauto, province of Granma, and Solapa del Sílex, municipality of Boyeros, Ciudad de La Habana, are analyzed. These objects, due to their fragility and the material that they are made from, having a hollow cavity, normally are not preserved until our days.

**Key words:** superstructure objects, outstanding, bird bones

## Introducción

Entre los objetos de la superestructura de los aborígenes de Cuba, resultan de gran interés los adornos corporales, siendo muy frecuentes éstos en los grupos recolectores-cazadores-pescadores. Las dimensiones, el material y las formas varían, haciendo de ello un arte que representa el grado de expresión cultural de estos grupos, constituyendo un indicador de la espiritualidad de las comunidades aborígenes (Godó y Arredondo s/f).

A través de todo el territorio nacional ha sido reportado un grupo considerable de colgantes que presentan tallas estilizadas o sin haber concluido el proceso de acabado de la pieza. Los materiales más utilizados por estos grupos fueron la piedra, en todas sus variantes mineralógicas, la

concha, principalmente del cobo (*Strombus gigas*), y el hueso, subproducto de la obtención de alimentos cárnicos. Las cuentas y pendientes de huesos de aves han sido poco estudiados, dado que no son objetos comunes en las excavaciones debido a su poca durabilidad ante agentes de deterioro como el clima.

En el presente trabajo se estudian las cuentas y colgantes de huesos de aves reportados hasta la actualidad y correspondientes a los sitios El Mango y Jutía, en la cuenca del río Cauto, provincia Granma y Solapa del Sílex, municipio Boyeros, Ciudad de La Habana (fig. 1).

## Sitio El Mango

Las primeras exploraciones de este sitio las realizó el médico manzanillero Bernardo Utset Macías, en la década



FIG. 1. Ubicación geográfica de los sitios arqueológicos

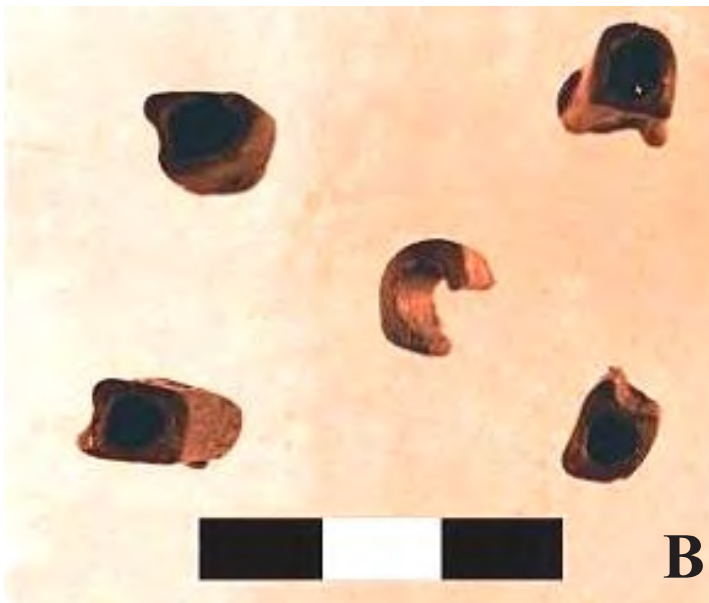


FIG. 2. Vistas frontal (a) y superior (b) de los fragmentos de cuentas de huesos de aves del sitio El Mango

da de los años cuarenta del siglo pasado, desarrollando concomitantemente excavaciones controladas pero sin mayor rigor científico. En abril de 1980, bajo la dirección del Dr. José Manuel Guarch se practicó la exploración del área y fueron acometidas labores de cata de prueba en “algún lugar que Utset hubiera dejado en condiciones” (Pérez 1981). Posteriormente, en abril de 1986, se practicaron extensas excavaciones dirigidas por Jorge Febles,

con la colaboración de un grupo de arqueólogos del Departamento de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC). Este sitio se localiza al fondo del Estero de Carena, aproximadamente a un kilómetro de la costa y diez metros de la laguna de El Mango, municipio Río Cauto, provincia Granma (Utset s/f). Corresponde a grupos recolectores-cazadores-pescadores también conocidos como cultura Siboney Cayo Redondo, Complejo II, o simplemente, preagroalfareros en fase tardía (Febles y Godo 1988:84). Suárez y Olson (2003) registran para este sitio, un fémur del ave conocida como Cayama (*Mycteria americana*), que habita en manglares y lagunas salobres.

#### Piezas

Aparecieron cinco ejemplares (fig. 2, tabla 1), cuatro en los niveles 1,10-1,20m, del montículo 2, de la excavación efectuada en 1986 por el Departamento de Arqueología de la ACC. Por la ubicación estratigráfica, estas cuentas pertenecen al momento de ocupación del sitio en el que no es abundante el registro de artefactos, estando asociadas estas piezas a herramientas de piedra tallada, guijarros naturales utilizados y restos dietarios.

Los huesos presentan una acanaladura en la cara anterior que parte de la región media y alcanza la epífisis proximal, lo que permitió identificarlos como fragmentos de diáfisis de tarsometatarsos; otras características indicaron su pertenencia al grupo de las aves zancudas, aunque sin ser posible conocer la especie (Godo y Arredondo s/f). De las cinco cuentas, sólo dos no presentan una labor de acabado, observando un extremo sin retocar cada una, posibilitando determinar “que las preformas de cuentas se separaron del tarsometatarso mediante cortes rectos por fricción, operación de sumo cuidado si se tiene en consideración la fragilidad del hueso”. Después se efectuó la labor de abrasión en los extremos hasta conformar una pequeña superficie inclinada de 45° como promedio (Godo y Arredondo s/f).

## Sitio Jutía

El sitio, bautizado por el Dr. Bernardo Utset como Sabana la Mar, es también conocido por Jutía o Hutia por hallarse en la finca del mismo nombre, propiedad en aquella fecha del Sr. José Vanquea. Este sitio dista 6km del mar y unos 2km del río Hicotea y la finca en general se encuentra a la izquierda de la finca Las Obas, a la que puede llegarse por el camino de Manzanillo a Veguitas [camino viejo] (Utset s/f). Es bien conocido que ambos nombres corresponden al mismo sitio, aunque Utset (1951:99) declara que recorriendo las costas de Oriente, se hallan “al suroeste del poblado de Gamboa (...), hasta los de Sabana la Mar, Hutia, finca Las Obas, El Carnero o Guayabo”, lo cual indicaría dos sitios diferentes, prestándose a confusiones.

El sitio, explorado y excavado por Utset, corresponde a un mound o montículo de unos 80 pies de diámetro por 9 pies<sup>1</sup> en su parte más alta, cubierto de caracoles marinos de la especie *Melongena melongena*. Este residuario no se encontró asociado a restos humanos (como en Playa del Mango, Estero Las Guasas o El Carnero, excavados por el mismo Utset), pero sí una considerable relación “de huesos de jutías, jicoteas, tortugas, peces, manatíes, etc...” (Utset s/f).

Se recolectaron numerosos morteros, percutores, guías y unas piedras planas circulares de uso desconocido. No se encontró ningún objeto de piedra pulida, sin em-

bargo, aparecieron ocho agujas de tejer confeccionadas con espinas de peces, de igual manufactura que las encontradas en El Carnero y que Utset atribuye al pez llamado vulgarmente leviza<sup>2</sup>. Asimismo, numerosas cuentas de vértebras de peces, algunos pulidores de piedra y un fragmento de ídolo fabricado en una lámina delgada de piedra, en el cual se destacaba rudimentariamente la nariz, la boca y una depresión cerca del nacimiento de la nariz, posiblemente para los ojos.

En 1963, el Dr. José Manuel Guarch, del Departamento de Arqueología de la ACC, realiza una excavación en el sitio, que consiste en una trinchera con cinco secciones y un pozo de prueba (Jiménez s/f). Las excavaciones medían 2m por 2m de largo, llegando a 1,25m de profundidad, similar a la alcanzada por el pozo de prueba.

## Piezas

Las piezas de este sitio son conocidas por un trabajo inédito al cual ya hemos hecho alusión (Godo y Arredondo s/f). Estas llegan a las manos del Dr. P. P. Godo a través del arqueólogo Milton Pino, procedentes de la colección “Utset”, depositada en los fondos de la colección de la ACC, actualmente en el Instituto Cubano de Antropología. De manera lamentable, dichas piezas se encuentran en los almacenes de evidencias arqueológicas, fuera del alcance de los investigadores.

Sitio	Tipo de hueso	N	Nivel	Medidas	Con acabado	Sin acabado
El Mango	tarsometatarso	5	1.00-1.20m	largo entre 15 y 23; ancho entre 8 y 10	3	2
Jutía	tibiotarso; ulna	4	no asignado	largo entre 25 y 13; ancho entre 6 y 7	1	3
Solapa del Sílex*	radio; tibiotarso	2	0.20-0.40m	largo 22; ancho 7; diámetro de la perforación 1	2	-

TABLA. 1. Medidas de los ejemplares (mm). \* De la Solapa del Sílex solo se reportan las medidas de un ejemplar



Éstas fueron confeccionadas en distintos huesos de aves zancudas. La cuenta de mayor tamaño corresponde a un fragmento de una, como se deduce de una protuberancia diagnóstica que exhibe. La de menores dimensiones corresponde a un tibiotarso, identificado a partir de la presencia de la espina de la fibula. Las dos cuentas restantes fueron elaboradas también en tibiotarsos aunque no se observa el detalle anatómico de la espina.

Se puede determinar que algunas de estas piezas son rústicas o se encontraban en proceso de elaboración, sólo un ejemplar fue rematado perfectamente por abrasión en sus extremos, seguramente con la intención de eliminar las irregularidades que se producen al cortar el hueso durante la confección de la pieza.

Con respecto a su posición estratigráfica, no pudo determinarse ya que B. Utset, aunque llegó a excavar de forma sistemática algunos sitios de la cuenca del Cauto, no hace mención en sus notas de campo a este aspecto, asimismo, tampoco hace referencia a estas piezas. Aceptamos la opinión de P. P. Godo (s/f), que afirma que pudieron ser confundidas con restos de dieta, abundantes en el sitio.

### Sitio Solapa del Sílex

El sitio se encuentra ubicado en la finca Buenavista, a un lado de la carretera 7 de diciembre, en las elevaciones cársicas del Cacahual, Santiago de las Vegas. La solapa se descubre y cartografía a inicios de la década de los años noventa del siglo pasado, durante la ejecución del catastro militar de las cuevas del municipio Boyeros para el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR). El hallazgo fue realizado por miembros del grupo Pedro Borrás de la Sociedad Espeleológica de Cuba (Crespo y Jiménez 2004:67).

En el verano del año 1993, como parte del trabajo del censo arqueológico de la provincia Ciudad de La Habana, se coordina con el Museo Histórico Municipal de Boyeros el inicio de excavaciones arqueológicas en el sitio por parte de los investigadores Rolando Crespo y Osval-

do Jiménez del grupo Pedro Borrás, dirigidos por el arqueólogo Alfonso Córdova Medina del antiguo Centro de Antropología, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA). Se excavó una cala de 1m<sup>2</sup> que alcanzó unos 0,60m de profundidad. En este trabajo participaron, además, Divaldo Gutiérrez Calvache (grupo Pedro Borrás), Oscar Sánchez y Raunel Rosquete (grupo Aguas Claras, municipio Bejucal).

Entre los restos dietarios encontrados preponderaron los mamíferos (46,5 %), en segundo lugar los moluscos (23,3 %) y por último, los crustáceos (22,9 %). Otros grupos taxonómicos estuvieron muy poco representados, reptiles (3,8 %), peces (1,52%), aves (0,7 %) y anfibios (0,7 %) (Crespo y Jiménez 2004:69).

El uso de la piedra no fue muy frecuente, encontrándose sólo escasos fragmentos de sílex en los niveles superficiales (0,1-0,3m), los cuales no presentan acabado, dato que pudiese indicar, como expusieron Crespo y Jiménez (2004:69), que se trata de desechos del proceso de manufactura de herramientas (debitage).

En el sitio se recogieron 79 piezas dentarias humanas con un desgaste oclusal muy acentuado, que correspondían a 22 individuos de diferentes grupos etarios entre seis meses y más de treinta años. También se descubrió un colgante con una perforación bicónica en el ápice de la raíz, fabricado a partir de un premolar humano propio de un individuo adulto, mayor de 25 años. Además, se recolectaron dos cuentas circulares de collar elaboradas en material de concha de moluscos marinos (diámetro entre 10-12mm).

En el Laboratorio de Fechados Radiométricos del Instituto de Física Ambiental de la Universidad de Heidelberg, se realizó sobre un fémur humano un fechado C14 calibrado, que arrojó una antigüedad de 2987±37 años AP (Crespo y Jiménez 2004:69).

Por varias de las razones expuestas con anterioridad, este sitio se conceptúa como un lugar habitado temporalmente por pequeños grupos humanos de economía apropiadora.

## Piezas

Se colectó, entre los niveles 0,20-0,30m, un pendiente elaborado en un radio de ave y en los niveles 0,30-0,40m otro pendiente de un tibiotarso, ambas piezas presentan perforaciones bicónicas en un extremo para colgar de una cuerda. Es posible que ambos correspondan a aves zancudas (fig. 3, tabla 1).

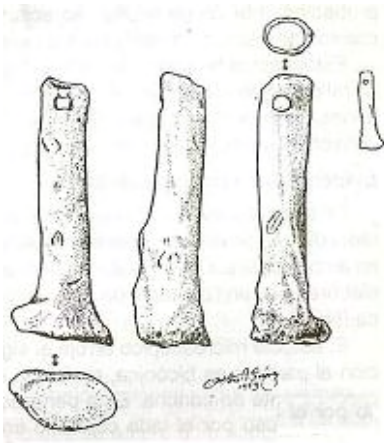


FIG. 3. Colgante con perforación bicónica, sitio Solapa del Sílex, según Córdova *et al.* 1997

El estudio microscópico de las perforaciones arrojó que estas fueron realizadas con un perforador muy fino, posiblemente de concha, o una espina de pez. Por una cara el orificio aparece roto y en su parte superior presenta huellas muy ligeras de desgaste por el uso, que evidencian que el colgante fue ensartado en una cuerda. De los pendientes de huesos de ave, uno se encuentra en el Museo Histórico Municipal de Boyeros, y el otro se extravió.

## Conclusiones

El reporte de una serie de cuentas y pendientes de huesos de aves, hallados en tres sitios arqueológicos de aborígenes apropiadores del oriente y occidente de Cuba, distantes entre sí unos 600km, constituyen un interés para la arqueología de Cuba, ya que nos encontramos ante elementos superestructurales que formaron parte de la cultura espiritual de uno de los grupos más antiguos de nuestro archipiélago. Toda la información de las once piezas

proviene de la literatura especializada. Los ejemplares de los sitios El Mango y Solapa del Sílex corresponden a las etapas más tempranas de habitación de dichos sitios. Los del sitio Jutía no fue posible ubicarlos crono-estratigráficamente pues el Dr. Bernardo Utset no consigna dicha información en su bibliografía.

Los once ejemplares examinados corresponden a huesos de las extremidades de aves presumiblemente zancudas. Cinco a tarsometatarsos, cuatro a tibiotarsos, uno a ulna y uno a radio. Al parecer, la acanaladura presente en la cara anterior de las piezas elaboradas en tarsometatarsos, fue utilizada como un elemento estético por el hombre que produjo estos colgantes (Godo y Arredondo *sf*).

Se observa una variación en las dimensiones y elaboración de estos elementos superestructurales (ver tabla 1). Las del sitio Jutía son las de mayores dimensiones, esto puede deberse al hecho de que la elaboración de la pieza no fue concluida. Los ejemplares con labor de acabado indudable son cuatro, no terminados, cinco. De dos ejemplares no se consignan datos sobre la labor que se les practicó, aunque las perforaciones bicónicas que presentan pudieran indicar que sí fueron terminados.

De la cifra total de ejemplares, nueve fueron utilizados aprovechando el conducto interno natural del hueso para ensartarlos, quizás en un collar u otros elementos ornamentales como los encontrados por el Dr. Bernardo Utset en el sitio El Mango. En dicho sitio “las cuentas no solamente aparecían alrededor del cuello, sino también alrededor de tobillos y muñecas” (Utset *sf*). Los dos restantes, corresponden a pendientes, como se desprende de la existencia en uno de sus extremos de perforaciones para ensartar.

La confección de elementos superestructurales a partir de huesos de aves muestra un uso adicional para los recursos obtenidos de este grupo zoológico, explotado con mucha frecuencia como alimento en sitios apropiadores de la cuenca del río Cauto como Las Obas (Colten *et al.* 2009), muy próximo a los estudiados en el presente trabajo.

**Bibliografía**

- COLTEN, R. H., E. T. NEWMAN y B. WORTHINGTON (2009), “La explotación precerámica de la fauna en el sitio Las Obas, Cuba”. *Cuba Arqueológica* 2, año 2:24-35.
- CÓRDOVA, A. y O. ARREDONDO (1987), *Carta informativa* No. 79, 2da época, Dpto. de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, A.C.C.
- CÓRDOVA, A. y O. ARREDONDO (1988), “Análisis de restos dietarios del sitio arqueológico El Mango, Río Cauto, Granma”. *Anuario de Arqueología*, editorial Academia, La Habana, pp. 111-132.
- CÓRDOVA, A., R. CRESPO y O. JIMÉNEZ (1997), “Importancia arqueológica y zoológica del sitio Solapa del Sílex”. *El Caribe Arqueológico* 2:78-83.
- CRESPO, R. y O. JIMÉNEZ (2004), “Arqueología precolombina del municipio Boyeros”. *Gabinete de Arqueología* 3, año 3:67-74.
- FEBLES, J. y P. P. GODO (1988), “Excavaciones arqueológicas en El Mango, provincia Granma, Cuba. Un análisis preliminar”. *Anuario de Arqueología*, editorial Academia, La Habana, pp. 84-102.
- GODO, P. P. (1987), *Carta Informativa* 97, 2da época, Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba.
- GODO, P. P. y O. ARREDONDO (s/f), *Reporte de cuentas de huesos de aves en sitios arcaicos de Cuba* (inédito).
- JIMÉNEZ, G. (s/f), *Informe científico-técnico. Sitio arqueológico Jutía*. Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba (inédito).
- PÉREZ, P. (1981), *Carta Informativa* 18, 2da época, Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba.
- SUÁREZ, W. y S. L. OLSON (2003), “New records of Storks (Ciconiidae) from Quaternary asphalt deposits in Cuba”. *The Condor* 105:150-154.
- UTSET, B. (s/f), *Notas de exploraciones*. Archivo del Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología (inédito).
- UTSET, B. (1951), “Exploraciones arqueológicas en la región Sur de Oriente”. *Revista de Arqueología y Etnología*, 2da época, 7(13-14):99-116.

Fecha de recepción: 4 de febrero de 2010.

Fecha de aprobación: 15 de marzo de 2010.

# Nota ilustrada sobre los ganchos de tiradera en la arqueología de Cuba

Alfredo E. FIGUEREDO

Asociación Internacional de Arqueología del Caribe (Islas Vírgenes).

## Resumen

Se ofrece una nota ilustrada sobre los ganchos de tiradera (o garrucha) en el contexto de la arqueología de Cuba. Skinner reportó el primer gancho de tiradera en la literatura arqueológica del Caribe en 1925. En 1977, el autor reconoció un gancho de tiradera en Indian Creek, isla de Antigua, y se empezaron a identificar estos artefactos en el resto de Las Antillas; excepto en Cuba. Una ojeada a la literatura arqueológica cubana muestra que sí se habían reportado antes, pero no se identificaron como tales. También se añaden datos sobre la eficiencia de las tiraderas o garruchas, y se esboza el inicio de una tipología de sus ganchos. Se hacen observaciones acerca de las tiraderas o garruchas en otros contextos arqueológicos del Caribe. Se mencionan los dardos usados. Las tiraderas se comparan al arco débil que usaban los taínos del oriente de Cuba.

**Palabras clave:** garrucha, gancho de tiradera, dardos.

## Abstract

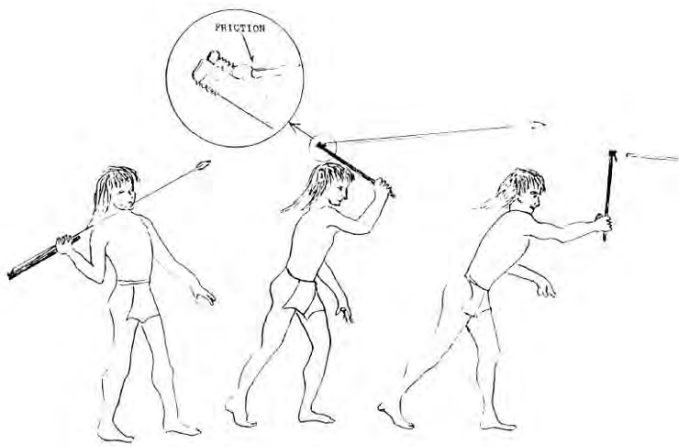
An illustrated note is offered on the spear-thrower (or atlatl) spurs in the context of the archaeology of Cuba. Skinner reported the first spear-thrower spur in the archaeological literature of the Caribbean in 1925. In 1977, the author recognized a spear-thrower spur in Indian Creek, island of Antigua, and these artifacts began to be identified in the rest of the West Indies; except for Cuba. A look at the Cuban archaeological literature shows that they indeed had been reported before, but not identified as such. Also added are data on the efficiency of the spear-throwers or atlatl, and a beginning is made on a typology of their spurs. Observations are made about the spear-throwers or atlatl in other archaeological contexts of the Caribbean. The darts used are mentioned. The spear-throwers are compared to the weak bow used by the Tainos of eastern Cuba.

**Key words:** atlatl, spear-thrower spur, darts.

Esta breve nota ilustrada trata acerca de los ganchos de tiradera, conocidos en inglés como *atlatl spurs*, o *spear-thrower hooks* (y también por otros nombres) en el contexto de la arqueología de Cuba. Estos artefactos forman partes de otros, pues son un elemento de un artefacto compuesto, que incluye otros, tales como la tiradera en sí, que, en definitiva, es un palo elaborado; la atadura del propio gancho a la tiradera, que consiste en hilo y tal vez goma; y la asidera de la mano y del brazo del individuo que esgrimiere la tiradera, que podía ser de cuero o de sogá, de algodón o de otro material (véanse las figuras 1 y 2 para su uso y la posición

del gancho). A veces, en algunos lugares, se incorpora otro elemento: un peso, normalmente elaborado en piedra (Nicholson 1980:399), también con su atadura.

El primer gancho de tiradera en las Antillas fue reportado en la literatura arqueológica por Alanson Buck Skinner, del Museo del Indio Americano (Fundación Heye), y proviene de una colección arqueológica donada por Mrs. Louise Hark, de Santa Cruz (Skinner 1925; figura 4). Está elaborado en una piedra verde o *greenstone*, probablemente nefrita. Fue hallado en un residuario multicomponente en la finca de Hark, llamada *Estate Richmond*, varios kilómetros al oeste-noroeste de la ciudad de



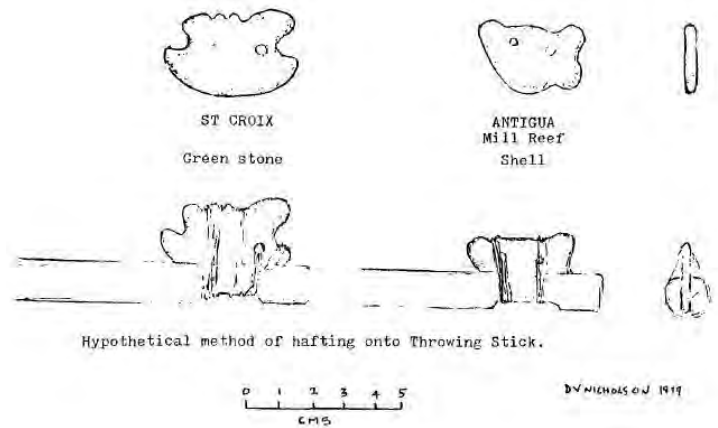
**FIG. 1.** Dibujo tomado de Nicholson 1980. Naturalmente, Friction quiere decir "fricción"

Christiansted. Es de una forma común en todo el mundo, por lo que Skinner, que tenía mucha experiencia etnográfica, no le fue difícil identificarlo como tal.

El segundo fue identificado por quien escribe esta nota, en la isla de Antigua (Nicholson 1980; figura 3). Proviene de la ocupación saladoide terminal (o episaladoide) del sitio de Indian Creek, en el oriente de la isla, cerca de un estero y el mar. Está elaborado de concha. Por su forma, fue considerada al principio como un simulacro de falo, hasta que lo comparé con otros ejemplares de California. Ahora se define como un gancho de tiradera del tipo *cabeza de serpiente*. Luego se identificaron algunos similares de la misma isla, y también de otros tipos, elaborados en piedra verde, casi siempre nefrita o jadeíta, e igualmente de concha.

Adicionalmente, las tiraderas en sí se han dividido en tres clases: macho, si no tienen ranura a lo largo para acomodar el dardo y poseen ganchos sobresalientes; hembra, si tienen esa ranura, con el gancho en ella; y mixto, si tienen ranura y el gancho sobresale (Krause 1905).

Acaba de publicarse en Internet una *Bibliografía Anotada del Atlatl* de John Whittaker (2010). Éste difiere de Krause en cuanto a la clasificación, y propone sencillamente que el gancho o *spur* es la parte efectiva del artefacto compuesto, así que todas las tiraderas resultan ser macho con o sin la ranura añadida o el gancho sobresaliente.



**FIG. 2.** Dibujo tomado de Nicholson 1980. Green stone es "piedra verde" y shell es "concha". Hypothetical method of hafting onto throwing stick es "método hipotético de colocación en una tiradera"

Después de la presentación del citado artefacto por medio de una ponencia de Desmond Vernon Nicholson en el VIII Congreso de la Asociación Internacional para la Arqueología del Caribe (San Cristóbal, 1979), otros delegados también identificaron ganchos de tiradera en las colecciones de sus respectivos países. Los primeros fueron Kurt von Fischer, del sitio de Merger (Haití); Ricardo E. Alegría, del sitio de Luquillo (Puerto Rico); Edgar Clerc, que identificó tres pequeños ganchos de la isla de Guadalupe; Iraida Vargas, un gancho fechado en el 650 a.C., de Venezuela; Leslie Sutt, quien confirmó otro de un sitio en Mayero, islas de Las Granadinas (Nicholson 1980:404). Hasta el presente, no se identificaron ganchos de tiradera provenientes de colecciones cubanas.

Sin embargo, sí fueron reportados, como se verá más adelante, pero nunca identificados como tales. A veces tienen una perforación para la atadura, y se suponían pendientes o un tipo de alhaja o adorno corporal. William F. Keegan le comunicó personalmente al autor que, en su experiencia, cualquier objeto que formara parte de un artefacto compuesto, mientras tenga perforación alguna, inmediatamente se identifica por los menos curiosos en todo el mundo como una cuenta de collar o un pendiente.

Los ganchos de tiradera no solamente se circunscriben al tipo de *cabeza de serpiente* o a su parecido de *bellota*; se hallan otros tipos, como el de la figura 4, los de las figuras 5, 6, 7 y 8, y a lo mejor otros que están por descu-

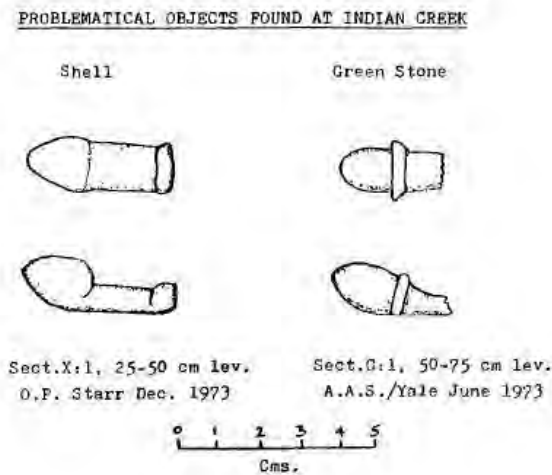


FIG. 3. Dibujo tomado de Nicholson 1980. Problematical objects found at Indian Creek quiere decir “objetos problemáticos hallados en Indian Creek”. Shell es “concha” y green stone es “piedra verde”. El de la izquierda: Secc. X:1, nivel de 25-50cm, O.P. Starr, dic. 1973. El de la derecha: Secc. C:1, nivel de 50-75cm, S.A.A./Yale, junio de 1973



FIG. 4. Gancho de tiradera peltamorfo reportado por Skinner 1925. Estate Richmond, isla de Santa Cruz (St. Croix)

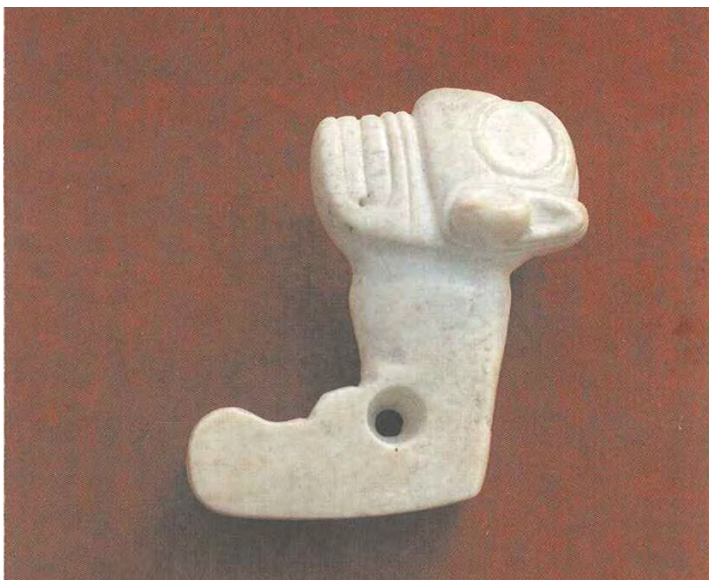


FIG. 5. Gancho de tiradera de concha hallado en Potrero del Mango, Banes, provincia de Holguín. Foto tomada del Coleccionable del Boletín del Gabinete de Arqueología no.5, año5, 2006

brir. La figura 10, abajo, ilustra el más representativo posible del tipo *cabeza de serpiente*, del sitio Concordias Juder en la isla de Santa Cruz (arriba está el fragmento de otro similar de la misma procedencia, al que le falta la cabeza).

El principio de una tipología parece surgir ya de la literatura. El tipo de *bellota* no está documentado en Las Antillas. El otro más parecido, el de *cabeza de serpiente*, tiene amplia distribución. La figura 2 contiene otros tipos tan bien difundidos como el de *cabeza de serpiente*. Uno (ilustrado independientemente en la figura 4) es muy común, y es similar a los ganchos de tiradera del extremo norte, o ártico, de las Américas, usado entre los atabascos o na-dené y los esquimales o inuit; Nicholson (1980:402) llama a la forma de este tipo *leaflike* (como una hoja), y se podría llamar *folioforme*.

Otros (fig. 6:40, 62; fig. 7:1-3) parecen ser una versión más simple y más o menos tabular; el 40 está muy erosionado. Los hay que son muy escultóricos a la redonda (fig. 6:88), pero son muy escasos. Más frecuente es el tipo tabular con una cabeza superpuesta trabajada a la redonda, más o menos humana (fig. 5 y 8).

También son frecuentes tipos similares al *folioforme*, que no son tabulares, y tienen formas muy artísticas, más o menos redondeadas, pero que aproximan su función básica en cuanto a posición y uso (fig. 7:4-5). Como hay similitud a la forma de los escudos de los peltastas o infantería ligera de la antigua Hélade, el tipo *folioforme* y estos se podrían llamar *peltamorfos*.

Recientemente, se han hallado en la isla de Vieques artefactos elaborados en piedras semi-preciosas o preciosas como la serpentina y la jadeíta, en forma de aves de rapina (¿cóndores?) cada ave con un objeto agarrado en sus talones; a veces, parece que algunos de estos objetos son cabezas humanas, y los demás las representan (cf. Chanlatte Baik y Narganes 1980; Boomert 2001; vid. fig. 9).

Mi impresión, desde que los vi en el VIII Congreso, es que estos artefactos son ganchos de tiradera, y los cóndores con cabezas humanas en sus talones representan una

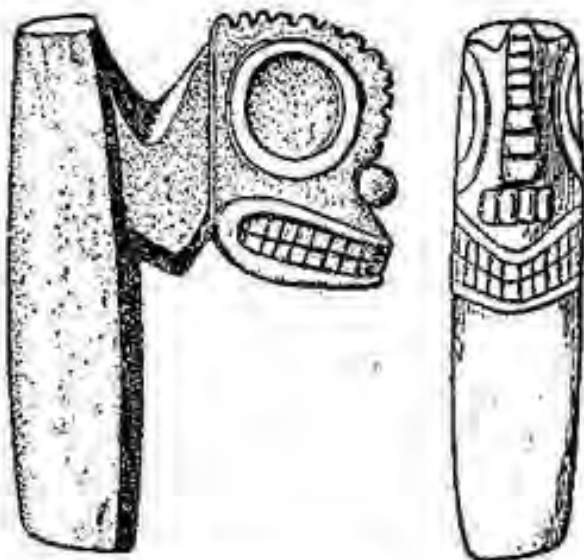


Figura 26.

Escultura en concha (Taino), procedente de Holguín. Museo Montañé (Longitud: 2 pulg.)



Figura 40.

Pendiente de concha gastada por el agua (Ciboney) hallado en la "Cueva del Pueblo", cerca de Jauco. (Longitud: 1.4 pgs.)



Figura 88.

Amuleto de concha (Taino), en forma de pájaro, procedente del asiento de pueblo en Laguna Limones. Maisí. (Altura: 1.2 pulg.)

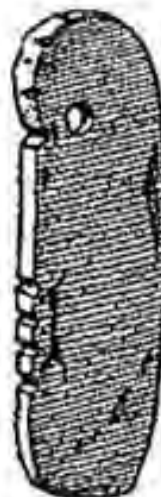


Figura 62.

Ornamento de concha (Taino) procedente de la finca Caridad, cerca de Maisí. (Extensión: 1.2 pulgadas.)

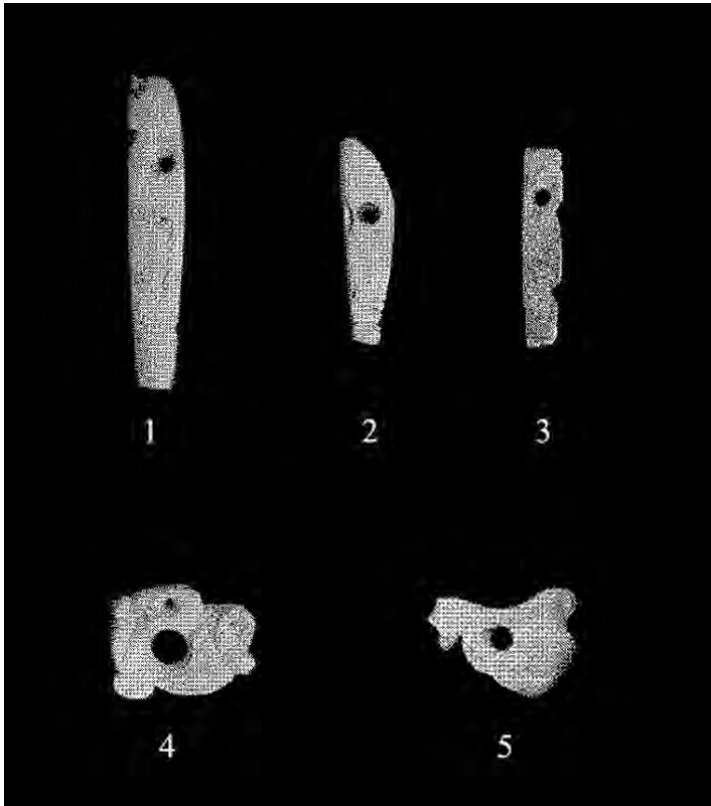


FIG. 7. Ganchos de tiradera ilustrados por Álvarez Conde 1956. Los números 1-3 son más o menos tabulares, los números 4-5 son peltamorfos



FIG. 8. Gancho de tiradera de República Dominicana, colección del Arzobispo Meriño; ilustrado por Fewkes 1903

FIG. 9. (Abajo) Probables ganchos de tiradera del sitio de La Hueca, Vieques, Puerto Rico, ilustrados por Chanlatte Baik y Narganes 1980







**FIG. 10.** Fragmento sin la cabeza (arriba) de un gancho de tiradera, y gancho de tiradera del tipo cabeza de serpiente (abajo), del sitio de Concordias Juder, isla de Santa Cruz (St. Croix). Foto cortesía de Richard T. Gartley

cultura que no solamente usaba tiraderas sino que practicaba la cacería de cabezas. Estamos hablando de la problemática Serie Huecoide, hasta ahora limitada al oriente de las Grandes Antillas, sobre todo Puerto Rico y Vieques, y las Pequeñas Antillas más o menos septentrionales, y, en cuanto a tiempo, a los inicios del Período II, o más o menos del 500 a.C. al 150 d.C. (Chanlate Baik y Narganes 1980).

En resumen, hemos visto, con las ilustraciones, que Mark Raymond Harrington (1921) fue, al parecer, el primero en hallar ganchos de tiradera en un contexto arqueológico cubano, pero que no los reconoció como tales. Un poco más de un tercio de siglo después, José Álvarez Conde (1956) en su obra de síntesis *Arqueología Indocubana*, ilustra varios ganchos de tiradera, pero tampoco los identifica. Finalmente, una postal contemporánea publica un gancho de tiradera, proveniente de Potrero del Mango, Banes, Holguín (fig. 5), casi idéntico a otros antes publicados por Fewkes (1903; fig. 8) hallado en República Dominicana, y Harrington (1921; fig. 6:26) hallado en Cuba.

Dice Krause (1905) y avala Whittaker (2010), que la eficiencia de las tiraderas, según informes etnográficos, es de “3 o 4 veces más lejos que lanzando el dardo con las

manos solas”, o sea, de “200 a 300 pies” [63 a 94 metros] “con las manos solas”; los australianos obtienen, con tiraderas, un alcance de “150 yardas, con buena puntería hasta 40 pasos” [142 metros; los 40 pasos podrían ser un poco menos de 40 metros]. Vemos que  $3 \times 63 = 189$ ;  $4 \times 63 = 252$ , y  $3 \times 94 = 282$ ;  $4 \times 94 = 376$ , así que los australianos no llegan a impulsar sus dardos con tiraderas “3 o 4 veces más lejos que lanzando el dardo con las manos solas”, aunque sí obtienen mejor alcance.

Nicholson (1980:397) igualmente se ocupa de esto, y hace el estimado que la distancia promedio alcanzada por un dardo impulsado por una tiradera es alrededor de 100 metros; pero con buena puntería, es como la cuarta parte de esa medida. Los esquimales o inuit usaban pequeños dardos ligeros para cazar focas con tiraderas a una distancia de unos 30 a 50 metros, “con una puntería y fuerza considerables”. En experimentos, se ha demostrado que una tiradera le suma unos 58% a 60% al alcance de una azagaya o jabalina.

Nicholson (1980:400) añade que, a su parecer y el de otros que cita, las tiraderas tenían doble propósito: para la caza de hombres (o la guerra), y para la caza de animales acuáticos o semi-acuáticos. Los aztecas o mexica vinieron al Anáhuac con solamente arcos y flechas; una vez en la región de las grandes lagunas, adoptaron la tiradera, o átlatl, como la llamaban ellos, para la caza lacustre, y también, naturalmente, para la guerra. De las tres consideraciones de Nicholson (*loc. cit.*) para favorecer a la tiradera sobre el arco y la flecha, las dos primeras son inconsecuentes.

Nicholson propone, en primer lugar, que el arco y la flecha son imposibles de manejar en una canoa, y la tiradera no ofrece inconvenientes. En segundo lugar, que el agua puede debilitar la cuerda o cordel del arco. Esto se contradice por los múltiples casos reportados de indios flecheros tirando desde canoas, ya sea en el Caribe como en Amazonia. En tercer lugar, acierta afirmando que la tiradera es más adecuada que el arco para propulsar un dardo (o arpón) atado con una línea o cordel para recobrar

la presa. Hoy todavía los tarascas o purúpecha cazan ána- des en el Lago de Pátzcuaro con tiraderas (Nicholson 1980), y ya vimos la caza de focas por parte de los esquimales o inuit.

Sven Edvard Lovén (1935, *passim*) seguía a varios historiadores de Indias llamando garruchas a las tiraderas. Él estaba convencido del origen de estas garruchas en Colombia, difundiéndose paulatinamente hacia el oriente y septentrión. Nicholson (1980:396) coincide con otros autores infiriendo que las tiraderas se comenzaron a usar durante el Período I, o Época Paleo-India o paleolítica. Esto es una inferencia basada en muy pocos datos, pero es posible que sea así.

De la cronología de estos ganchos de tiradera, es muy temprano para decir mucho. Vimos que Iraida Vargas identificó uno del 650 a.C. en Venezuela, y un ejemplar muy erosionado hallado por Harrington (figura 6:40) es al parecer de un contexto “acerámico” o “arcaico” (¡por lo que podrían valer esos conceptos en cuanto a tiempo!). Aparecen ganchos de tiradera en contextos saladoides, y parece que siguen hasta el final de la secuencia cerámica, pues las figuras 5 y 6:26 se adhieren a los cánones del arte taíno clásico. Naturalmente, se podría hacer una seriación, que sería el tema de otro estudio.

En cuanto a los dardos (que se pueden llamar azagayas o jabalinas) propulsados por estas tiraderas o garruchas, hay varios posibles ejemplares en colecciones arqueológicas. Un dardo (ilustrado por Harrington 1921, fig. 103) fue hallado en el cieno de la Laguna de Malpotón, Pinar del Río (Cuba), y está bastante completo; mide 41,2 pulgadas [ca. 1,2m]. Su descubridor (*loc. cit.*) lo identifica como flecha, pero también podría ser dardo de tiradera. Las fuentes históricas mencionan puntas elaboradas de la punza de la manta raya o lebisa (*cf.* Figueredo 1974; fig. 3) y de pedernal (*op. cit.*, figura 2), o del mismo palo del dardo quemado y afilado (*cf.* Las Casas, *passim*), como parece ser el caso con el de Harrington.

Los arcos y flechas del oriente de Cuba, usados por los taínos de la localidad, según Las Casas, eran de los peores

en las Antillas, muy inferiores a los de Jamaica y los de los macurijes y ciguayos, el Higüey y Puerto Rico (Las Casas 1951 [1559], *passim*), y el ilustre obispo estimaba su alcance efectivo en 50 pasos, o sea, solamente unos 10 pasos más que una tiradera australiana.

Nicholson (1980:400) sigue a Lovén (1935) considerando que la “madera oscura” para hacer arcos fuertes faltaba en algunas partes de Las Antillas, y esto significa que en ciertas regiones, los arcos débiles de otras maderas no podían competir con las tiraderas. Naturalmente, tal aseveración es una opinión o inferencia infundada conforme a los datos disponibles.

Aún así es probable, según las fuentes, que en Cuba y en otros lugares, el arma arrojadiza preferida para la caza y la guerra fuese la azagaya o jabalina propulsada por una tiradera.

## Reconocimiento

Sería ingrato de mí no recordar en este espacio a mi querido amigo y colega Desmond Vernon Nicholson, un verdadero caballero inglés, ya fallecido, y a todos los entusiastas arqueólogos (profesionales o aficionados) de la isla de Antigua y su Sociedad Arqueológica, que me recibieron tan bien ese verano de 1977, y otra vez (treinta y dos años más tarde) el verano pasado de 2009, con ocasión del XXIII Congreso de la Asociación Internacional para la Arqueología del Caribe. Y, ya tristemente fallecidos, a Fred Olsen, un Connecticut Yankee o Nutmegger de los buenos, y a Benjamin Irving Rouse, ilustre erudito de la Universidad de Yale, quienes pacientemente, con Nicholson, y luego, cuando Rouse sufrió un infarto, mediante la colaboración del igualmente amigo arqueólogo frisón Ep Boerstra, realizaron las excavaciones de Indian Creek.

## Bibliografía

ÁLVAREZ CONDE, J. (1956), *Arqueología Indocubana*. Pu-

- Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología. La Habana. (8) 9-329 (3) p.
- FEWKES, J. W. (1903), "Preliminary Report on an Archeological Trip to the West Indies". *Smithsonian Miscellaneous Collection*, vol. 45, pp. 112-133. Washington, D.C.
- BOOMERT, A. (2001), "Raptorial Birds as Icons of Shamanism in the Prehistoric Caribbean and Amazonia". *XIX International Congress for Caribbean Archaeology*, pp. 121-157. Aruba, N.A.
- CHANLATTE BAIK, L. A. e Y. M. NARGANES (1980), "La Hueca, Vieques: Un nuevo complejo cultural agroalfarero en la arqueología antillana". *Proceedings of the Eighth International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, pp. 501-523. Tempe (Arizona).
- FIGUEREDO, A. E. (1974), "Ancient West Indian Arrowheads". *Indian Notes*, vol. X, no. 2, pp. 59-61. New York City.
- HARRINGTON, M. R. (1921), "Cuba Before Columbus". *Indian Notes and Monographs of the Museum of the American Indian* (Heye Foundation). Miscellaneous no. 17. 2 vols. New York City. [Edición en castellano, *Cuba antes de Colón*, publicada en La Habana, 1935.]
- KRAUSE, F. (1905), "Sling contrivances for projectile weapons". *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1904*, pp. 619-638. Washington, D.C.
- LAS CASAS, B. de (1951 [1559]), *Historia de Indias*. México: Fondo de Cultura Económica. 3 vols.
- LOVÉN, S. E. (1935), *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Göteborg: Elanders Boktryckeri Aktiebolag. ix, 696 p.
- NICHOLSON, D. V. (1980), "The Atlatl Spur: A newly identified artifact from the Lesser Antilles". *Proceedings of the Eighth International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, pp. 394-405. Tempe (Arizona).
- SKINNER, A. B. (1925), "Archeological specimens from St. Croix, Virgin Islands". *Indian Notes*, vol. II, no. 2, pp. 109-116. New York City.
- WHITTAKER, J. (2010), *Annotated Atlatl Bibliography*. Grinnell College. 277 p. [Http://web.grinnell.edu/anthropology/Atlatl%20Stuff%20for%20John/atlatlbib2004.htm](http://web.grinnell.edu/anthropology/Atlatl%20Stuff%20for%20John/atlatlbib2004.htm).

Recibido: 24 de abril de 2010.

Aprobado: 28 de mayo de 2010.

# Enseñanza de la música aborígen en el Instituto Superior de Arte. De la investigación al aula

Giselda Hernández Ramírez\* y Gerardo Izquierdo Díaz\*\*.

\*Instituto Superior de Artes, \*\*Instituto Cubano de Antropología (Cuba).

## Resumen

El trabajo aborda de manera sintética diversos resultados de investigación que por más de una década se han venido desarrollando sobre la música y los instrumentos musicales de aborígenes que habitaron el archipiélago de Cuba. Sustentado en el desconocimiento que sobre estas antiguas sociedades poseen, gran parte de la sociedad cubana actual y donde se incluyen los estudiantes del nivel superior de enseñanza; se analizan algunos elementos como son: la continuidad del proceso histórico, donde ha estado ausente la falta de cohesión entre las investigaciones arqueológicas y los conocimientos que se imparten en las aulas, legitimados por planes de estudios donde aún predomina una visión eurocentrista. Se describen los instrumentos musicales, filiación socio-económica, y la región donde fueron recuperados. Además se comentan los resultados de encuestas aplicadas a los alumnos del Instituto Superior de Arte y la aceptación de inclusión del tema en el programa de Música Cubana.

**Palabras clave:** investigación, música aborígen, enseñanza.

## Abstract

This work undertakes a synthesis of the several results of investigations which, for more than a decade have been ongoing about the music and the musical instruments of the aborigines who inhabited the archipelago of Cuba. Great part of current Cuban society, and this includes students at a higher level of education, have a lack of knowledge about these ancient societies. Some elements are analyzed, such as: continuity in the historical process, where cohesion between archaeological investigations and the knowledge taught in the classroom has been absent, legitimized by curricula where a Eurocentric vision still predominates. The musical instruments, socio-economic affiliation, and the region where their recovery took place are described. In addition, the results of polls applied to the students of the Higher Institute of Art are commented on, and the acceptance of the inclusion of the topic in the program of Cuban Music.

**Key words:** investigation, aboriginal music, teaching.

## Introducción

Cuando tratamos el tema arqueológico en Cuba siempre nos quedan espacios donde no podemos ser todo lo abarcador que quisiéramos, aun cuando se cuente con la evidencia material y documentos históricos como las Crónicas de Indias, nos que-

darán zonas de vacío y silencio propiciadas por la exclusión del otro en sus diferentes acepciones: el atrasado, salvaje, el otro como resultado de la conquista y colonización, nunca como portador material de una cultura particular. Sólo la indagación sin prejuicios de la cultura que nos fue impuesta por los centros de poder, y que adoptamos de manera legítima a través de la educación general

por un espacio de siete siglos, saldará nuestra deuda con aquellas sociedades primigenias que poblaron nuestra isla.

Ir a la búsqueda de las características esenciales del mundo cosmogónico sobre el patrimonio cultural de los aborígenes nos podría explicar muchas particularidades que como cubanos portamos y que en ocasiones desconocemos. Nuestra historia alcanzaría ese matiz continuo del que en muchas ocasiones se ha adolecido, unas como política de las culturas hegemónicas, otras por desconocimiento, las más por la necesidad impuesta del hombre contemporáneo de olvidar; se dice que los pueblos jóvenes carecen de memoria histórica.

Conocedores de los retos que implica tan compleja temática, durante más de una década hemos desarrollado investigaciones con el propósito de que ayuden a desentrañar aquellos aspectos de la cultura particular de los aborígenes relacionados con la esfera superestructural, como la música, las prácticas organológicas en su relación con los mitos, así como los hechos posteriores a 1492; temáticas que desarrollamos en el libro *Las comunidades aborígenes en la Historia de Cuba*; texto fundamentado en la importancia que le concedemos al conocimiento de la historia de las comunidades aborígenes en su convivencia con los hispanos y negros, que arribaron con posterioridad a nuestro territorio, y cuyas sociedades se vieron inmersas en nexos, préstamos culturales, y complejos procesos de transculturación sobrevenidos en la isla; los cuales, sin exclusiones étnicas tipifican nuestro etnos-nación<sup>1</sup>.

La resistencia al cambio propia de los hombres ha sido sorteada llevando a las nuevas generaciones los resultados de la investigación al aula; así, por más de cuatro años en el Instituto Superior de Arte, se viene impartiendo dentro del programa de música cubana el tema de la música aborígen, que no sólo ha sido validado por los musicólogos, sino por los principales destinatarios, los estudiantes de la Universidad de las Artes. En nuestro interés por socializar estos resultados se han publicado artículos

en revistas nacionales especializadas de prestigio internacional en la disciplina, se han impartido conferencias y hemos participado en numerosos eventos nacionales e internacionales obteniendo varios premios y reconocimientos. Pero el mayor logro alcanzado radica en el beneplácito con que son recibidos estos conocimientos por parte de los estudiantes y, en grado superlativo, la utilización de los mismos dentro de su proceso de creación artística.

### **Algunas consideraciones sobre el legado aborígen en nuestra historia**

En nuestra intensa búsqueda de los vestigios musicales de las sociedades aborígenes asentadas en la isla de Cuba, siempre nos colmó de impaciencia el poder acercarnos al menos, a las razones primogénitas que dieron origen a una aureola de silencio que rodea todo lo concerniente a estas sociedades. Amén de análisis filosóficos y musicológicos, la idea del etnocidio, tan arraigada en algunos investigadores, pero suficientemente establecida para el análisis de muchos elementos superestructurales, nos parecía sospechosa, y no sería hasta que tuvimos la oportunidad de consultar la monografía *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Las Casas 1999), cuando comenzamos a comprender que la vida y gestión del fraile como defensor de los aborígenes, guarda, en criterio de Varela (1999), relación con esta idea estereotipada y que en muchas ocasiones ha obrado como un impedimento para la comprensión de una temática que por lejana en el tiempo nos puede parecer ajena.

El primer contacto de Bartolomé de Las Casas con el “Nuevo Mundo” se produjo entre 1502-1506, periodo en que se dirige a La Española. Ya tonsurado y en condiciones para optar a una plaza como doctrinero de indios, a finales de 1506 viaja a Roma donde recibe las órdenes del diaconado. Entre 1509 y 1515 regresa a La Española donde es ordenado en 1512, convirtiéndose en el primer sacerdote del “Nuevo Mundo”. Probablemente el sermón revolucionario del padre dominico Antonio de Montesi-

nos obró lentamente en la movilidad del pensamiento de Las Casas con respecto a la conquista.

A comienzos de 1513 Las Casas llegó a Cuba como capellán de Pánfilo de Narváez y en 1514, con suficiente claridad de la inmoralidad y crueldad de la conquista, se declara defensor de los naturales y denuncia los desmanes cometidos por los españoles en un sermón en la Iglesia de Sancti Spiritus el 5 de agosto de 1514. A partir de este momento su situación ante los conquistadores cambia, y alentados por Fray Pedro de Córdoba regresa a España para comenzar su acción política en la corte entre 1515-1517.

Envuelto en intrigas, incomprensiones y amenazas constantes se desarrolló la vida del buen padre, que en su ánimo de detener el proceso de esclavitud indígena, según Várela (1999), exageró el exterminio de estos grupos humanos; conclusión con la que coincidimos, sobre todo si tenemos en cuenta que no son pocos los autores que sitúan el siglo XVI como el momento histórico de la desaparición de las sociedades aborígenes en el archipiélago cubano. Sin embargo, estudios posteriores han corroborado la existencia, en diferentes sitios arqueológicos, de posibles convivencias indohispánicas, al recuperarse en el registro arqueológico algunas evidencias de confección mixta, tanto en el oriente del país (El Yayal, Barajagua, Loma de los Mates y Chorro de Maíta), como en la región central (Tesico 1); entre otros.

Otro hecho que atestigua el no exterminio masivo, son las reconcentraciones llevadas a cabo en el siglo XVI por las autoridades coloniales en diferentes regiones del país, proceso del que fueron víctimas estas comunidades. Al parecer, el pretexto fue la presencia de estos grupos humanos aborígenes en las cercanías de las villas y poblados; también en las actas capitulares se recogen hechos que involucran a indios cayos y españoles en litigios, a veces por asuntos comerciales.

Es conocido que en épocas tan recientes como el siglo XIX, la historia de Cuba recoge pasajes de grupos de aborígenes, que, al servicio de las fuerzas españolas, realiza-

ban labores de rastreo y otras acciones guerrilleras para detectar la ubicación de campamentos mambises. En la zona de Yateras actual provincia de Guantánamo, una las regiones más orientales de Cuba, se produce la muerte en acciones combativas, del general Flor Crombet y otros expedicionarios de la Goleta Honor, a manos de estos grupos indígenas, armados por los colonos y autoridades españolas y que, gracias a una acción de persuasión desarrollada por los patriotas Cristina y José Francisco Rojas —descendiente de aborígenes el último—, se cambia el curso de estos acontecimientos y se incorporan estas huestes aborígenes a la gesta liberadora de Cuba con la creación del batallón Cacique Hatuey, fundado por el Gral. Antonio Maceo (Sánchez 2000).

Por supuesto, estas investigaciones ayudan a ser más explícitos en la interpretación del fenómeno que hemos dado en llamar transculturación simultánea, y obviar la tan extendida teoría del darwinismo cultural. Una vez más trataremos de comprender los fenómenos que se suscitaron en el “Nuevo Mundo” y que favorecieron, sin duda, a sustentar la idea estereotipada del etnocidio, de manera tan fehaciente que la mayoría de los cubanos de hoy, en pleno siglo XXI, siguen creyendo que el exterminio fue total e ipsofacto y que eran, además, hombres atrasados y de cultura inferior. Lo más lamentable es que estos conceptos se vienen incorporando en la práctica social desde las primeras décadas del siglo XX, a través de los planes de estudios y los medios masivos de difusión —radial, escrita y televisiva— continúan repitiendo las mismas ideas relacionadas con el tema.

### **La música aborígen**

Las Casas, enfrascado en una lucha casi política, no pudo dedicar la mayor parte de sus denuedos a describir los instrumentos musicales aborígenes, aunque estos no escaparon a su atención. Hecho que no nos sorprende, pues el hombre, preso de las palabras y la poesía ha considerado a la música como la resultante idioestética más

elevada de la espiritualidad humana; como concepto poético funciona y además presupone que sólo los espíritus elevados y las culturas desarrolladas la cultivan. Sin embargo, la poesía se aleja de la verdad, pues la música es una actividad connatural al ser humano, en tanto el hombre es un instrumento de música y un vehículo de la danza, esto esclarece que la música forma parte del propio *homo*, de ahí que aparezca en todas las culturas y desde los albores de la humanidad.

Basándonos en las crónicas de Ramón Pané, Pedro Martir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Bartolomé de Las Casas, así como en los trabajos Fernando Ortiz, y los hallazgos materiales en sitios arqueológicos, estamos tratando de reconstruir ese pasado musical. La presencia de instrumentos musicales en Cuba la encontramos tanto en las sociedades pretribales como en las tribales. Así tenemos que en la década del noventa del pasado siglo, se recuperó en estrato antropogénico un silbato<sup>2</sup>, que en principio se clasificó como lítico, sin embargo, en estos momentos se encuentra en estudio para determinar la materia prima. Este importante hallazgo habla por sí sólo, pues corrobora que desde las épocas más tempranas en Cuba el hombre empleó la música.

Es probable que no con una función estética, sino más bien material, sobre todo si tenemos en cuenta que en las llamadas “sociedades primitivas”, los instrumentos musicales aparecen entre los utensilios del culto y los medios de la magia. Este tipo de aerófonos se reporta también en el sitio arqueológico la gruta de San Antonio de Tanteo<sup>3</sup>, municipio de Rodas en Cienfuegos. Aquí, en estratos similares a los de Sierrezuela, apareció un silbato elaborado en la falange de un mamífero, al parecer *Megalocnus rodens*, de acuerdo a estudios preliminares. En la provincia de Pinar del Río se recuperaron en áreas habitacionales de grupos apropiadores, más de siete silbatos líticos, pertenecientes a la Colección García Valdés, atesoradas en los fondos del Instituto Cubano de Antropología, así como numerosos botutos recuperados en excavaciones arqueológicas en épocas posteriores.

Es factible que estas comunidades y otras de distinta filiación socioeconómica, construyeran flautas de madera, sobre todo, si tomamos en consideración los reportes de trabajos en tal materia prima como son los casos de: baquetas, vasijas y un raspador, hallados en la laguna de Malpotón, en esa provincia. Conocida es la gran profusión con que esos hombres trabajaron ese tipo de materia prima; es válido señalar que dichas flautas no han aparecido y es muy probable que nunca las hallemos, partiendo de las características propias y muy agresivas de nuestro clima, que provoca la destrucción de este tipo de evidencias.

En trabajos anteriores hemos estudiado baquetas y raspadores, hallados en otros sitios arqueológicos, que pueden indicar que estos grupos humanos contaron en su ajuar con tambores, encorados o no, e idiófonos de raspar. Los análisis mesológicos nos demuestran que estas comunidades vivieron en un medioambiente pródigo, que les favoreció y propició la construcción de diferentes tambores xilofónicos de factura simple. Por otra parte, algunas de estas sociedades aborígenes convivieron, tal vez, en momentos tempranos, con una fauna remanente del pleistoceno y la propia del holoceno, que les permitió encorar sus tambores. Fernando Ortiz (1965) hace alusión a diferentes animales, cuyas pieles pudieron servir para tal fin; también Oviedo hace referencias a múltiples animales pertenecientes a la fauna por ellos encontrada en la mayor de Las Antillas; de las que muchas pudieron haber resultado idóneas por sus pieles para encorar.

La mención del cronista a tal fauna es la siguiente: “...se han visto en la isla de Cuba muy mayores culebras ó sierpes, por que se han muerto algunas tan gruesas ó más que el muslo de un hombre, y tan luengas como veynte é cinco é treyta piés é más; pero son muy torpes é mansas é no enconadas, é comenla los indios...” (Oviedo 1851: 500-501). No obstante, ante la ausencia material de dichos instrumentos, consideramos que probablemente esas sociedades no poseyeran tradiciones constructivas de membranófonos, y en su lugar desarrollaran gran variedad de

tambores xilofónicos. Dentro de los idiófonos, se han recuperados en sitios arqueológicos gran cantidad de esta familia, representados en instrumentos de sogas y, en menor cuantía, de sacudimiento y de vasos.

A estas comunidades apropiadoras del estadio medio se asocian las valvas de *Codakia orbicularis* Gmelin, perforadas en la región del umbo, y que por etnología comparada se ha comprobado, que debidamente enmangados, forman parte de un sistro, como los diseñados por Rodríguez Matamoros (1990) y los elaborados por los autores del presente trabajo (1999). Estas valvas de *pelecypodos* se recuperan, en la mayoría de los sitios arqueológicos, ocupados por las sociedades antes referidas en sus estadios medios y tardíos, así como en las sociedades tribales, elementos que evidencian una tradición en las prácticas constructivas de instrumentos musicales con el uso de variadas materias primas.

Los hallazgos de maracas monóxilas en madera que han sido recuperadas en sitios de comunidades productoras del oriente cubano, evidencian la existencia de tradiciones constructivas de este tipo de artefactos. Práctica ratificada además, por las amplias referencias que aparecen en las crónicas de Indias, sobre el uso que hicieron estos grupos humanos de la güira y el güiro cimarrón, en la confección de recipientes de diversas morfologías, y en la construcción de maracas descritas por Bartolomé de las Casas (s/f).

La presencia en sitios arqueológicos de micropuntas de flechas elaboradas en material lítico y de concha, hace suponer a muchos arqueólogos, la posibilidad del uso de arcos por esas sociedades pretéritas, pasaje descrito por Las Casas en su *Historia de las Indias*: “Teniendo falta de agua, dejé de andar por aquellas isletas, y llegose a la costa de Cuba, a 3 días de junio, donde había mucha espesura de árboles... saliendo un marinero... topó con obra de 30 hombres con sus armas de lanzas y flechas, y unas como espadas, de forma de una paleta hasta el cabo...” (1927: 245-246).

Lo anterior permite pensar que tal vez esos hombres poseyeran el arco musical. En este sentido plantea Curt

Sachs en Nell (s/f), que los arcos y cítaras terrestres pululaban en los pueblos con tendencias matriarcales. María Nelsa Trincado (1984) refiere por su parte, que aún cuando la herencia en Cuba era por vía materna la tendencia fue patrilocal.

En las comunidades apropiadoras se reportan interesantes hallazgos como los aerófonos, entre los cuales se destacan flautillas recogidas en sitios como Cueva del Muerto (Cifuentes, Villa Clara), y Bacunayagua II (Matanzas); ambas elaboradas a partir del fémur de una jutía *Capromys pilorides*, así como los botutos confeccionados en diferentes especies de conchas y que han trascendido a nuestros días, como un elemento transcultural. En grupos productores observamos gran profusión de idiófonos como: collares, muñequeras, y tobilleras de diversas materias primas, sistros en valvas de concha, asas sonajeras, maracas de madera, raspadores confeccionados en carapacho de quelonios y cascabeles, los cuales nos ratifican el carácter rítmico de la música aborigen en general; quizás provocado por la relación directa que mantuvo este hombre con la naturaleza y sus dilemas existenciales donde el ritmo cobra un valor fundamental, como expresión pragmática en sus nexos con la cosmogonía.

Las comunidades más desarrolladas desde el punto de vista socioeconómico que habitaron el archipiélago, tuvieron un destacado esplendor en la esfera de las actividades superestructurales; incluyendo la industria de la concha, con gran proliferación de idiófonos como ya se señaló. Y dentro de los idiófonos de golpe directo el mayohuacán, atabal y baiohabao, este último descrito por Fernando Colón, que toma la definición de Pané (Fradique 1975). También es posible que utilizaran tambores como simples troncos ahuecados de diferentes formas y tamaños, destinados a disímiles funciones como las rituales y profanas.

Roberto Maitezán (1933) y Eduardo Sánchez de Fuentes (1928) adjudican el bao como cordófono a los grupos tribales, sin embargo, tal descripción deja lugar a muchas dudas, por lo que nos parece más loable la declaración que



hace Anglería y que retoma Ortiz (1965), como un instrumento en una concha marina —caja de resonancia—, cruzada por una cuerda de la base a la cima. Este instrumento no ha sido hallado y lo hemos clasificado de una manera provisional, hasta que la arqueología nos lo desvele como evidencia.

Dentro de los membranófonos, aparece una referencia en la crónica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, cuando relata el huracán que azotó la Villa de Trinidad en el año 1527 en los primeros días del mes de noviembre, sobre lo cual plantea: “Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vió...” (1970:14). Este relato nos hace suponer la posibilidad de que estas comunidades desarrollasen prácticas constructivas de pequeños tambores encorados, pues poseían la materia prima, como ya se ha referido.

Dentro de los aerófonos aparecen piezas como la flauta en hueso de un ave zancuda, colectada en el sitio Arroyo del Palo (Holguín), y la reportada para el sitio Cauto Cristo II (Granma), esta última lítica, según reporte aparecido en diario Juventud Rebelde (1998), que no hemos visto; además, una gran variedad de botutos en concha y silbatos.

Los denominados silbatos fueron estudiados con posterioridad y reclasificados como ocarinas líticas. Este reporte se realiza por vez primera para Cuba con la particularidad además, de estar elaboradas en material lítico lo que difiere de las conocidas para Centro y Sudamérica, pues hasta donde sabemos, todas están elaboradas en cerámica.

A modo de conclusiones, podemos plantear que las ideas del etnocidio y el darwinismo cultural hunden sus raíces en fenómenos antiquísimos. El primero, según Consuelo Varela (1999), parte de la noble intensión de Las Casas de declarar ante el mundo desarrollado la ignominia

del proceso de esclavitud impuesto a los pueblos indígenas del “Nuevo Mundo”. Ideas que se tomaron al pie de la letra sin tener en cuenta otros hechos y fuentes escritas como las actas capitulares, donde se refleja el comercio de los indios con los españoles en épocas bien entrada la colonia, las llamadas reconcentraciones, y sobre todo, el mestizaje, además de otros elementos. El segundo hunde sus raíces en las políticas hegemónicas y xenófobas que ya desde entonces se advierten en los países de Europa, que desafortunadamente continúan propagándose como verdades absolutas y que, en definitiva, sólo contribuyen a que se desconozca una parte de nuestra historia.

El cotejo de diferentes fuentes como las crónicas y los hallazgos arqueológicos corroboran que, desde épocas bien tempranas, se advierte la clara e inequívoca práctica musical entre los grupos precolombinos y que debemos observarla con un contenido semiótico y no como se ha querido interpretar en muchas ocasiones en la mayor de Las Antillas. Como se ha reiterado, el hombre es un ser simbólico y la música también tiene una gran carga de simbolismo, de ahí que sea una práctica intrínseca a los albores de la humanidad y en cualquier cultura.

El análisis de los instrumentos musicales de los grupos humanos que arribaron a la isla ha estado permeado del enfoque de las teorías del darwinismo cultural, que trata de justificar que estas culturas eran muy débiles y que por esa razón no perduraron en el tiempo, ni dejaron huellas en la formación de nuestra identidad nacional. La música aborígen se nos presenta como una madeja casi imposible de desentrañar pues estos pueblos ágrafos no dejaron testimonio escrito de ésta y, por supuesto, se nos pierde en la urdimbre sonora de la música cubana, donde no encontramos hasta el momento, elementos explícitos ni en género, ni en otros como melodía o ritmo, de influencias aborígenes. Pero que evidentemente podemos observar en la cultura general de nuestra nación, tanto en la intangible como en la tangible, si tenemos en cuenta que la música por sí sola no conforma el universo de la cultura particular de un país.

## De la investigación al aula

A partir de este sucinto resumen de nuestra labor investigativa, hemos querido reflejar cómo aun cuando la ciencia arqueológica ha explicitado la existencia de toda una serie de actividades de la superestructura, desarrolladas por los primigenios pobladores de la isla, debido al desbalance diacrónico y distanciamiento que se ha dado entre ese desarrollo de la ciencia arqueológica y los planes de estudios educacionales —todavía aferrados a conceptos arraigados, pero ya superados por esa ciencia—, dichos conocimientos no se incluían en asignaturas como Música cubana como parte de la formación curricular de los alumnos en las escuelas de arte de Cuba con el tiempo que realmente amerita el conocimiento de sus raíces, reflejada en estas sociedades pretéritas, dejando un vacío histórico abismal que transita desde el “descubrimiento” y la conquista hasta el siglo XIX.

Es bien importante reconocer que de nada sirve al desarrollo científico de los estudiantes que las instituciones educacionales establezcan sus planes de estudios sin tener en cuenta los resultados que los investigadores van alcanzando en un campo determinado. Del mismo modo, el investigador encerrado y enajenado en su propio proceso de investigación que sólo devela los aportes de sus trabajos entre sus colegas, poco aporta al conocimiento de los educandos; por esta razón consideramos de vital interés ese nexo indisoluble que debe existir entre la práctica investigativa y su implementación en la práctica social, dígase planes de estudios y por ende, en el aula. Reconocemos al maestro como un investigador en potencia que en muchas ocasiones conjuga ambas actividades. El aula debe ser un espacio de discusión, análisis y debate de todos aquellos elementos que las ciencias a diario nos aportan.

No podemos enseñar una Historia general o musical descontextualizada del discurso científico, toda vez que reconozcamos que las fuentes de acceso de los educandos para acceder al conocimientos son diversas y variadas, algunas incluso distorsiones de la ansiada verdad, por

tanto el maestro debe ofrecer un discurso actualizado desde una posición de transmisor, favoreciendo espacios de discusión analítica y reflexiva, para desarrollar en los estudiantes un pensamiento crítico y flexible que no se aferre a lo escrito en la literatura científica legitimada por el ámbito, pues a la historia no le podemos cargar las deficiencias que a nivel de pensamiento le hemos impreso todos aquellos que en alguna medida nos imbricamos en ese historiar.

Estos elementos nos motivaron a desarrollar a partir del curso 2000-2001 una entrevista grupal en el Instituto Superior de Artes (ISA), cuyo objetivo era analizar las carencias informativas que tenían los estudiantes con respecto a la música aborígen en Cuba. Se seleccionó una muestra no intencional conformada por 29 encuestados obteniéndose los siguientes resultados:

La totalidad de la muestra consideraba que debían estudiar la música aborígen en el instituto, como parte del programa de música cubana, pues de cierta manera algunos instrumentos musicales debieron formar parte de esas pretéritas sociedades. El resto de las preguntas estaban dirigidas a conocer cuán acertado o desacertado podía ser el nivel de conocimiento de los estudiantes con respecto a la música de los diversos grupos humanos que vivieron en la isla; las conclusiones derivaron en la necesidad de escribir un programa dirigido a resolver, en alguna medida, ese vacío histórico musical.

Se elaboró un programa de Antropología cultural que en la práctica y debido al fondo de tiempo de las diversas carreras, no se pudo materializar, no obstante, gracias a la perseverancia y la confianza depositada en la investigación por parte de la jefa de departamento de musicología, desde el curso 2001-2002, se implementaron seis horas clase en el programa de música cubana dirigido a la carrera de Musicología y a los diversos perfiles musicales instrumentistas, directores, compositores y la carrera de sonido para desarrollar este contenido.

Aunque somos conscientes que es muy poco el tiempo para poder explicar fenómenos tan complejos por lo dis-

tante en el tiempo, estamos convencidos de la importancia que los estudiantes le dan al tema; así lo reflejan los resultados de las entrevistas grupales que aplicamos una vez concluido el tiempo asignado. De manera general, se repite como elemento reiterativo en los encuestados la recurrencia a solicitar; se incrementa el fondo de tiempo previsto para el tema de modo que ellos puedan conocer más elementos como la mitología y sus nexos con las prácticas constructivas de instrumentos musicales.

Interesante resulta la preocupación manifiesta en el curso 2006-2007 de los encuestados sobre el tiempo dedicado al estudio en los diversos niveles, a la música europea, y en contraposición con el poco dedicado a conocer más como nación. Elemento que denota un interés por nuestra identidad cultural, pues aun cuando los conocimientos que pueden adquirir en este sentido son los mínimos, despiertan intereses motivacionales.

Los temas que se imparten en este programa se estructuran de la siguiente manera:

- La Arqueología y su objeto de estudio.
- Entrada del hombre en América.
- Poblamiento de Cuba y posibles rutas de arribo.
- Los grupos pretribales tempranos, medios y tardíos.
- Construcción de instrumentos musicales.
- Los pretribales y sus prácticas constructivas.
- El areíto como expresión más elevada de la música en los grupos tribales.
- Música, mitos y sus relaciones.

El nivel sintético de esta información menoscaba en alguna medida el conocimiento sobre la historia musical de estos grupos prehispánicos, sin embargo, es nuestra universidad el único lugar en el país, donde se están introduciendo de manera parcial los resultados de las investigaciones que sobrepasan una década de incesante búsqueda y sistematización de los hallazgos arqueológicos de instrumentos musicales aborígenes.

Estamos seguros que con la implementación de planes de estudios en el país, más novedosos y menos anquilosados y con mayor correspondencia al desarrollo que van

alcanzando las investigaciones científicas, se deba dedicar más horas de clases al estudio de una temática que por desconocida no deja de ser interesante y que al mismo tiempo, en asignaturas como Estudios Cubanos, se puedan implementar y profundizar los referentes históricos culturales de estos grupos humanos para que nuestra Historia no sea presentada a los estudiantes a saltos y con discontinuidades o vacíos que la ciencia arqueológica viene llenando desde principios del siglo pasado y lo que va de este. El aula y el desarrollo científico han de andar juntos para que nuestra historia sea verdaderamente patriótica y el alumno no ande a tientas.

### Notas

1. María del C. Victoria, en Vera Estrada A: Pensamiento y Tradiciones Populares estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana (2000:15).
2. El hallazgo se produjo en la Cueva de Sierrezuela (Caibarién, Villa Clara) en capas intermedias (0,00-0,49 cm.), al parecer superpuestas; entre vestigios de grupos pretribales de los estadios temprano y medio.
3. El sitio arqueológico se corresponde con grupos apropiadores del estadio medio.

### Bibliografía referenciada

- ANGLERÍA, P. M. (1989), *Décadas del Nuevo Mundo*. Tomo I. Sociedad Dominicana de Bibliófilos INC.
- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. *Correspondencia de los capitanes generales*, legajo 445, No.4, La Habana, Cuba.
- BAYOLO, J. G. (1998), "Instrumentos musicales de piedra". *Periódico Juventud Rebelde*, 8 de noviembre. La Habana, Cuba.
- COLÓN, C. (s/f), *Diario de Navegación*. Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. La Habana.

- COLÓN, C. (1882), *Cartas que escribió sobre el Descubrimiento de América y testamento que hizo a su muerte*. Biblioteca popular económica, Veracruz, Puebla, México.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1851), *Historia general y natural de las Indias, Islas y tierra firme del mar océano*. Ed. Imprenta de la Real Academia de Historia. Madrid. España.
- HERNÁNDEZ, G. y G. IZQUIERDO (En prensa), *La música aborígen en Cuba*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, Cuba.
- HERNÁNDEZ, G. y G. IZQUIERDO (Inédito), *Instrumentos musicales aborígenes. Algunas relaciones míticas*.
- LACALLE, E. O. y ZAUQUEST (1947), *Cuatro siglos de Historia de Bayamo*, Imp. El Arte, Manzanillo, Cuba.
- LAS CASAS, B. (1927), *Historia de las indias*. Tomo I. M Aguilar. Ed Marqués de Urquijo. Madrid. España.
- LE RIVEREND, J. (s/f), *Cartas de relación de la conquista de América textos originales de las cartas de Colón, Cortés, Alvarado, Godoy, Ulloa*. Ed. Nueva, España, S.A, México DF.
- LIZARDO, F. (1975), *Instrumentos musicales indígenas dominicanos*. Ed Alfa y Omega. República Dominicana.
- LÓPEZ DE GÓMARA (s.a.e), *Historia General de las Indias*. Tomo I. Madrid.
- MORELL DE SANTA CRUZ (1985), *La visita eclesiástica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.
- NETTL, P. (s/f), *La música en la danza*. Ed Consejo Nacional de Cultura. La Habana. Cuba.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A. (1970), *Nafragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Ed. Instituto del libro. La Habana. Cuba.
- ORTIZ, F. (1965), *La Africanía de la música folclórica de Cuba*. Ed. Universitaria, La Habana, Cuba.
- PICHARDO, H. (1989), *Fuentes de Nuestra Historia*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- PICHARDO, H. (1965), *Documentos para la Historia de Cuba (etapa colonial)*. Editora Nacional de Cuba, La Habana, Cuba.
- RODRÍGUEZ, M. (1990), “Reportes de nuevas evidencias artefactuales en el ajuar de concha de las comunidades aborígenes de la etapa de economía de apropiación”. *Revista de Estudios Arqueológicos*. Ed. Academia, La Habana, Cuba.
- SÁNCHEZ DE FUENTE (1928), *Folklorismo*. La Habana, Cuba.
- SÁNCHEZ GUERRA, J. (2000), “Cristina Pérez”. *Revista Bohemia*, Año 92 número 9 pp. 62-65.
- TRINCADO, M. N. (1984), *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Ed. Oriente, Santiago de Cuba.
- VARELA, C. (1999), *Bartolomé de las Casas. Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Ed. Clásico Castalia. Madrid. España.
- VICTORI, M del C. (2000), “El etnos nación cubano entre tradición y modernidad. Proyectos institucionales y productos”. *Pensamiento y tradiciones populares: estudios de Identidad Cultural Cubana y Latinoamericana* (A. Vera Estrada, Comp.), Ed. Fondo de Desarrollo de la Educación y la Cultura, CIDCC. “Juan Marinello”, La Habana, Cuba.

Recibido: 29 de enero de 2010.

Aprobado: 28 de abril de 2010.

# Las culturas indias tempranas de Cuba\*

Herbert W. KRIEGER

Curador, División de Etnología, Museo Nacional de Estados Unidos

Traducción: Alfredo E. Figueredo

**D**urante los años recientes, el Instituto Smithsonian ha auspiciado siete expediciones antropológicas a Santo Domingo, Jamaica, Puerto Rico, Haití y Cuba, con el propósito de determinar las secuencias tribales y culturales prehistóricas en estas islas. Con vistas a un análisis más detallado de las filiaciones hacia el norte y hacia el sur de las culturas tempranas cubanas, el autor visitó Cuba y la adyacente Isla de Pinos durante el invierno de 1932. Esta expedición fue posible gracias a la cooperación conjunta del Instituto Smithsonian con el Dr. W. L. Abbott, cuyo interés en investigaciones en las Indias Occidentales es bien conocido.

Se buscaron soluciones a dos problemas: Primero, ¿quiénes fueron los indios que alguna vez ocuparon el litoral de la costa sur de la provincia de Camagüey, los constructores de esos enormes residuarios y conchales conocidos por los cubanos como caneyes? ¿Fueron acaso los llamados ciboneyes descritos por el historiador español Las Casas como pescadores simples viviendo en las islas más pequeñas de la costa cubana y sometidos al reciente invasor de Haití, el superior aruaco?

Segundo, ¿quiénes fueron los pueblos que ocuparon el occidente de Cuba cuando el descubrimiento de Colón? ¿Acaso estaban en contacto con los célebres mayas de la península de Yucatán a menos de 100 millas de distancia? Con certeza sabían de los esplendores del México aborigen por rumor si no por comercio e intercambio, porque los españoles tuvieron las primeras intimidaciones de las culturas superiores del continente de los humildes indios

del norte de Cuba. ¿O eran los mismos ciboneyes, que, según Mártir, vivían en cuevas y erraban por las montañas del occidente de Cuba?

Queda todavía otra teoría, y es que por debajo o marginal a nuestra elaborada cultura india del sureste de Estados Unidos, yace una cultura lacustre o costera extremadamente antigua, basada predominantemente en el uso de mariscos. Esta misma cultura subyacente podría dar cuenta de los indiferenciados conchales y residuarios de las costas floridananas, bahamenses, cubanas y haitianas. Aquí le ponemos, tentativamente, la etiqueta de ciboney, en cuanto concierne a las Indias Occidentales.

Los trabajos del autor estuvieron circunscritos básicamente al estudio de los caneyes de la provincia cubana de Camagüey, y un reconocimiento de la provincia de Pinar del Río e Isla de Pinos. La Isla de Pinos es la mayor de los cayos adyacentes de Cuba, de la cual está separada por agua poco profunda, arrecifes de coral y cayos. La isla consiste de dos partes, una sección norte y otra sur, la segunda aparentemente no habitada en tiempos prehistóricos, pues no hay conchales a lo largo de la costa, y las cuevas no muestran evidencia de una ocupación india anterior. Rasgos de cultura aborigen o restos humanos prehistóricos se limitan a hallazgos esporádicos de superficie. Las muchas cuevas exploradas por el autor en las montañas de Casas y Caballo de la porción norte de la isla no arrojaron restos de ocupación humana prehistórica.

Luego hicimos un reconocimiento de las antiguas aldeas indias, conchales y residuarios conocidos de la porción extrema occidental de la provincia de Pinar del Río.

\* Este artículo fue publicado originalmente en: *Explorations and field-works of the Smithsonian Institution in 1932*: 49-52. Smithsonian Institution, 1933. Nota del Coordinador.



**FIG. 1.** El comienzo del trabajo en un montículo ciboney en la provincia de Camagüey. El montículo, que tiene una altura de 31 pies, consiste enteramente de basura de cocina, utensilios e implementos descartados, y estratos de cenizas



**FIG. 2.** Trinchera de 5 pies de profundidad a través de la cima del montículo ciboney. El estrato horizontal claro que se extiende a lo largo del montículo está compuesto de cenizas

Trabajando desde la aldea de Guane, el autor investigó cuevas y sitios antiguos de aldeas indias en el Valle de San Juan, en Cayo Redondo, y Viñales. Los conchales y sitios de aldea aquí se distinguen claramente, como originalmente parte ciboney y parte aruaco. No hay evidencia de otras etapas culturales extrañas. Claramente, los mayas no influyeron en la cultura del occidente de Cuba.

La escena de nuestras investigaciones luego se mudó al sureste de Cuba y a la costa sur de la provincia de Camagüey. Aquí, en El Caney de los Muertos en la vecindad de la Bahía de Santa María de Casimba, tan temprano como en el 1846, Rodríguez-Ferrer condujo la primera excavación sistemática en Cuba de un conchal o residuario indio.

Nuestra atención fue llamada recientemente a los más o menos treinta caneyes circulares o residuarios del sur

de la provincia de Camagüey por medio de una carta de Leonard B. Fox, de Florida, Cuba, en la cual describe los resultados de una excavación que él hizo de un “montículo como de 30 pies de altura por 100 pies de diámetro,” que consistía en “estratos sucesivos de un pie a un pie y medio de espesor de conchas y cenizas. En los estratos de conchas, encontramos varios utensilios hechos de concha y piedra, muy crudos, pero ningún indicio de cerámica.” Mr. Fox le brindó toda asistencia posible al autor, en la ocasión de su visita, así como los funcionarios de los dos centrales de azúcar vecinos, Florida y Agramonte.

Mucho queda por hacer antes que se le pueda señalar su apropiado lugar a las culturas indias no-aruacas de Cuba, Haití, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico en la prehistoria de las Antillas. El autor está bastante seguro de



FIG. 3. Un hogar campestre cubano típico

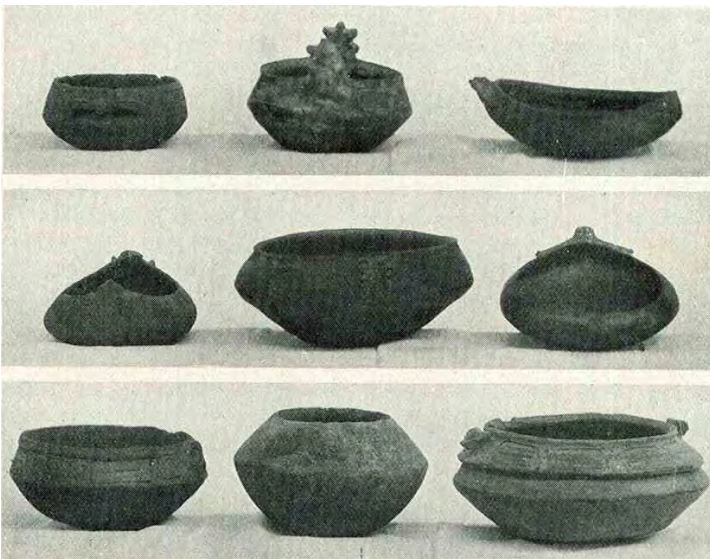


FIG. 4. Tipos de cerámica aruaca de la provincia de Oriente, este de Cuba

que, durante su comparativamente breve ocupación de Cuba, los aruacos habían prácticamente eliminado sus predecesores primitivos, los ciboneyes. Las investigaciones futuras podrían descubrir si los mismos ciboneyes pasaron por varias etapas de cultura, o si las marcadas diferencias aparentes en los ampliamente distribuidos conchales y residuarios no-aruacos y sin cerámica de Santo Domingo, Haití y Cuba se pueden atribuir a tempranas arribadas de la Florida y las Islas de Las Bahamas.

# Una nota sobre la presencia prehistórica de pueblos hablantes de lenguas proto-warao en Cuba

Julian GRANBERRY

Native American Language Services. Horseshoe Beach, Florida (Estados Unidos de América).

Traducción: Alfredo E. Figueredo

**A**ntes de la migración de hablantes del proto-taíno (una lengua nor-maipureana) desde las Guayanas hasta las Pequeñas y Grandes Antillas alrededor de 200-400 d.C., las islas fueron colonizadas por dos grupos étnicos más tempranos. El primero fue de hablantes de lenguas tolanas, no aruacas, del área de Belice/Honduras, que entraron en las islas desde el occidente aproximadamente en el año 3,000 a.C., y, basado en datos lingüísticos, todavía sobrevivían en números relativamente pequeños en las secciones de La Española del extremo noreste y oriente a la época de la colonización española inicial. En el año 1,000 a.C., aproximadamente, una segunda migración a las islas comenzó desde la costa extrema oriental de Venezuela. Estos migrantes hablaban una forma temprana del warao, una lengua sin ninguna relación a las lenguas aruacas o tolanas. El warao moderno todavía sobrevive hoy como un lenguaje vibrante, usado por los habitantes de la región del Delta del Orinoco en Venezuela. Las evidencias arqueológicas nos permiten definir los tempranos migrantes proto-warao como los originadores de la tradición ortoiroide.

Sabemos, fundados en los datos arqueológicos así como de los menos frecuentes datos de la toponimia, que pueblos hablantes del proto-warao habitaban la costanera de Venezuela completa desde el Atlántico, al oriente, hasta la región del Lago de Maracaibo, al occidente, durante la línea de tiempo del año 1,000 a.C. También sabemos de tales datos, que los pueblos hablantes del proto-

warao trajeron la tradición ortoiroide a las Pequeñas Antillas, y más al norte y oeste a las Grandes Antillas durante este período de tiempo. Esta migración se puede trazar tanto por medio de la presencia de sitios ortoiroides en las Pequeñas Antillas hacia el norte y el oeste, incluyendo las Grandes Antillas, y por medio de la presencia de toponimia warao a lo largo de la entera cadena de islas de Las Antillas.

Esta nota breve se preocupa específicamente de la presencia y distribución de la toponimia proto-warao en Cuba. Esta presencia, y por ende sus hablantes, se indica no solamente por sitios arqueológicos de la tradición ortoiroide, sino también por nombres de origen demostrablemente waroide, o aquellos acompañados con el término *macorije(s)/macorige(s)*, que significaba en el lenguaje taíno aruaco de Las Antillas ‘gente no amistosa’ (*ma-* ‘no’ + *ku* ‘amistosa’ + *ri* ‘gente’). Este término uniformemente fue usado por los taínos para referirse a los pueblos no-taínos que se encontraron en su migración progresiva desde las Guayanas y a lo largo de Las Antillas.

Que esta ‘gente no amistosa’ hizo un impacto en el pueblo taíno de Cuba está indicado por los limitados pero reveladores datos lingüísticos que ayudan a establecer el dialecto taíno de Cuba y de Las Bahamas como distinto (por lo menos en algunos elementos del vocabulario) del dialecto taíno clásico de La Española. El dialecto taíno cubano-bahamense entonces generalmente se llama el ‘taíno ciboney’, o ‘ciboney’ a secas. Por ejemplo, la gente



lucaya de Las Bahamas usaba la forma *nozay* para referirse al oro, mientras que los taínos clásicos usaban la forma aruaca *caona*. *Nozay* claramente deriva del término warao *nasei simo* ('guija' + 'amarilla'). Similarmente, la palabra para 'banqueta' o 'silla', en este caso es la misma en el taíno ciboney y el taíno clásico: *duho*, que proviene demostrablemente del warao *duhu*, con el mismo significado. Mientras que estos datos son mínimos, no hay dudas acerca de su origen, y, consecuentemente, de la clara implicación de contactos tempranos entre hablantes del proto-warao y los primeros hablantes del taíno en Cuba.

También hay un número de topónimos waroides en Cuba, formas que no se pueden trazar a un origen aruaco, pero sí a un origen proto-warao claramente. Estos son: 1) Camujiro: un área de agua mineral cerca de Camagüey (warao: *ka-muhi-ru* 'troncos de palmeras'); 2) Guara: un asentamiento en la provincia de La Habana (warao: *wara* 'garza blanca'); 3) Guaniguanico: la región del extremo occidental y del Cabo San Antonio de la provincia de Pinar del Río (warao: *wani-wani-ku* 'tierra del poniente de la luna'); 4) Hanabona: una sabana en la provincia de Matanzas (warao: *hana-bana* 'güines');<sup>1</sup> 5) Júcaro: un río en la Isla de la Juventud; también un rancho cerca de Cienfuegos y una aldea cerca de Camagüey (warao: *hu-karo* 'horcadura de doble punta'); 6) Bacunagua: un pueblo en la provincia de Pinar del Río (warao: *baku-na-wa* 'no hay tortugas aquí').

Añadidos a estos topónimos de un origen waroide claro, hay un número de topónimos explícitamente nombrados como 'extranjeros' mediante el uso de las palabras *macorije(s)/macorige(s)*. Éstos son, del occidente al oriente: 1) Barrio de Macurijes, 2) Macurijes, 3) Sabana de Macurijes, 4) Güira de Macurijes, 5) Corral Falso de Macurijes, y 6) Hacienda de Macurijes<sup>2</sup>.

Es apropiado añadir que hay por lo menos media docena de topónimos en La Española que incorporan la palabra 'macorís' o que se podrían traducir fácilmente en palabras o frases proto-warao, indicando así un movimiento del oriente al occidente de pueblos waroides en las An-

tillas, desde la costa oriental de Venezuela. Las formas que ocurren en La Española son: 1) San Francisco de Macorís; 2) Baho (warao: *baho* 'la mortaja');<sup>3</sup> 3) San Pedro de Macorís; 4) Haina: una aldea de la costa del sur (warao: *haina* 'muchas redes'); 5) Mana: islas pequeñas frente la costa centro-sur (warao: *mana* 'los gemelos'); 6) Bahoruco (warao: *baho-ruko* 'dentro de la mortaja').

Brevemente, existe un número de topónimos waroides suficiente en ambas, La Española y Cuba, la mayoría en áreas que demuestran una ocupación anterior ortoiroide, para establecer el hecho de una ocupación proto-warao de las Pequeñas y Grandes Antillas antes del asentamiento en las islas de pueblos hablantes de lenguas aruacas.

### Indicación bibliográfica

GRANBERRY, J. y G. S. VESCELIUS (2004), *Languages of the Pre-Columbian Antilles*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

### Notas del traductor

1. Aunque el inglés es 'Sugarcane Plumes', que aquí traducimos como güines, el referente prehistórico del término debió de ser los güines de una hierba gigante diferente de nuestra caña de azúcar, desconocida en América antes del 1492 d.C.
2. Solamente el primer número aparece en el original, pero, por su misma apariencia, creo que la intención del autor era darle números a todos los términos.
3. Aquí también un pequeño descuido del autor deja a Baho sin número; lo rectifico.

# Excavación en la Cueva del Muerto. Reporte de un hallazgo peculiar

Gerardo IZQUIERDO DÍAZ\*, Alfredo PÉREZ CARRATALÁ \*\* y Ulises M. GONZÁLEZ HERRERA\*

\*Instituto Cubano de Antropología, \*\*Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas (Cuba).

## Introducción

En las excavaciones llevadas a cabo durante el año 1994 en la Cueva del Muerto (Cifuentes, Villa Clara), sitio arqueológico de filiación apropiadora, se llevaron a cabo descubrimientos de importantes vestigios de estas comunidades aborígenes, destacándose la presencia de abundantes restos de subsistencia, así como un artefacto lítico relacionado con la esfera superestructural, cuyos diseños incisos lo señalan como un colgante muy peculiar de este tipo de sociedades. El presente artículo, que forma parte de una carta informativa inédita, tiene como propósito fundamental dar a conocer el hallazgo de dicho objeto a la comunidad científica, mediante la descripción del mismo, así como la exposición de algunos detalles vinculados con la excavación del contexto del que se aisló.

Todo parece indicar que la ausencia de prospecciones sistemáticas con cierto rigor científico, impidieron, durante algún tiempo, el descubrimiento de asentamientos de comunidades apropiadoras en cuyo utillaje se incluía la presencia de cerámica, hasta las últimas décadas del siglo pasado y principios del presente. En la actualidad la provincia de Villa Clara cuenta con veinticuatro de estos residuarios, algunos en fase de estudio; no obstante, existen otros reportados por aficionados, pero sin precisar aún por los especialistas.

Los trabajos arqueológicos que se reportan en el presente estudio se llevaron a cabo en las proximidades del Complejo Agroindustrial Roberto Rodríguez —El Vaquerito, municipio de Cifuentes, Villa Clara—. Luis

O. Grande González, presidente del comité provincial de la Sociedad Espeleológica de Cuba y responsable de diversas actividades arqueológicas de la Oficina de Medio Ambiente, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA) de Villa Clara, fue el responsable científico de la excavación en la que participaron varios integrantes de los grupos de aficionados a la espeleología y arqueología, que desempeñan su labor en el territorio.

El sitio arqueológico fue descubierto en 1980 por miembros del grupo espeleológico Maguaraya de Cifuentes, liderado por Camilo Calzadilla, que planteó la iniciativa de realizar una excavación de rescate en el lugar, ante la inminencia de la realización de obras que alterarían totalmente el sitio. El residuario fue definido como antrópico, ante la aparición de diversas evidencias arqueológicas y la relativa cercanía de otros residuarios recogidos en la literatura arqueológica desde mediados del siglo pasado.

Las excavaciones se realizaron entre los años 1990-1996, en tres etapas y en las mismas participaron miembros del comité espeleológico provincial, grupos de aficionados a las ciencias de las provincias de Cienfuegos y Sancti Spíritus, y personal de los museos provinciales, así como especialistas del Centro de Antropología<sup>1</sup> del CITMA de Ciudad de La Habana. La excavación abarcó la casi totalidad del recinto cavernario. Como procedimiento de trabajo se utilizó la estratigrafía métrica, en cuadrículas de 1 x 1m., y realizando el corte estratigráfico en capas de 0,10m.; llevando un control muy riguroso. En total se excavaron 232 escaques, y en algunos se alcanzó hasta un metro de profundidad, siendo el promedio entre

0,60-0,80m. En sentido general resultó esta, sin dudas, la excavación más amplia y compleja en la historia arqueológica de la región central y en específico de Villa Clara.

Durante los trabajos de excavación se llevaron a cabo exhumaciones de diversas evidencias subsistenciales, fragmentos de cerámica simple, sobre todo en las capas más tardías, artefactos de la industria de la concha, como gubias, vasijas, puntas, micropuntas, un botuto (trompeta), y otros colgantes. También se descubrieron exponentes de la industria lítica en cantidades considerables, pero aún sin estudiar; no obstante, podemos afirmar que se trata de una industria de pequeñas dimensiones y de variada materia prima. Se reporta también un hacha de mano tipo *sillín de bicicleta*, con huellas de haber sido reutilizada posiblemente para percutir en vez de cortar. Se exhumaron conjuntos de restos óseos humanos (teñidos de rojo), y piezas dentarias, (al parecer correspondientes con entierros secundarios) y restos dietarios; todo ello muy fragmentado.

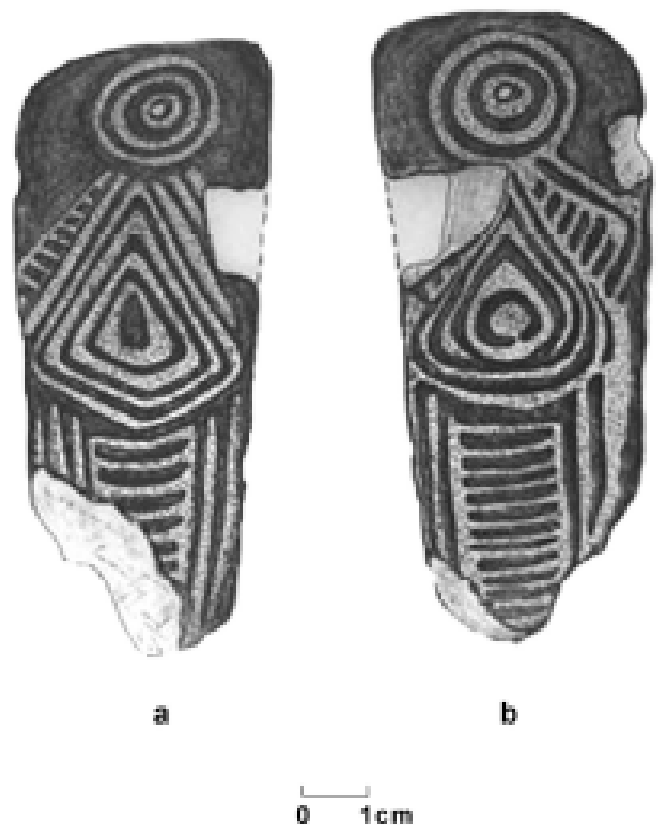
En la excavación se descubrieron grandes fogones con numerosos restos de dieta, lo cual denota, como afirman Milton Pino y Alfonso Córdova (2000), que las actividades subsistenciales estuvieron muy bien representadas en todos los estratos, siendo la caza la actividad principal, seguida por la recolección terrestre de tierra adentro.

### El pendiente lítico

La pieza está confeccionada en esquisto micáceo (fig. 1) y fragmentada en dos partes, con algunas roturas además en la zona intermedia y faltándole el extremo final más aguzado. El segmento mayor apareció en superficie, y se localizó en el pozo 4, sección E del cuadrante 1. El fragmento más pequeño se halló en el mismo cuadrante pero en el nivel 0,60-0,70m de profundidad.

El referido pendiente presenta una longitud máxima de 10 x 4,2cm en la parte más ancha y expone un diseño que conforma un panel complejo, incluyendo varios motivos geométricos en ambas caras de la pieza. Morfoló-

gicamente semeja la empuñadura de una daga; en la parte superior destacan dos incisiones de forma circular, concéntricas y en el centro una perforación bicónica de 0,7cm de diámetro. El círculo mayor mide 2,3cm de diámetro haciendo contacto con la cima de un conjunto de figuras romboides que se repiten de mayor a menor a partir de una línea contigua que nace en el centro mismo del motivo, y que repite ininterrumpidamente las cuatro figuras antes descritas, mediante un grabado de líneas incisas en un bajorrelieve muy suave.



**FIG. 1.** (a y b) Dibujo del pendiente lítico de La Cueva del Muerto. En negro se destacan las incisiones que conforman el diseño que expone la pieza (Fondo: CITMA, Villa Clara)

De la base de los rombos parten varias incisiones marginales y paralelas a los bordes de la pieza, en número de tres por cada lado, quedando en el centro un rectángulo cruzado por líneas incisas horizontales (fig. 1, a). La cara *b* también presenta un panel geométrico complejo con diseños parecidos a los de la cara *a*. En la cima se localiza la

otra entrada de la perforación ya descrita, inserta en el centro de los dos círculos concéntricos. A partir del círculo mayor se desarrollan incisiones radiales con espacios entre éstas que aparecen rellenos por pequeñas incisiones perpendiculares.

Al parecer las líneas eran paralelas oblicuas, pero la rotura de un fragmento en esta región de la pieza impide corroborar tal idea. Estas líneas se unen a su vez con la cima y laterales de cuatro triángulos isósceles irregulares con cierta estilización, mientras los triángulos nacen en un centro con forma circular y se repiten de menor a mayor sucesivamente. Varias líneas se desplazan paralelas a los bordes de la pieza en número de tres por cada lado y forman en el centro un rectángulo, cruzado por once incisiones horizontales interrumpidas por la rotura de la pieza en la cima (fig. 1, b).

Los motivos geométricos aquí descritos exponen ciertas similitudes con elaboraciones realizadas en piezas de madera, recuperadas en los sitios arqueológicos de Cayo Jurajuría, Matanzas, Punta del Macao, La Habana, y Buchillones, Ciego de Ávila. También se localizan diseños de círculos concéntricos semejantes en pictografías de las espeluncas: Cueva N.º 1 de Punta del Este; Isla de la Juventud (fig. 2); Cueva García Robiou, en La Habana, y Cueva la Pluma, en Matanzas. De igual forma han sido constatadas similitudes en fragmentos de cerámica correspondientes a grupos agrícolas del centro sur, y regiones orientales de nuestro archipiélago.

Lo anteriormente expuesto refuerza el criterio de que nos encontramos estudiando un residuario de grupos apropiadores con presencia de cerámica, característica que asemeja este registro arqueológico a los vestigios culturales investigados en Cayo Jorajuría, Punta del Macao, Mata I, entre otros (este último sitio muy próximo al de Cueva del Muerto). La pieza en cuestión es asociable a las manifestaciones superestructurales de los aborígenes que habitaron el recinto, y mantiene en lo formal y conceptual, estrecha correspondencia con el nivel de desarrollo socioeconómico alcanzado por estos hombres. Se pudo verificar que la



**FIG. 2.** Diseños pictográficos en la Cueva No. 1 de Punta del Este, Isla de la Juventud. Obsérvese la similitud de los círculos concéntricos dibujados en la pared del recinto, con relación a los círculos que componen los extremos de ambas caras en el pendiente lítico. Foto: Ulises M. González.

materia prima utilizada para la elaboración del pendiente no fue importada de zonas muy distantes, sino que cerca del lugar existen fuentes de abasto de esquisto micáceo.

### Bibliografía referenciada

- PINO, M. y A. CÓRDOVA (2000), “Actividades subsistenciales de los aborígenes de Cueva del Muerto, Cifuentes, Villa Clara”, *El Caribe Arqueológico*, No 4: 53-58. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

# El aro lítico de Cayo Cupey, bahía de Cárdenas (Matanzas, Cuba)

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA\* y Silvia T. HERNÁNDEZ GODOY\*\*

\*Cuba Arqueológica, \*\*Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura de Matanzas (Cuba).

Desde el siglo XIX la creación de colecciones privadas de piezas arqueológicas conllevó la formación de los primeros museos, casi siempre con poca o nula información sobre el lugar de procedencia de los objetos o de las características del contexto donde fueran ubicados. La misma naturaleza de los hallazgos, exentos en su mayoría de premisas científicas sino impregnados de la mentalidad de la época sobre la colección de piezas vistosas, condujo a la acumulación de evidencias que en muchas ocasiones permanecieron, por muchos años, en el desconocimiento de la comunidad académica, ya sea porque se preservaron en almacenes, o bien porque fueron clasificadas inadecuadamente.

En Cuba esta realidad estuvo representada por colecciones en instituciones científicas del siglo XIX como el museo de la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, y en los momentos finiseculares la creación del primer museo público en Santiago de Cuba, el Bacardí en 1899.

La actual provincia de Matanzas también tuvo su primicia museológica. En 1900 se inauguró el museo Oscar María de Rojas en la ciudad de Cárdenas. En principio con una pequeña colección, a lo largo de su existencia se convertiría en uno de los museos públicos más importantes del país. En la actualidad, una de las piezas que llama la atención en la exposición, por su factura, es el aro lítico de Cayo Cupey, un pequeño islote ubicado en la bahía de Cárdenas (fig. 1). La misma, se registra en el Museo Oscar María de Rojas de la ciudad de Cárdenas, Matanzas, entre el cinco de septiembre y el 31 de diciembre de 1916, por la donación que realizara Patricio Ponce de León de

una “piedra tallada circularmente, forma y tamaño de salvas”<sup>1</sup> (fig. 2).

La pieza en cuestión fue inscrita sin ofrecerse más información sobre las especificidades del hallazgo ni de su contexto. Por sus características, “de gran peso y dureza”, “pulimentación defectuosa, como si hubiera sido hecha con otra piedra” y su “aspecto de una obra precolombina”, fue colocada en el Departamento de Etnografía Cubana Comparada “hasta su definitiva clasificación”<sup>2</sup>.

En 1930 el Dr. Evelio Vega Bacallao publica, una relación de piezas del museo, donde la describe como de carácter indio, parecido a una rueda, a la vez que realiza la primera interpretación de su posible uso: “...puede ser una ofrenda, tal vez piedra de sacrificio o quizás instrumento de castigo, colocada en la cabeza de la víctima”<sup>3</sup>.

No se comentaría nada más hasta la visita de una representación del International Council of Museums al museo, en 1987, ocasión en la que el destacado jurista y antropólogo mexicano Julio César Olivé Negrete (1914-2008) y la arqueóloga Angelina Macías Coytía reconocen la pieza como aro de pelota<sup>4</sup>. Esto implicó que al siguiente año (1988), este objeto pasara a conformar la Colección de Arqueología Americana de la institución (fig. 3). Por otra parte, en la confección de su expediente científico, documento importante de las colecciones de un museo, también se clasificó como yugo totonaca, probablemente como resultado del intercambio con los investigadores mexicanos.

El aro lítico del Museo Oscar María de Rojas podría identificarse como aro lítico masivo, según la terminología utilizada en las Antillas para piezas semejantes que



**FIG. 1.** Ubicación de Cayo Cupey en la bahía de Cárdenas, Matanzas, y de varios sitios arqueológicos, algunos de gran importancia para la zona como Cueva de Ambrosio y Cayo Jorajuría.

se han encontrado en sitios de comunidades ceramistas; aunque la circularidad de la pieza es un rasgo que la diferencia de los exponentes de este espacio geográfico (fig. 4). Mide 38,1cm de diámetro externo y 20,3cm de diámetro interno, con una profundidad de 12,7cm y posee una terminación burda y sin decoración<sup>5</sup>.

Precisamente su circularidad, favoreció que se dictaminara como aro de pelota mesoamericano, sin embargo, aquellos se distinguen, esencialmente, por la presencia de una protuberancia en su parte externa que servía para ser adherida a la pared, detalle que no está presente en el aro lítico analizado. Los yugos totonacas, por su parte, tienen forma de herradura que no llegan a cerrarse completamente. En ambos casos los ángulos de los bordes son rectos, característica que no se manifiesta en la pieza del Oscar María de Rojas.

Otra arista del problema sería la investigación sobre la inmigración de indios yucatecos a Cuba durante el siglo

XIX. Fueron introducidos a la mayor de las Antillas como mano de obra barata, y trajeron consigo su cultura y algunas evidencias materiales de su vida cotidiana.

En relación al contexto en el que se reportó el hallazgo, como ya se comentó, los datos del inventario y la donación de 1916 nada aportan. Los estudios actuales sobre los grupos prehispánicos de Cuba en la costa norte matancera revelan la ausencia de sitios arqueológicos ceramistas en la zona, ya que el asentamiento más importante, El Morrillo, se encuentra a una distancia de 36km aproximadamente en línea recta hacia el occidente. Además, se hallan varias cuevas funerarias agroceramistas también a más de treinta kilómetros.

En cambio, la presencia de sitios arqueológicos de pescadores, cazadores, recolectores es relativamente abundante en la zona. En un diámetro aproximado menor a los veinte kilómetros se encuentran importantes yacimientos como Cueva de Calero, Cueva de Ambrosio, Cueva de los



FIG. 2. Aro lítico de Cayo Cupey



FIG. 3. Vista de la sala de Arqueología Americana y la ubicación del aro lítico de Cayo Cupey



FIG. 4. Aro lítico masivo procedente de Puerto Rico o República Dominicana. Museo de América (No. Inventario: 03307).

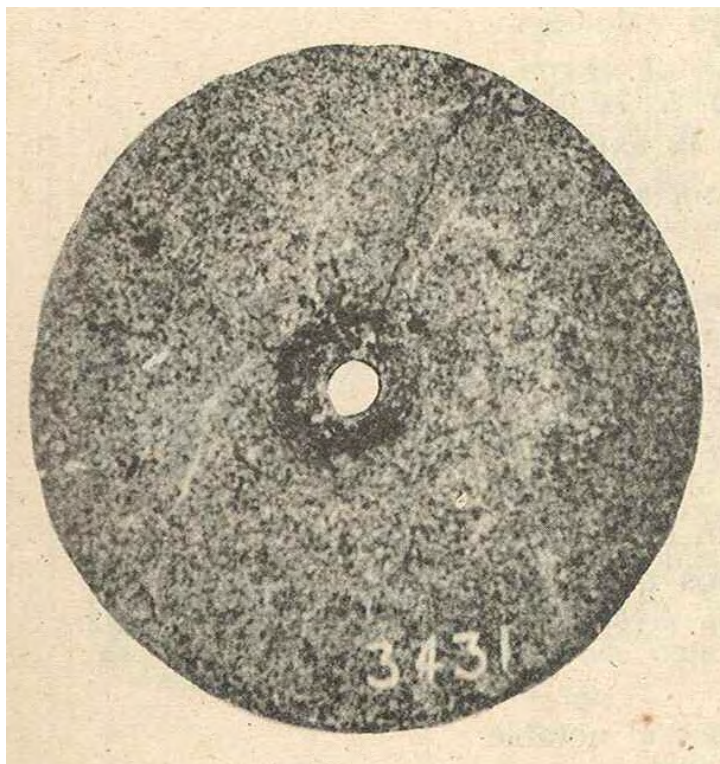
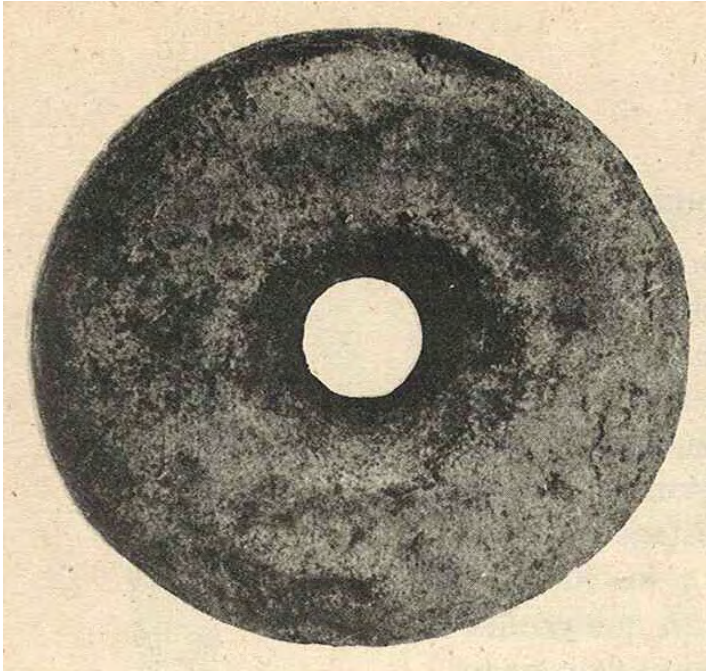
Musulmanes; y más al Este, Cayo Jorajuría, Cayo Galindo y Cayo Cruz del Padre. Además, en Cayo Corojal, un sitio distante siete u ocho kilómetros aproximadamente, se efectuó el hallazgo de una cabeza de quelonio tallada en madera, sin una aparente situación contextual.

Las características del hallazgo del aro lítico en Cayo Cupey no permiten una interpretación minuciosa de la pieza, pero el reporte de su existencia es una contribución al conocimiento de las comunidades prehispánicas de Cuba, ya que ha sido omitida en la historia de la Arqueología nacional, al parecer por desconocimiento. Su vinculación con una cultura es difícil de aseverar, por la mencionada ausencia de información del contexto del hallazgo y, además, porque hasta el momento no se ha realizado ningún estudio que pueda develar sus misterios<sup>6</sup>.

Lo que es verdaderamente cierto es el hecho de que Cayo Cupey, al igual que la cayería circundante, desde la península de Hicacos hacia la costanera norte del municipio de Martí, es un espacio que merece ser sometido a una exploración exhaustiva y sistemática. Hallazgos de primera magnitud, como son la canoa y la cabeza de quelonio talladas en madera, la importante estación pictórica de la Cueva de Ambrosio y el aro lítico de Cayo Cupey, parecen indicar una fuerte presencia en el área de comunidades con un desarrollo significativo que han sido estudiadas mínimamente, sin un tratamiento que aglutine la información disponible, aunque el mayor potencial está aún por ser descubierto.

## Notas

1. Libro Actas y Correspondencia del Museo Oscar María de Rojas. Tomo 9 folio 463.
2. *Ibidem*.
3. Del expediente científico confeccionado por Caridad Ramírez en 1987.
4. *Ibidem*.
5. Expresamos nuestro agradecimiento a la Lic. Eneida Díaz, especialista del Museo Oscar María de Rojas, por su colaboración.



**FIG. 5.** Aros líticos de menores dimensiones pero semejante factura. (Imagen tomada de Rivero de la Calle, M. (1966), *Las culturas aborígenes de Cuba*. Editorial Ciencia y Técnica, La Habana, p.85)

6. Es preciso anotar la presencia de piezas semejantes al aro lítico de Cayo Cupey, pero de menores dimensiones, en algunos sitios arqueológicos cubanos. Estas piezas son comentadas por Manuel Rivero de la Calle en su obra *Las culturas aborígenes de Cuba*, Editorial Universitaria, 1966, en la página 86: “Otros objetos también de esta cultura y que resultan enigmáticos, son unos pequeños discos de piedra, muy pulimentados, y que en un principio se pensó que pudieran ser sumergidores de redes. Sin embargo, lo esmerado de su pulimento y simetría, nos obliga a pensar en algún objeto de uso ritual, que pudiera estar asociado quizás a los cinturones o colleras que aparecen en Haití y Santo Domingo en la cultura ceramista. También otros arqueólogos han pensado que pudieron haber sido utilizados, una vez enmangados, como bastones de mando, semejantes a los encontrados en Nueva Guinea del Sur. Otros autores los clasifican como macanas o armas de combate. Su diámetro y espesor es variable. Variable es también el tamaño de la perforación” (fig. 5).



# Misaray: informe de una Cantera y un taller de industria lítica de tipología paleoindia en el nor-occidente de Venezuela

Camilo MORÓN

Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda (Venezuela).

Los estudios pioneros de poblamiento temprano en el territorio de lo que es hoy el Estado Falcón, al nor-occidente de la República Bolivariana de Venezuela, se remontan a las investigaciones de José María Cruxent e Irving Rouse en la segunda mitad de la década de los años cincuenta.<sup>1</sup> Estas publicaciones describen los yacimientos de El Jobo, en el sur-occidente del Estado Falcón, en antiguas terrazas aluviales del río Pedregal; así como la tipología del instrumental lítico encontrado, que desde entonces se conoce como *joboide* y que ha sido datado como uno de los tipos líticos más antiguos para ambas Américas. A comienzos de la década de los sesenta, los informes se trasladan al nor-orient de Falcón con los trabajos de Cruxent y Royo y Gómez.<sup>2</sup> Nuestra primera visita al yacimiento de Misaray fue en octubre de 2000, entonces visitamos la Península de Paraguaná para hacer un registro de campo de las estaciones de petroglifos en el cerro Santa Ana (véase mapa). Seguimos la ruta descrita por Richard Ludwig en 1887; luego seguida por Francisco Tamayo en la década de 1960, y Adrián Hernández Baño en la década de 1990. Iniciábamos nuestro ascenso por el flanco norte del cerro Santa Ana, cuando notamos un patrón característico en la superficie del suelo: fragmentos de roca basáltica concentrados en un área, sin que antes ni después de esta área en particular volviese a presentarse dicho patrón (fig. 1). Puesto que nos esperaba un ascenso difícil, apenas tomamos algunas muestras para un estudio más detallado en el laboratorio. Descendimos por el lado Este del cerro hasta

el lugar conocido por los lugareños como Piedra del Rayo, por ser una zona donde frecuentemente los rayos impactan en esa llanada. Allí encontramos grandes bloques de rocas ígneas y metamórficas afloradas, de las que se habían desprendido grandes fragmentos que no estaban en el sitio, posiblemente por haber sido llevados al taller que encontramos inicialmente o para ser acarreadas a destinos más distantes. Aquí hicimos fotografías y tomamos algunas muestras en superficie. Los materiales colectados fueron llevados al Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes, donde fueron reconocidos por la antropóloga Jacqueline Clarac y el arqueólogo Jorge Armand como herramientas y lascas correspondientes a la industria lítica de la piedra tallada, característica del Período Paleoindio (15000 - 8000 A.P.).



FIG. 1. Muestra de núcleos y lascas encontrados



**FIG. 2.** Muestra de núcleos y lascas encontrados

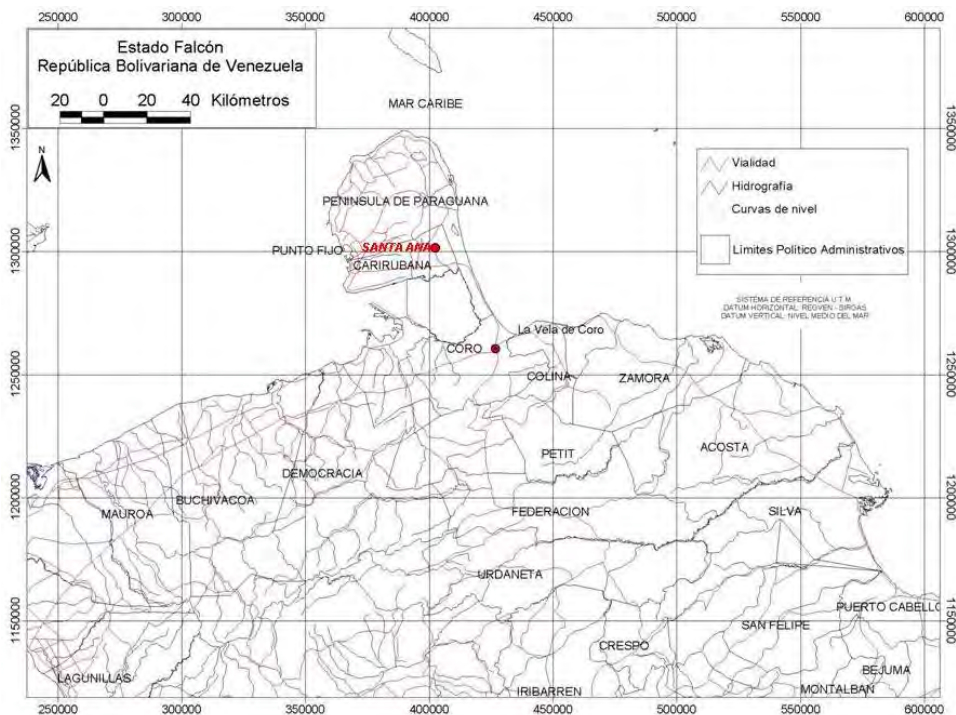
Por motivos académicos debimos permanecer en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida hasta finales de 2005, haciendo breves y ocasionales visitas a la Península de Paraguaná para estudiar los concheros en la línea del istmo, donde colectamos fragmentos de cerámicas indígena, lítica y algunos metates; entonces tomamos nota de grandes bloques de roca traídos —dado su carácter ígneo y metamórfico— del cerro Santa Ana, donde este tipo de roca aflora. En noviembre de 2009, volvimos al yacimiento arqueológico en la vertiente norte del cerro mencionado; en esta ocasión para hacer una prospección de campo detallada, medir el tamaño del área del taller y tomar datos de GPS, tanto del taller como de la cantera, para levantar una cartografía georreferenciada del yacimiento.

Dado que nuestra estrategia como científicos sociales consiste en conservar in situ el testimonio arqueológico, debemos reservar en el tintero (por ahora) estos datos



**FIG. 3.** Cantera de donde se extrajo la materia prima

específicos de localización hasta haber diseñado con las comunidades próximas al yacimiento y con los organismos competentes acciones que garanticen la preservación del testimonio arqueológico en el sitio donde está (fig. 3). Tristemente, el legado arqueológico de Falcón ha sido expoliado desde comienzos del siglo XX por coleccionistas e instituciones científicas que consideran que los objetos arqueológicos deben estar en sus colecciones; ya sea en sus salas, en sus bibliotecas, en la capital del municipio, en la capital del Estado, en Caracas, en París, en Londres, en Nueva York. En verdad, es irrelevante a dónde lleven los objetos arqueológicos o paleontológicos: es el mismo criterio colonial, aunque con referentes espaciales que se extienden como círculos concéntricos cada vez más alejados de los yacimientos originales, siguiendo una inflexible línea de dominación y pillaje. A esta actitud de saqueo y dominación la hemos llamado “vampirismo intelectual”, y brevemente puede ser des-



MAPA. 1. Ubicación del cerro Santa Ana, Estado Falcón, República Bolivariana de Venezuela

descrita como la tendencia de ciertos investigadores e instituciones científicas y académicas de ir a las comunidades (generalmente comunidades depauperadas y remotas), saquear el conocimiento ancestral arqueológico, etnológico, tradicional y llevarlo a sus colecciones capitalinas o presentarlos en ponencias en congresos internacionales, dejando tras de sí la ingrata sensación entre los pobladores de haber sido utilizados a cambio de un mísero almuerzo, unas cervezas o algunas monedas; y sumado insulto al robo, presentan sus ponencias con alguna fotografía donde muestran a los “baquianos” con la frase sobada de “mi equipo” como si fuesen su cámara, su GPS, o su camioneta de doble cabina y triple tracción, y otras sordideces por el estilo.

En la segunda salida de campo, nos comunicamos con el historiador y arqueólogo Emiro Durán, jefe del Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda; quien vivamente nos recomendó preservar lo más posible el yacimiento tal y cómo lo encontramos, por ello nos limitamos a tomar una pequeña muestra del material lítico aflorado para su descripción y estudio de laboratorio, y a hacer un cuidadoso registro fotográfico.

En el taller se registraron varios núcleos, rodeados de numerosas lacas de material basáltico (fig. 2). En la cantera se contabilizaron varios fragmentos de rocas cuyas dimensiones variaban entre los 0,60m y los 1,70m en su lado más largo, y los 0,70m y los 1,10m (fig. 3). No se encontró cerámica asociada a ninguno de los yacimientos. Sin embargo, preferimos hacer estudios

más detallados para establecer una cronología relativa más allá de las sugeridas por la tipología lítica (en este caso, período Paleo-Indio). Estamos de acuerdo con el arqueólogo Pedro Pablo Linárez en que las industrias líticas y las tradiciones cerámicas pudieron perdurar más allá de los límites que convencionalmente se les atribuyen por lo que se requieren estudios precisos para establecer una cronología absoluta y poder fechar el yacimiento. Una observación sobre la tipología: los yacimientos paleo-indios en Falcón han producido un número considerable de artefactos líticos, incluyendo puntas de proyectil, cuchillos, raspadores y hachas de manos para machacar y gran cantidad de lascas. A título de ejemplo, leemos en *Arqueología Venezolana* (Cruxent y Rouse 1963:35): “En el valle del río Pedregal, en un área de unos 1.000 Kilómetros cuadrados, Cruxent localizó más de 45 sitios y ha colectado unos 20.000 artefactos. Estos se encontraban aflorados en la superficie y yacían concentrados en pequeñas áreas, cada una de las cuales pudo haber sido el sitio de campamento o un taller.” El taller y la cantera, en el perímetro del cerro Santa Ana, coinciden con esta descripción que podemos conceptualizar como *clásica*.

Sabiendo que la investigación arqueológica en la Península de Paraguaná puede remontarse a comienzos del siglo XX, preguntamos a los vecinos si conocían de alguna exploración en la zona y si se había visitado el yacimiento en cuestión, a lo que respondie-

ron de manera absolutamente negativa; lo que coincide con las características prístinas del yacimiento. Encontrar un yacimiento arqueológico en Falcón es frecuente, siguiendo aquella vieja máxima de la arqueología: “encontrar un yacimiento es fácil; encontrar un buen yacimiento es difícilísimo.” Este taller y esta cantera de la industria lítica de la piedra tallada se nos presentan como una oportunidad para desarrollar estrategias de estudio más amables con los contextos arqueológicos, como si estos fuesen “especies en peligro de extinción”, fomentar una actitud arqueológica en consonancia con lo que Jacqueline Clarac ha llamado la Antropología del Sur, de hacer arqueología con las comunidades y ponerlas en disposición de los conocimientos y la herramientas legales que les permitan gerenciar responsablemente su herencia ancestral.

Y como corolario a este primer informe, develo un motivo absolutamente personal: ningún momento más adecuado para retomar las investigaciones arqueológicas en suelo falconiano que la víspera del centenario del nacimiento de J. M. Cruxent, padre de la arqueología científica en Venezuela.

## Notas

1. J. M. Cruxent e Irving Rouse (1956), “Discovery of a Lithic Industry of Paleo-Indian Type in Venezuela”. *American Antiquity*, 22, N° 2: 172-179. J. M. Cruxent e Irving Rouse (1957), “Further Comment on the Finds at El Jobo, Venezuela”. *American Antiquity*, 22, N° 4: 412. Irving Rouse (1958), “Recent Developments in American Archeology”. *Selected Papers from the Proceedings of Fifth International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences*, Philadelphia. Irving Rouse y J. M. Cruxent (1963), “Recientes Datos sobre Fechas Arqueológicas por el Método de C-14 en el Occidente de Venezuela”. *Acta Científica Venezolana*, 1: 3-10.
2. J. Royo-Gómez (1960), “El Yacimiento de vertebrados

Pleistocénicos de Muaco, Estado Falcón, Venezuela, con Industria Lítica Humana”. *International Geological Congress*, 21st Report, part 4: 154-157, Copenhagen. J. Royo-Gómez (1960), “Características Paleontológicas y Geológicas del Yacimiento de Vertebrados de Muaco, Estado Falcón, con Industria Lítica Humana”. *Boletín de Geología*, Tomo 2, publicación especial, 3: 501-505, Caracas. J. M. Cruxent (1961), “Huesos Quemados en el Yacimiento Prehistórico de Muaco”, *Boletín Informativo*, Departamento de Antropología, IVIC, Caracas, 2: 20-21. J. M. Cruxent (1967), “El Paleoindio en Taima-Taima, Estado Falcón, Venezuela”. *Acta Científica Venezolana*, Suplemento 3: 3-17. J. M. Cruxent, “Projectile Points with Pleistocene Mammals in Venezuela”. *American Antiquity*, 44: 223-226. J. M. Cruxent (1979), “Stone and Bone Artifacts from Taima-Taima”. pp. 77-89. *Taima-Taima: A Late Pleistocene Paleo-Indian Kill Site in Northernmost South America. Final Reports of 1976 Excavations, South American Quaternary Documentation Program*, C. Oschenius y R. Gruhn (eds.), Germany. J. M. Cruxent (1979), “Observations Concerning Mastodon Procurement at Taima-Taima”. pp. 105-108. *Taima-Taima: A Late Pleistocene Paleo-Indian Kill Site in Northernmost South America. Final Reports of 1976 Excavations, South American Quaternary Documentation Program*, C. Oschenius y R. Gruhn (eds.), Germany. Como obras de referenciales podemos citar: José Royo-Gómez (1956), “El Cuaternario en Venezuela”. *Léxico Estratigráfico de Venezuela, Boletín de Geología*, publicación especial, Caracas, num.1: 199-209. J. M. Cruxent e I. Rouse, *An Archeological Chronology of Venezuela*. Pan American Union, Social Science Monographs, núm. 6, 2 Vol. J. M. Cruxent e I. Rouse, *Arqueología Venezolana*. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Yale University Press, New Haven & London, 1963. Y la que es la obra capital sobre arqueología en Venezuela: J. M. Cruxent e I. Rouse (1982), *Arqueología Cronológica de Venezuela*. 2 volúmenes. Ernesto Armitano Editor, Caracas.

# El sitio arqueológico de Vuelta de Obligado, San Pedro, Argentina

Mariano RAMOS\*, Fabián BOGNANNI\*, Matilde LANZA\*, Verónica HELFER\*, Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA\*\* y Romina SENESI\*.

\*Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Universidad Nacional de Luján (Argentina). \*\* Cuba Arqueológica (Cuba).

**E**l sitio arqueológico de Vuelta de Obligado es el resultado de un evento bélico ocurrido en 1845 que dejó su impronta para que se considerara al 20 de noviembre de todos los años como el Día de la Soberanía Nacional en la Argentina.

A mediados de la década de 1840, ingleses y franceses trataron de forzar militarmente los pasos fluviales hacia los territorios del nordeste argentino y el Paraguay, lugares adonde pretendían llegar de la mano de sus políticas de libre comercio. Así desarrollaron una estrategia de expansión y llevaron a cabo varios ataques. Uno de ellos se produjo el 20 de noviembre de 1845 a 18km al norte de San Pedro, provincia de Buenos Aires y es conocido co-

mo la batalla de la Vuelta de Obligado el que, junto a otros eventos bélicos —como los efectuados en Quebracho, Tonelero y San Lorenzo—, constituye lo que se conoce como la Guerra del Paraná. El enfrentamiento entre defensas argentinas, dispuestas en barrancas, playas y el agua, y una poderosa flota de guerra franco-inglesa, duró unas ocho horas y en ella se utilizaron importantes recursos humanos y bélicos.

Tanto los preparativos como el evento alcanzarían repercusiones políticas, sociales y económicas en el orden local, nacional e internacional y, por otra parte, significarían una transformación ambiental de carácter local en distintos lugares de la costa del río.

¿Por qué se eligió Vuelta de Obligado para establecer allí defensas combinadas? El 5 de marzo de 1811 Hipólito Vieytes señaló a la Junta Grande (uno de los denominados primeros “Gobiernos Patrios”) la conveniencia de instalar baterías en la Vuelta de Obligado para cuidar su paso, después del combate producido en San Nicolás. Así Vuelta de Obligado constituía un espacio estratégico por varias razones:

- a) por ubicarse en un lugar que permite el control de una doble curva del río Paraná Guazú, cuyo ancho máximo ronda los mil metros;



FIG. 1. Vista general del sitio arqueológico Vuelta de Obligado



**FIG. 2.** Excavación realizada en 2006, donde se observan huellas de postes e improntas de maderas termoalteradas



**FIG. 3.** Óleo de la batalla de la Vuelta de Obligado realizado por Rodolfo González Polero a mediados del siglo XX. Se encuentra en el Museo Comandancia de Rosas, Santos Lugares, Provincia de Buenos Aires



**FIG. 4.** Detalle de las huellas de postes ubicadas en arco, que al parecer formaron parte de la defensa de esta batería



FIG. 5. Vista general de la excavación en 2010 de las cuadrículas X y XI

- b) porque presenta zonas abarrancadas que permitían situar baterías con mayor resguardo que si estuvieran en una zona baja;
- c) porque los barcos que navegan por el río deben hacer un doble movimiento de aproximación a las costas para permitir superar las curvas y la velocidad del agua (unos siete nudos), lo que los expone más a eventuales disparos de piezas de artillería ubicadas en las costas.

El estudio de los campos de batalla de la Guerra del Paraná se inició en el año 2000 y generó numerosas publicaciones sobre los resultados obtenidos (Ramos *et al.* 2003; Ramos y Socolovsky 2005; Helfer 2004; Luque 2007). En el sitio arqueológico Vuelta de Obligado se excavó y sondeó una superficie de más de 150m<sup>2</sup>; se pro-

cesaron miles de objetos y se realizaron varios estudios de laboratorio. También se hicieron importantes avances en la investigación de archivo, estudiándose centenares de documentos y partes de guerra de la época.

Nuestro abordaje de los problemas planteados se hace desde una perspectiva general pluridisciplinaria pero particularmente, en sentido interdisciplinario. El proyecto considera preguntas e hipótesis sobre el evento y el proceso histórico, la formación del sitio arqueológico y los procesos de transformación terrestres y subacuáticos en los que la actividad natural y humana habría actuado modificando los contextos originales. También planteamos preguntas acerca del ambiente, la imagen de los actuales pobladores desde un enfoque antropológico, la geografía histórica, etc., constituyendo así el primer es-

tudio integral acerca de una batalla que se realiza en la Argentina.

Durante 2010 continuamos con las excavaciones en el área donde estuvo emplazada una de las cuatro baterías argentinas: en este caso la batería denominada General Brown que tenía un cañón de 24 libras de bronce del barco argentino Vigilante, dos cañones de 18 libras de hierro, uno de 16 libras de bronce del bergantín Republicano y otro de 12 libras de la misma embarcación.

En esta zona excavada se hallaron diferentes tipos de objetos de metal como clavos de sección cuadrangular de varios tamaños, fragmentos de proyectiles de cañón, plomo derretido, un dispositivo de arma manual de fuego, pequeños restos de chapa y algunas bisagras entre otras cosas. Otros hallazgos corresponden a fragmentos de vidrio, gres, loza y cerámica, entre los que predomina la indígena y maderas termoalteradas de una variedad de ñandubay (*Prosopis affinis*). También pozos que contuvieron postes; asimismo sedimento termoalterado en forma circular, improntas que posiblemente fueron resultado de las explosiones durante la batalla.

Además se localizó, en una zona boscosa y de difícil acceso, el lugar en donde habría sido instalado el campamento de las fuerzas terrestres argentinas; aunque por el momento hubo escasos hallazgos, predominando los fragmentos de loza, vidrio y metal.

## Bibliografía

- HELPER, V. (2004), “Vidrios arqueológicos de sitios históricos. Análisis preliminar sobre fragmentos vítreos de la playa norte, centro y sur del sitio Vuelta de Obligado”. *Jornadas de Historia y Arqueología de las regiones Pampeana y Patagónica, siglos XVI al XX*: 312-323.
- LUQUE, C. (2007), “Investigación pluridisciplinaria acerca de una batalla: la Vuelta de Obligado. Un aporte desde los documentos escritos”. *Actas VI Jornadas de Arqueología e Historia de las regiones pampeana y patagónica*. Universidad Nacional de Mar del Plata.

RAMOS, M. y J. SOCOLOVSKY (2005), “Método y epistemología. Estudios pluridisciplinarios del pasado: un problema y un abordaje compartido”. *Anuario de la Universidad Internacional SEK*. 9: 127-155. Segovia.

RAMOS, M.; J. SOCOLOVSKY y O. TRUJILLO (2003), “Un enfoque interdisciplinario sobre la batalla de Vuelta de Obligado: ¿es posible conocer los comportamientos de estrés y combate durante un evento ocurrido en 1845?” *Revista de la Escuela de Antropología*. Volumen VIII: 235 a 252. Universidad Nacional de Rosario (UNR). Facultad de Humanidades y Artes. Escuela de Antropología. Rosario.



FIG. 6. Artefacto de hierro acerado (detonador) de bomba explosiva europea hallado en 2010



# Cuba Arqueológica en el Encuentro de Revistas Caribeñas de la Casa de las Américas

Silvia T. HERNÁNDEZ GODOY

Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura de Matanzas (Cuba).

**C**uba Arqueológica, revista de arqueología de Cuba y El Caribe, participó en las jornadas de trabajo del Encuentro de Revistas Caribeñas convocado por *Revista Anales del Caribe*, publicación del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de Las Américas en La Habana (Cuba), que se celebró entre el 16 y el 20 de noviembre de 2009. Las jornadas fueron coauspiciadas, además, por la Oficina Regional de la UNESCO, la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, la Embajada de Francia en Cuba y el grupo Excelencias.

Este evento, celebrado por primera vez en Cuba y en la cuenca del Caribe, celebró los cincuenta años de la fundación de la Casa de las Américas y los treinta de la creación de su institución Centro de Estudios del Caribe.

La Dra. Yolanda Wood, directora del Centro de Estudios del Caribe, expresó los objetivos del encuentro durante el discurso de apertura: crear un espacio de diálogo, establecer una red de intercambio y ampliar los vínculos regionales entre revistas e instituciones, así como difundir y consolidar los estudios profesionales y las investigaciones sobre aspectos múltiples de la Historia y Cultura caribeñas.

El programa profesional estuvo organizado por conferencias, paneles y ponencias donde estuvieron representadas revistas de doce países: Haití, República Dominicana, Jamaica, Barbados, Guyana, México, Colombia, Estados Unidos, Trinidad y Tobago, España, Martinica y Cuba.

Complementando las proyecciones del evento, centro de reflexión necesaria, se presentaron los números 1, 2 y 3 de *Cuba Arqueológica*, y se visualizó la génesis y desa-

rollo de esta joven revista. El intercambio de criterios y modos de hacer, así como la conservación y las futuras líneas de trabajo y los retos, las revistas caribeñas demostraron la importancia de su existencia al ser también resultado de una labor colectiva, un espacio de activismo cultural, testimonio de su tiempo.



**FIG. 1.** (arriba) Presentación de la ponencia. De izquierda a derecha: Lohania Aruca Alonso y Silvia T. Hernández Godoy.  
**FIG. 2.** (abajo) Participantes en el Encuentro de Revistas Caribeñas



# Reseña del libro *El complejo Palo Liso - Las Glorias. Un sistema ceremonial aborigen*

Alfredo E. FIGUEREDO

Asociación Internacional de Arqueología del Caribe (Islas Vírgenes).

**E**ste pequeño libro (el tamaño es lo que se llama *ba duodécimo*, menor que la norma, el *octavo*) señala un hito en el desarrollo de la prehistoria cubana. Su tema es la arqueología de una zona ubicada en el Municipio de Rodas, Provincia de Cienfuegos, Cuba. Es un área donde no se han efectuado excavaciones; sus apreciaciones se fundan en hallazgos de superficie.

El autor, Marcos Evelio Rodríguez Matamoros, es un conocido trabajador con un largo expediente de publicaciones. Se propuso exponer la riqueza en recursos prehistóricos de Palo Liso-Las Glorias, usando algo parecido al enfoque de los *landscape archaeologists* británicos, para una comprensión geográfica del paraje, que invite a posteriores investigaciones.

Pero eso no es todo. Con la elegancia del erudito competente, nos indica los períodos de asentamiento y la gama de culturas, los modos de vida correspondientes, los artefactos que merecen estudio, las estructuras que sobreviven, y el arte rupestre. Es un informe completo actualizado.

Comienza con el paisaje y medio ambiente. Luego los primitivos pobladores, donde vemos que Palo Liso-Las Glorias es uno de los parajes donde, al igual que en la zona del norte de la provincia de Matanzas y el centro de Cuba —la antigua provincia de Las Villas, hoy desglosada en tres nuevas jurisdicciones—, aparecen restos líticos de manufactura humana que recuerdan el paleolítico europeo. Esta área de estudio está ubicada en el Municipio de Rodas, actual provincia de Cienfuegos.

Los artefactos de esta cultura “paleolítica” incluyen relativamente grandes “hachas de mano” y bifaces, ambos elaborados de piedra criptocristalina como el sílex o

pedernal. Una labor importante que queda por hacer es, después de ubicar sitios de esta industria, medir los hallazgos o practicar excavaciones donde sea posible (o haya estratificación). Hasta ahora solamente contamos con hallazgos más o menos aislados.

Después vienen las culturas “mesolíticas”, donde nuestro autor invoca la obsoleta categoría de “Cayo Redondo”, correctamente exponiendo que estos hombres vivían en

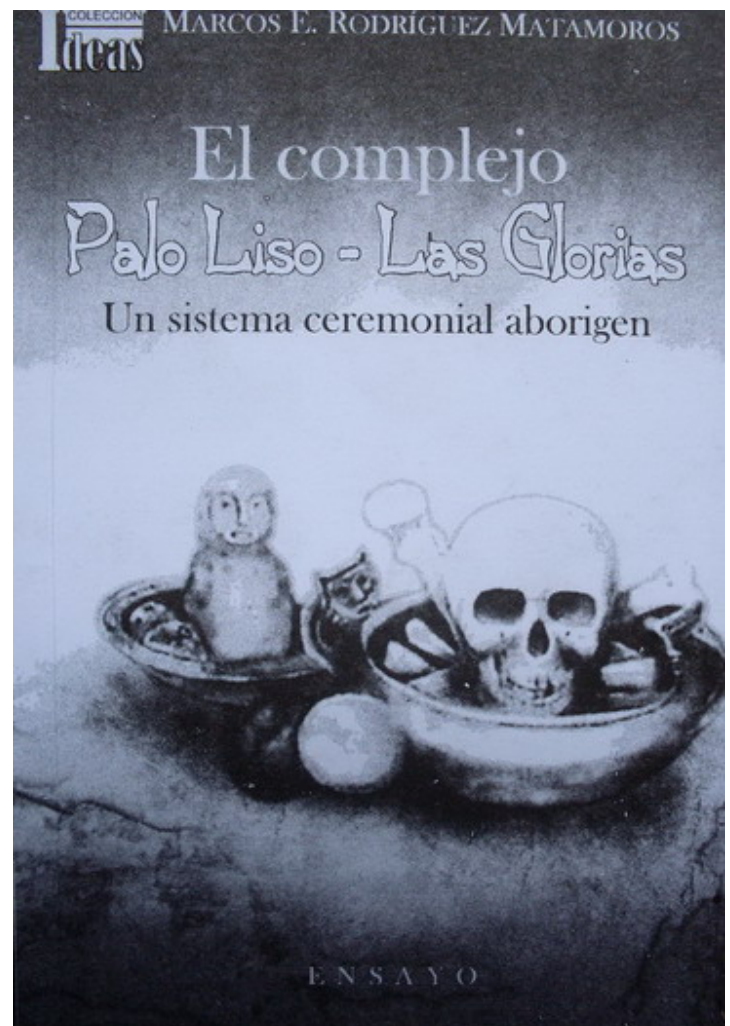


FIG. 1. Portada del libro *El complejo Palo Liso-Las Glorias*, de Marcos E. Rodríguez Matamoros

aldeas o pueblos al aire libre (no en cuevas o abrigos rocosos), donde es posible hallar restos de sus viviendas y otras estructuras. Acertadamente menciona que el aprovechamiento de recursos vegetales, además de la caza y pesca, es propio de estos grupos, donde en algunos lugares se han encontrados indicios de una horticultura más o menos incipiente.

Las culturas “neolíticas” son mejor conocidas. Aquí se trata de grupos agricultores con cerámica, que vivían en pueblos según un patrón de asentamiento que algunos autores (pero no el nuestro) llaman *acorítico* (población concentrada y no dispersa por el campo en alquerías individuales). El sitio principal es el de La Vega.

En el mencionado yacimiento, se hallaron tres piezas que recuerdan los *trigonolitos* del oriente de la Española y Puerto Rico. Piedras aparentemente de formación natural, aproximando la forma de estos, que probablemente eran aprovechados ritualmente con el mismo propósito de “hacer que crezcan los cultivos”.

En el área de Palo Liso-Las Glorias abundan las cuevas y abrigos rocosos. En varias de ellas, hay petroglifos y pictografías. Estos se reportan detalladamente, a veces con el plano de las cuevas. La identificación de las culturas responsables por estos monumentos todavía es una obra inconclusa, pero el autor hace el esfuerzo de intentarla en lo posible.

Hay tres capítulos, en particular, que suscitarán interés. Uno versa sobre magia y animismo. En él, se informa de un silbato de hueso hallado en la Gruta de las Tres Bocas. Otro versa sobre el “calendario solar” de la Gruta de la Siguaraya. Allí la luz solar penetra y alumbraba (por veinte minutos) un petroglifo en el solsticio de invierno.

Finalmente, están los “telescopios naturales” de la Gruta de las Tres Bocas. En este lugar se encontró una daga lítica o *estenolito*, típica de las culturas “mesolíticas” de Cuba. Hay una fecha de restos humanos según el método del colágeno residual, que fluctúa entre los 3.000 y 2.000 años antes del presente. Las claraboyas naturales de la gruta permiten elementales observaciones astronómicas.

La Gruta de las Tres Bocas se compara a la ya conocida Cueva de La Patana, donde M. R. Harrington observó que la luz solar ilumina durante la época del solsticio de verano a una estalagmita con una cara antropomorfa.

En la Gruta Santa Ana hay hoyos y canales en la roca que, de ser de fabricación humana (lo cual es probable), podrían representar un primitivo acueducto o almacenamiento de agua.

Muchos autores han insistido que las edificaciones megalíticas de la Española, Puerto Rico, y las Islas Vírgenes no existieron en Cuba. Nuestro autor nos indica lo contrario. Cerca de la gruta de las Tres Bocas y la de Siguaraya, hay una gran laja de piedra, cuyas dimensiones son 2,25 x 1,80 metros, sostenida en alto por otras menores, como uno de los monumentos de Europa o del Pacífico meridional. El autor compara este monumento al “dolmen de Taguasco”, en la provincia de Sancti Spiritus, donde hay una interesante estructura megalítica edificada con grandes piedras sin ninguna asociación cultural visible (ilustrada en la página 114 de nuestro libro). Donde hay una (o dos), ¿habrá más?

En las conclusiones, Rodríguez Matamoros hace énfasis en el complejo Palo Liso-Las Glorias como, en determinados momentos, centro de observación y ritos solares. Estas aseveraciones, como podría ser la intención del autor, invita a más estudios sobre los diferentes aspectos de esta zona arqueológica. Por lo pronto, gracias a este libro que nos ocupa, tenemos una sólida base sobre la cual edificar nuevas perspectivas.

## De los Autores

**Alfredo E. Figueredo Rodríguez.** Master of Arts. Independent Consultant. Miembro de la Asociación Internacional de Arqueólogos del Caribe. Islas Vírgenes. E-mail: aefigueredo@yahoo.com.

**Alfredo Pérez Carratalá.** Lic. en Ciencias Históricas. Investigador agregado y Profesor auxiliar, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas. Cuba. E-mail: alfredopc@uclv.edu.cu

**Camilo Morón.** Máster en Ciencias Históricas. Investigador del Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas (C.I.A.A.P.). Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Venezuela. E-mail: camilomoron@yahoo.es

**Divaldo A. Gutiérrez Calvache.** Ing. Obras Subterráneas, Máster en Administración, Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre, Instituto Cubano de Antropología. Cuba. E-mail: divaldogc@yahoo.es

**Efrén J. Jaimez Salgado.** Lic. en Geografía. Investigador del Departamento de Estudios Geoambientales, Instituto de Geofísica y Astronomía. Cuba. E-mail: ejaimiez@iga.cu

**Fabián Bognanni.** Lic. en Antropología. Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinario. Argentina. E-mail: fabianbogn@hotmail.com

**Gerardo Izquierdo Díaz.** Lic. en Historia del Arte. Investigador auxiliar. Vicedirector científico del Instituto Cubano de Antropología. Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

**Giselda Hernández Ramírez.** MSc. en Historia y Cultura de Cuba. Investigador Agregado y Profesora Asistente de Pedagogía musical del Instituto Superior de Arte. Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

**Herbert W. Krieger (1889-1970).** Master of Arts. Curator, Division of Ethnology, United State National Museum, donde se retiró como Honorary Research Associate. Estados Unidos de América.

**Iriel Hernández Cobreiro.** Instituto Cubano de Antropología, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. E-mail: irielhc@yahoo.com

**José B. González Tendero.** Dibujante Técnico, Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre, Instituto Cubano de Antropología. Cuba. E-mail: pepeplaya@yahoo.es

**Julian Granberry.** Dr. en Filosofía. Language Coordinator with Native American Language Services in Florida. Estados Unidos de América. E-mail: jlngrnbr@live.com

**Mariano Ramos.** Dr. en Arqueología. Director del Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios. Docente e Investigador de Universidad Nacional de Luján. Argentina. E-mail: marianosramos@yahoo.com.ar

**Matilde Lanza.** Prof. en Antropología. Becaria y Doctorante de la Universidad Nacional de Luján. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios. Argentina. E-mail: matildelanza@yahoo.com.ar

**Odlanyer Hernández de Lara.** Coordinador de Cuba Arqueológica. Colaborador del Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios (Argentina). Cuba. E-mail: odlanyer@cubaarqueologica.org

**Oswaldo Jiménez Vázquez.** Zooarqueólogo y paleontólogo. Especialista en Arqueología Histórica. Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana. Cuba. E-mail: osvaldojimenez@arq.patrimonio.ohc.cu

**Pedro Pablo Godo Torres.** Dr. en Ciencias Históricas. Investigador del Instituto Cubano de Antropología. Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

**Romina Senesi.** Prof. en Historia. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios. Argentina. E-mail: romichan25@yahoo.com.ar

**Silvia T. Hernández Godoy.** MSc. en Historia de Cuba, América Latina y el Caribe. Investigadora Auxiliar del Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura, Matanzas, Cuba. E-mail: ainvcult@atenas.cult.cu

**Ulises M. González Herrera.** Lic. en Historia. Investigador agregado del Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología. Cuba. E-mail: ican@ceniai.inf.cu

**Verónica Helfer.** Prof. en Antropología. Becaria y Doctorante de la Universidad Nacional de Luján. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios. Argentina. E-mail: veronicahelfer@hotmail.com

# Normas editoriales

La presente publicación digital tiene como objetivo la divulgación del desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba y el Caribe, con una sección dedicada a América Latina que publicará un artículo por número. La misma tiene una periodicidad bianual y publica trabajos originales de arqueología en general y patrimonio que traten el tema en la región. Serán aceptados artículos de la región circuncaribeña que traten la temática aborígen en relación con el área antillana y de toda América Latina referentes a la arqueología histórica y el patrimonio.

Los textos serán sometidos a revisión por pares. El Comité Editorial elige a los evaluadores pertinentes, reservándose la revista el derecho de admisión. Los originales serán enviados únicamente en formato digital al correo electrónico de la revista con copia al Coordinador. Para el mejor procesamiento de la información, se solicita a los autores ajustarse a las normas establecidas a continuación.

La revista recibe textos en español e inglés (en el último caso se publican en español). La extensión máxima es de veinte (20) cuartillas para los artículos y cuatro (4) para las reseñas de libros y las noticias. Excepcionalmente, la revista podrá admitir artículos más extensos si hay razones que lo justifiquen. Se presentarán con los siguientes ajustes: formato Word; hoja tipo -A4; interlineado 1,5; fuente Times New Roman 12; texto justificado, y dos espacios entre títulos.

Se requieren los siguientes datos de los autores: nombre/s y apellido/s, institución, país y correo electrónico.

Los artículos deben estar precedidos de un resumen de no más de 150 palabras. El título debe estar centrado y los subtítulos en negrita.

Los artículos deben estar organizados como sigue:

Título

Autores

Resumen (en español e inglés)

Palabras clave (en español e inglés)

Texto (introducción, desarrollo, conclusiones)

Agradecimientos

Bibliografía

Las imágenes, tablas, etcétera, deben enviarse en archivos separados .JPG, numeradas (Figura 1; Tabla 1). Los pies explicativos irán al final del artículo correspondiente. La revista se reserva el derecho de ajustar la cantidad de figuras de acuerdo con las posibilidades de edición.

Las citas bibliográficas en el texto se expondrán de la siguiente manera: un autor Domínguez (1984: 35) o (Domínguez 1984: 35); dos autores: Arrazcaeta y Quevedo (2007: 198) o (Arrazcaeta y Quevedo 2007: 198); tres o más autores: Calvera et al. (2007: 90) o (Calvera et al. 2007: 90). Cuando las citas no son textuales, no es necesario incluir el número de página. En la bibliografía no se omite ninguno de los autores. Cuando son dos o más citas dentro del mismo paréntesis se organizan cronológicamente y se separan con punto y coma.

Las notas se insertarán a pie de página, utilizando el comando "Insertar nota" de Windows. Las mismas deben estar señaladas con el número correspondiente en el texto.

La bibliografía debe estar organizada alfabética y cronológicamente. Los apellidos irán en versales.

Libros: GUARCH, J. M. (1978), El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Capítulo de libro: DOMÍNGUEZ, L. (2005), "Historical archaeology in Cuba", L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo (eds.), Dialogues in Cuban Archaeology. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Revista: LA ROSA, G. (2007), "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". Gabinete de Arqueología, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16. Ohch, Ciudad de La Habana.

Tesis: Rangel, R. (2002), "Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané", tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Los textos deben remitirse a:

Cuba Arqueológica

revista@cubaarqueologica.org

oh\_delara@yahoo.es

# Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología  
de Cuba y el Caribe



[www.cubaarqueologica.org](http://www.cubaarqueologica.org)